

CARACAS

ciudad caribe



Mario Sanoja Obediente
Iraida Vargas Arenas
José Gregorio Linares
Abilio Rangel Gil
Ailid García
Antonio González Antías
Héctor Torres Casado
Yskra Hernández Sarramera




Librería
DigitalCCS



Erika Farías Peña
Alcaldesa de Caracas

María Isabella Godoy
Presidenta de Fundarte y del Gabinete de Cultura de Caracas

Mercedes Chacín
Presidenta de la Fundación para la Comunicación Popular CCS

Ciudad CCS

Mercedes Chacín
Directora

Teresa Ovalles
Jefa de Redacción

Roberto Malaver
Asesor Editorial

Librería Digital CCS

Caracas Ciudad Caribe

Edición al cuidado de
Teresa Ovalles Márquez y José Gregorio Linares

Textos

Mario Sanoja Obediente, Iraida Vargas Arenas, José Gregorio Linares, Abilio Rangel Gil, Ailid García, Antonio González Antías, Héctor Torres Casado, Yskra Hernández Sarramera

Corrección

Carol Hernández

Ilustraciones

Malú Rengifo / Pablo García Sanoja

Diseño de portada y diagramación

Tatun Gois

Ciudad CCS es editado por la Fundación para la Comunicación Popular CCS de la Alcaldía de Caracas. Plaza Bolívar, edificio Gradillas A.

Redacción: 0212-8635256 | **Correo-e:** ccsciudad@gmail.com | **Comercialización:** 0212- 5416191 / 0416-6068499

Correo-e: avisos.ciudadccs@gmail.com | **Distribución:** 0212-8080616 | **Depósito legal:** pp200901dc1363

Contenido

Prólogo	4
Presentación: Caracas insurgente	7
Los cronistas	10

I.- Pueblo caribe:

La etnia nación conformada por los caribes del Orinoco	14
La Leyenda Negra venezolana.....	18
La autopista Guaicaipuro	22
Los virus de la Corona	28

II.- Caracas:

El Archivo Histórico Municipal de Caracas	34
Bajo el Teatro Municipal existe otra Caracas	38
El Cabildo y el origen de la élite caraqueña	41
El primer cementerio extramuros	45
El Cementerio de los Hijos de Dios	50
El suelo urbano y la construcción de la ciudad	55
El Cuartel San Carlos	61
Las calles de Caracas	71

Contenido

Caracas en dos tiempos	75
Una revisión necesaria	79
Los símbolos de Caracas	84
Venezuela como epicentro de la independencia latinoamericana	89
Caracas, núcleo de la paz	93
El barrio vive, la patria sigue	97

III.- Personajes:

EEUU contra Miranda	102
Simón Rodríguez recorre Suramérica	106
Bolívar y las necesidades del pueblo	110
Andrés Bello, el caraqueño antiimperialista	114
Sucre, pionero de los derechos humanos	118
Cipriano Castro en la Caracas insurgente	122
Un recuerdo para Carlos Aponte	126
La marxista María González	130
El caraqueño Ilich Ramírez y la causa palestina	134
Mario Sanoja e Iraida Vargas	137

Prólogo

José Roberto Duque

Las batallas del pasado y las que vienen

Desde el texto de José Gregorio Linares titulado «Caracas insurgente» se traza la línea gruesa y transversal que surcará el resto de las páginas: este es un homenaje, no a una ciudad que busca amoldarse a un orden sino a la que se resiste a ser pateadero ni alfombra de ningún invasor. Insurgir es la actitud del pueblo que ya demostró a lo largo de los años que sabe resistir, y que anda dando pasos adelante para abandonar la simple actitud del aguante. Porque la faena de ser soberano e independiente no consiste solo en mantenerse con vida, sino en el salto histórico posterior: en la búsqueda del dato hacia un tipo de sociedad inmune a las amenazas de potencia imperial alguna. «Patriotismo», llama Linares a ese dato.

Si alguna entidad intangible o inmaterial recorre estas páginas es ese espíritu resiliente,

del que se enorgullecen los caraqueños. Y esa intencionalidad está llena de discursos claramente identificables: el libro quiere y logra decirnos cómo se han orientado y ubicado espacialmente los caraqueños mediante el uso de toponímicos y referencias; cómo han hecho y resistido la guerra; cómo han gestionado el producto residual de la muerte; cuál ha sido el lenguaje secreto de la ciudad, su alfabeto de símbolos y señales, casi siempre impuesto por la dominación.

El cronista de la ciudad, Mario Sanoja Obediente, desmenuza e ilustra en uno de sus aportes, con ejemplos concretos y patentes, cómo esta lucha de símbolos puede (tal como en *La llá-da* se humanizaba y trasladaba a un plano terrenal las tensiones entre dioses y semidioses) tener expresiones y acción física en el mundo material: a la hora del choque de referentes

palpables hechos ídolos y representaciones, Apacuana ha terminado derrotando en las inmediaciones de El Valle al León que nos quiso imponer la soberbia colonial.

Bienvenidos al juego dialéctico visibilizado por unos investigadores militantes del siglo XXI.

En el texto titulado «El Cabildo y el origen de la élite caraqueña» Ailid García da un repaso a lo que fue un proceso fundamental en la conformación de nuestro componente social: cómo a punta de papeles, billete y poder se fue configurando la clase dominante, desde las encomiendas hasta la mutación que con el tiempo derivó en algo parecido a una burguesía local, y cómo, según las necesidades de estos maniobrereros pretendidamente señoriales, fueron reducidos a esclavitud, primero los indígenas y luego los seres humanos secuestrados en África. Este registro resulta esclarecedor, cumple con grata claridad la misión de una genealogía de los explotadores y de la explotación.

Luego, en su crónica sobre los reales hospitales de San Pablo, Abilio Rangel Gil da cuenta del manejo de una lenta pero sostenida epidemia: la lepra, una dolencia traída de Europa que con

el tiempo se propagó entre las personas excluidas y vejadas. Los pueblos originarios de aquí no conocían este espantoso mal, llamado entonces Mal de San Lázaro, y ese fue precisamente el segmento social más afectado. Más por razones de autoprotección que por humanidad, las autoridades decidieron construir en las afueras (actual esquina de Curamichate, uno de los límites de Caracas hacia la mitad del s. XVIII) un hospital o depósito para estos seres humanos afectados, con la peculiaridad de que el hospital tenía su propio cementerio. Otros hospitales fueron creados para enfermedades como la sífilis y otros infames aportes de Europa.

José Gregorio Linares despliega varias páginas más adelante la tesis de que el arma más mortífera que trajo e invasor no fue el arcabuz y tampoco los artificios medievales para el sufrimiento, sino las enfermedades, que diezaban a la población con más ferocidad que las acciones bélicas.

Curiosamente, en una casta gobernante cuya vocación y plan secular llegó a ser la destrucción de ríos, llegó a existir una prohibición expresa de construir cementerios en lugares cercanos a cursos de agua; actitud o rasgo esquizoide de unos planificadores de abyecta negligencia.

También se transfigura la obra en bitácora de cómo, a través del tiempo, los caraqueños han producido y distribuido sus bienes de consumo, resumen y reseña del comercio y sus trampas; el consumismo y otros resultados lógicos del capitalismo.



No se le escapa a Iraidá Vargas el uso y abuso de la imagen de los pueblos caribes con fines propagandísticos. El texto «*Fake news* del siglo XVI y actuales, de la “Leyenda Negra venezolana”», como originalmente se publicó en el semanario *Ciudad Caracas*, es un alegato que va directo al corazón o al cerebro perverso de la historiografía como arma de colonización y sometimiento. En la ya desenmascarada deshumanización del ser humano caribe con fines bélicos, los *fake news* del siglo XVI redujeron a los caribes a monstruos, contrarios a lo que Europa consideraba civilizado, y la exportación de esa imagen feroz les garantizaba financiamiento de las aventuras conquistadoras. Además, «les subía los puntos».

Los historiadores e historiógrafos de todos los tiempos tal vez han contribuido con la consolidación de algunas leyendas que en su momento les sirvieron al conquistador, y ahora pareciera (aunque es discutible) reivindicarlos de alguna manera: para la España invasora resultaba muy conveniente la figura de un Guaicaipuro de corporalidad imponente (dicen las crónicas que tal vez se acercaba a los dos metros de estatura) y además hábil en el combate, poderoso y sanguinario. Habría que revisar o inves-

tigar si esa estructura corporal era viable o natural aquí, pero para los colonizadores siempre resultaba más cómodo narrar un combate contra un sujeto de 2 metros que con un indígena de un metro 65. Hemos aceptado esa imagen de un Guaicaipuro parecido a un superhéroe sólo porque las crónicas del enemigo lo retratan así.

Dice Iraidá: «Es muy posible que las crónicas reflejen no solamente los intereses de la Corona, sino también los personales de los cronistas, todos ellos etnocéntricos (...). Si los conquistadores ganaban una batalla, magnificaban el éxito, pues ello les permitía demandar mayores prebendas a la Corona; si la perdían, argumentaban que ello sucedía porque el enemigo era inhumano, cruel y salvaje y usaba artimañas deleznable». Y, en efecto, no hace falta ser conquistador ni eurocéntrico para que nos convenga más el relato de cómo fue y cuánto nos costó derrotar a un gigante de dos metros y a su ejército, que el vergonzoso episodio en que aplastamos y humillamos a unos pequeños indígenas, que al no tener armamento de última generación nos «jugaron caribe».

También para enfrentar estas construcciones que aún sobreviven, vale la pena entender y asumir este libro con criterio de guía y alerta, no para detenernos en el dolor de lo muy escabroso de nuestra historia, sino para asomarnos con actitud combativa y fresca a las batallas en curso, y a las que vendrán (porque es evidente que vendrán).



Presentación

Caracas insurgente

■ José Gregorio Linares

«Seguid el ejemplo que Caracas dio», dice nuestro Himno Nacional. Y en efecto, Caracas ha sido a lo largo de la historia un ejemplo a seguir. Ha sido escenario de disputas entre fuerzas externas reaccionarias y fuerzas internas patriotas. En esta ciudad en distintas coyunturas históricas han surgido personajes emblemáticos en la lucha contra la dominación extranjera. Nunca nos hemos rendido ante los enemigos foráneos.

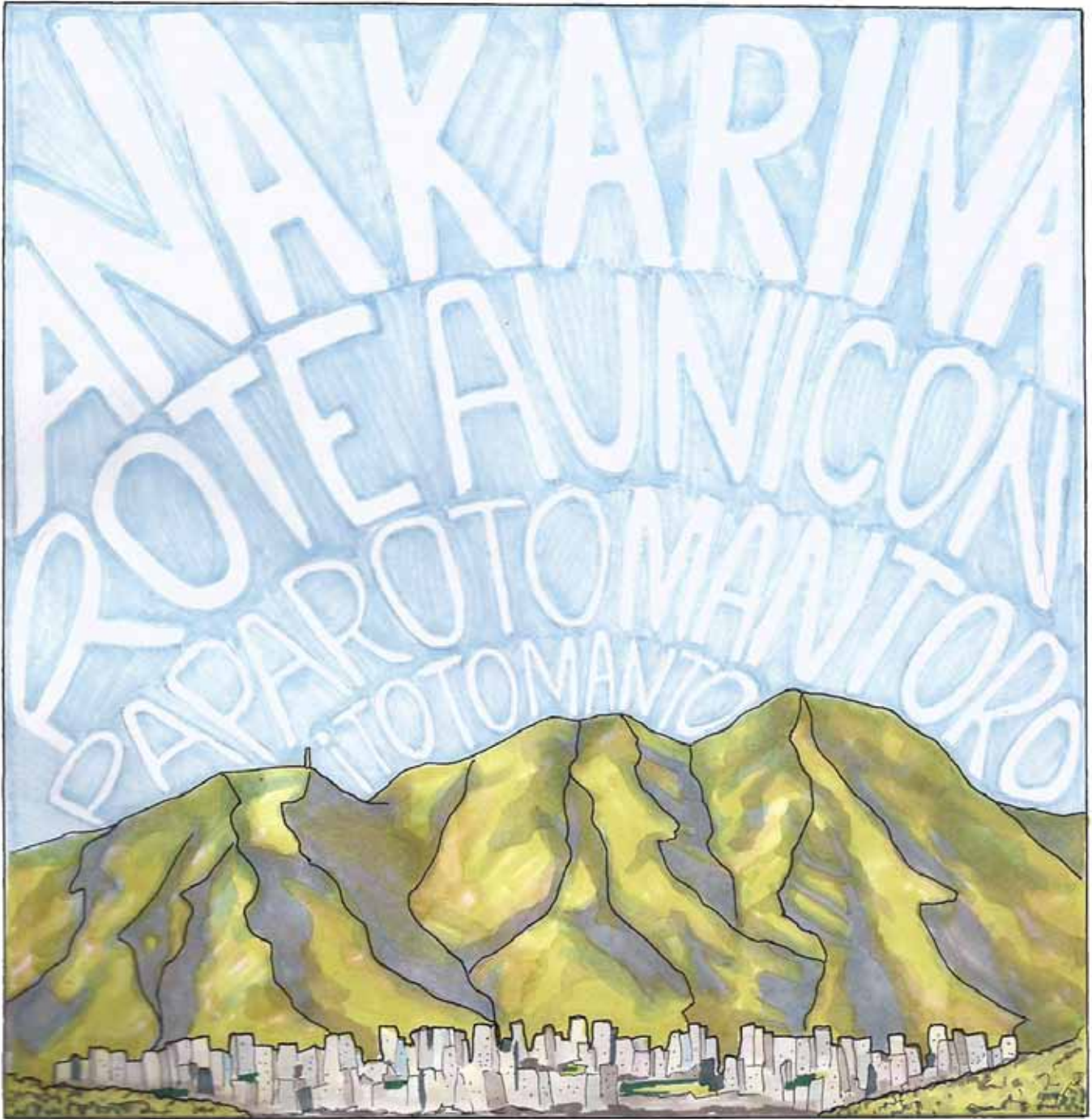
Caracas caribe

Cuando los conquistadores españoles fundaron Caracas, hacía ya miles de años que en ese territorio vivían los pueblos caribes. Los invasores creyeron que sería fácil someterlos, pero no fue así. Los pueblos caribes respondieron con su grito de guerra: Ana Karina Rote, Aunicon Paparoto Mantoro, Itoro Manto, «Sólo nosotros somos gente, aquí no hay cobardes ni nadie se rinde y esta tierra es nuestra». Nuestros pueblos originarios desarrollaron una tenaz guerra de resistencia frente al invasor, y comandados por Guaicaipuro, Paramaconi y Terepaima infringieron duras derrotas a los enemigos. Era tal el temor de los

españoles a Guaicaipuro que solo mediante traición pudieron asesinarlo. El cronista de Indias José de Oviedo y Baños cuenta: «Guaicaipuro, su nombre fue siempre tan formidable a sus contrarios, que aún después de muerto parecía que infundía temores su presencia».

Alonso Andrea de Ledesma contra los corsarios

En 1595 el corsario inglés Amyas Preston invadió la ciudad. Había arribado a las costas de La Guaira con seis barcos y quinientos hombres. De allí emprendió la marcha hacia Caracas, atravesando el Waraira Repano. No se vino por el sendero de la culebrilla (ahora conocido como camino de los españoles) sino que tomó una ruta menos conocida para sorprender a los habitantes. Llegó con «cuatrocientos bien armados» a las cercanías de la Plaza Mayor. Allí lo enfrentó un anciano quijotesco llamado Alonso Andrea de Ledesma. Y lo hizo solo porque el resto de los caraqueños habían salido en búsqueda de los invasores para hacerles frente. Éste «con su lanza y adarga salió a encontrar al corsario que, marchando con las



banderas tendidas, iba avanzando hacia la ciudad», cuenta Oviedo y Baños. De modo que este caraqueño encaró solo, sin más nadie, a las huestes de filibusteros. Fracasó en el intento; «le hicieron luego pedazos, y entraron en el pueblo», cuenta el cronista Fray Pedro Simón. Como vemos, Andrea de Ledesma no logró derrotar a los invasores, que al no conseguir el pago demandado a cambio de no destruir la ciudad, la incendiaron y devastaron. Pero la historia de arrojo y coraje de este hombre es símbolo de resistencia, que permanece vivo en la memoria ancestral de los caraqueños.

Caracas pionera en la lucha anticolonial

Del mismo modo, a comienzo del siglo XIX, Caracas fue pionera en la lucha anticolonial suramericana. Fue acá donde se inició en 1810 la epopeya de la independencia hispanoamericana. En efecto, el 19 de Abril de ese año fue un acto de soberanía y resistencia, primero contra el ejército francés que invadió España en 1808 y, simultáneamente, un primer paso hacia la independencia continental del imperio español.

El hecho tuvo resonancia en el mundo entero. En Londres los periódicos anunciaron que «los habitantes de Caracas se han declarado independientes a consecuencia de la disolución de la Junta Suprema y de la entrada de los franceses a Sevilla». De modo que podemos afirmar que a inicios del siglo XIX Caracas fue el epicentro de

la independencia hispanoamericana, el ejemplo a seguir en la lucha anticolonial. De esta ciudad salieron a combatir por el mundo: Francisco de Miranda, Simón Rodríguez, Andrés Bello, Simón Bolívar, entre muchos otros.

Caracas antiimperialista: Cipriano Castro y José Gregorio Hernández

De igual manera a inicios del siglo XX, durante el gobierno de Cipriano Castro (1899-1908), Caracas se convirtió en centro de la resistencia antimperial. Entre diciembre de 1902 y marzo de 1903 varias potencias europeas, con el pretexto del cobro de deudas, conformaron una alianza contra Venezuela: bloquearon nuestras costas, hundieron nuestros buques, desembarcaron tropas, bombardearon fortificaciones, destruyeron edificaciones, dispararon contra la población civil, y dejaron decenas de muertos. La respuesta del pueblo de Venezuela, en especial del pueblo caraqueño, no se hizo esperar. Miles de patriotas salieron a protestar, y cien mil voluntarios se organizan en milicias populares para enfrentar la planta insolente del extranjero. Entre los más activos en la resistencia antimperial estaba el médico de los pobres José Gregorio Hernández, primero en incorporarse a las milicias populares como aparece en la siguiente boleta de inscripción: «Estados Unidos de Venezuela, Distrito Federal. Jefatura de Milicias N° 1, Caracas, 11 de diciembre de 1902. El ciudadano José Gregorio



Caracas es rebelde e insurgente. Somos caribes en pie de lucha. Heredamos el sentido de patria del Libertador, la noción geopolítica de Cipriano Castro, la capacidad de servicio de José Gregorio Hernández y las convicciones antiimperialistas de Hugo Chávez y sus hijos



Hernández se halla alistado en la Milicia de la Parroquia de Altigracia. Vive en la calle Norte 2, casa N° 36. El Jefe Civil: G. Arenas. El Prefecto: L. Carvallo. Filiación: Edad treinta y ocho años. Estado: Soltero. Profesión: Médico».

Caracas hoy

Hoy vivimos momentos críticos. Venezuela está amenazada por el más genocida imperio. En virtud de que Caracas es la sede de los poderes públicos nacionales, esta ciudad se convierte en un objetivo político-económico-militar prioritario para EEUU. Sobre esta ciudad ha lanzado sus proyectiles más destructivos: desabastecimiento, boicot del transporte, paros, hiperinflación, paramilitarismo, sicariato, invasión cultural, daño a la propiedad privada y al patrimonio público, inseguridad programada, crímenes de odio, guarimbas, saboteo informático y financiero, divisionismo en el seno del movimiento popular, etc. En la Casa Blanca saben que Caracas es el epicentro de la política nacional. Lo que ocurre

en Caracas irradia todo el país. Si Caracas cae, Venezuela es herida en el corazón.

Pero Caracas es rebelde e insurgente. Somos caribes en pie de lucha. Heredamos el sentido de patria del Libertador, la noción geopolítica de Cipriano Castro, la capacidad de servicio de José Gregorio Hernández y las convicciones antiimperialistas de Hugo Chávez y sus hijos. Tenemos dignidad y bríos. Confiamos en nuestra capacidad de resiliencia y en nuestra habilidad para vencer.

En nuestro patriotismo radica nuestra fuerza; en nuestra disposición a seguir unidos, la clave de nuestros logros; en nuestra historia, el espíritu que nos moviliza; en nuestra táctica de lucha, nuestro poder; y en el ímpetu de nuestro pueblo, la invencibilidad de nuestra Causa. «Dios concede la victoria a la constancia» asegura Bolívar. Así que ¡venceremos! Seguiremos siempre el ejemplo de lucha, coraje y esperanza que Caracas dio. 🇻🇪

CARACAS CIUDAD CARIBE

Los cronistas



Mario Sanoja

Profesor titular jubilado, Universidad Central de Venezuela. Doctor en Antropología-UCV. Licenciatura en Etnología-Ciencias Fac., Ciencias. Diploma *Cum Laude* en Etnología, Fac. Letras- Universidad La Sorbona, París. Postdoctoral Research Associated de la Smithsonian Institution, U.S. Museum of National History. Profesor de la Escuela Venezolana de Planificación. Profesor invitado Escuela Robinsoniana. Investigador Nacional Emérito-Fonacit. Premio Nacional de Cultura. Premio Nacional de Historia. Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela. Orden José María Vargas al Mérito Académico en Primera Clase-UCV. Orden Nacional del Mérito al Trabajo-Conicit.



Iraida Vargas

Profesora titular jubilada, Universidad Central de Venezuela. Doctora *Cum Laude* en Geografía e Historia de América. Universidad Complutense de Madrid. Profesora de la Escuela Venezolana de Planificación. Profesora invitada de la Escuela Robinsoniana. Predoctoral Research Associated de la Smithsonian Institution, U.S. Museum of National History, Investigadora Nacional Emérita, Fonacit, Premio Municipal de Literatura. Premio Nacional de Cultura, Premio Nacional de Historia. Orden José María Vargas al Mérito Académico en Primera Clase, Orden Nacional Libertadores y Libertadoras en Segunda Clase.



José Gregorio Linares

Doctorante en Historia-Centro Nacional de Historia. Profesor de la Universidad Bolivariana de Venezuela y de la Escuela Nacional Robinsoniana. Investigador de la Escuela Venezolana de Planificación. Tutor del Sistema Nacional de Formación Caracas Caribe. Director General de la Oficina del Cronista de Caracas. Autor de: *Nuestra América: Pasado Comunitario, Porvenir Socialista; La Utopía Posible. Principios que orientan el socialismo en Nuestra América; ¡Bolívar vive! Vigencia del Libertador. Maestro Honorario Unearte.*

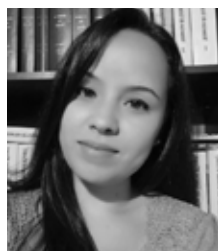


Abilio Rangel Gil

Licenciado en Historia-UCV, Diplomado en Conservación Preventiva del Patrimonio Documental-IDEA y tesista de la Maestría en Historia Republicana de Venezuela-UCV. Colaborador en investigaciones, tesis y proyectos relacionados a la historia de Caracas. Ha ejercido su labor investigativa dentro del área histórica en la Alcaldía Metropolitana de Caracas, el Gobierno del Distrito Capital y en la Oficina del Cronista de Caracas, adscrita a la Cámara del Municipio Bolivariano Libertador, donde labora actualmente.

CARACAS CIUDAD CARIBE

Los cronistas



Ailid García

Licenciada en Historia-UCV. Con desempeño en Trabajo Social; Asesora en MPPC; Asistente de investigación en el Parlamento Latinoamericano; Gerente Nacional de Regiones del Idenna; Productora radial de En Reversa; Directora General de Investigación Comunal y Movimientos Sociales del MPCC; Diplomados en: Paleografía-Archivo General de la Nación, Ciencia y Tecnología del Chocolate-UCV, Análisis del Discurso-IIPJM, La Habana. Impartió clases en el Colegio La Salle, Tienda Honda. Es Investigadora en la Dirección del Cronista de Caracas.



Antonio González Antías

Egresado de la Escuela de Historia-UCV en 1982. Fue Investigador Jefe en la Academia Nacional de la Historia; Investigador en el Archivo Histórico de la UCV; Asistente al Cronista de Caracas; Investigador en el Archivo General de la Nación, donde ha impartido Cursos de Paleografía Práctica; Docente Invitado de la Cátedra de Técnicas de Investigación III-Escuela de Historia, UCV. Docente en el PNFA, auspiciado por el CNEH y la Unearte, donde lleva la Cátedra de Paleografía. Es autor de varios libros sobre Paleografía y de Historia local.



Héctor Torres Casado

Arquitecto egresado de la Universidad Central de Venezuela en 1989. En la gestión pública se desempeñó como: Presidente del Instituto del Patrimonio Cultural (2010-2011), Viceministro de Planificación del Sistema Nacional de Vivienda y Hábitat (2008-2009), Viceministro de Obras y Proyectos Turísticos (2012-2013). En la academia es profesor de Diseño Arquitectónico en la Universidad Central de Venezuela desde 2001. Actualmente es Profesor-Investigador de la Fundación Escuela Venezolana de Planificación y Tesista del Doctorado en Historia Insurgente-CNH-Unearte.



Yskra Hernández Sarramera

Licenciada en Comunicación Social de la Universidad Santa Rosa. Maestrante de Comunicación Social del Instituto de la Comunicación Ininco-UCV. Locutora certificada por la UCV. Paleógrafa. Investigadora adscrita a la Dirección del Cronista de la Ciudad de Caracas. Nació en Maturín, estado Monagas.

Pueblo

Caribe

Publicado el 13 de marzo de 2020

La etnia nación conformada por los caribes del Orinoco

■ Iraida Vargas

Al igual que en la costa centro oriental de Venezuela, los caribes del Orinoco mantuvieron desde 1630 hasta 1740 una larga guerra de resistencia contra la dominación española para defender y preservar su dominio territorial, comandados, entre otros, por jefes guerreros como Quírawera, Taricura y Yaguaría.

La llamada Gran Rebelión Caribe en la región Aro-Caura-Cuchivero, comandada por el jefe Yaguaría, ocurrida en 1730, representó el último esfuerzo de dicha etnia para conservar, con el apoyo de los holandeses y franceses, la hegemonía política que habían podido consolidar en el Orinoco entre los siglos 9 y 15 de la era cristiana.

La información derivada del estudio de los sitios arqueológicos caribes de los siglos XVI, XVII

y XVIII en el Bajo Orinoco indica que la hegemonía política de los caribes no era exclusivamente el producto del sojuzgamiento de los otros pueblos indígenas de la región. Una de las causas principales de su predominio en dicha zona parece haber sido lo numeroso de su población.

Según los resultados de nuestras investigaciones arqueológicas, los poblados caribes más grandes del Bajo Caroní llegaron a tener una extensión de varias hectáreas. En Cachamay, la población estaba organizada en diversos conjuntos de viviendas, cada uno compuesto por tres o cuatro grandes bohíos colectivos. Un cálculo aproximado nos permitiría suponer para cada conjunto una población de 90 a 120 personas y una estimación aproximada de 600 a 700 habitantes por pueblo. Para el siglo XVI, la





Las poblaciones caribes no eran solamente más numerosas, sino también parecen haber estado integradas por buenos negociantes que se desplazaban en sus grandes curiaras a lo largo del Orinoco, paria y las actuales Guyana, Demerara y Cayena...



población caribe, solo para el Bajo Caroní, podría ser estimada aproximadamente entre 4 mil y 5 mil personas.

Entre 1.000 y 1.600 años de la era, hallamos una cadena continua de asentamientos caribes sobre la margen izquierda del Bajo Orinoco. No todos ellos tenían, sin embargo, las mismas dimensiones de los poblados del Bajo Caroní, fluctuando entre aldeas integradas por una sola casa comunal y, en ocasiones, hasta cuatro o cinco viviendas de características similares. El poblado más extenso del Bajo Orinoco era el de Barrancas o Huyaparí, integrado a su vez por numerosas aldeas relacionadas entre sí donde convivían poblaciones caribes y arawak caribi-

zadas. Las observaciones de los cronistas del siglo XVI indican un estimado de 400 viviendas para aquel poblado, es decir, unos 12 mil a 15 mil habitantes en total: una pequeña ciudad originaria.

Los pueblos caribes se distinguieron como excelentes fabricantes de canoas monoxilas que podían albergar hasta 50 remeros. En esas embarcaciones eran expertos navegantes de altamar, capaces de moverse entre las cadenas de islas sembradas en el Mar de los Caribes y las tierras continentales.

Las poblaciones caribes no eran solamente más numerosas, sino también parecen haber estado

integradas por buenos negociantes que se desplazaban en sus grandes curiaras a lo largo del Orinoco e incluso hasta Paria y las actuales Guayana, Demerara y Cayena, transportando y distribuyendo mercancías de distinto género. Una actividad tal necesitaba contar con poblaciones amigas a lo largo de sus rutas de intercambio, cosa que lograban manteniendo nexos de parentesco consanguíneo con todas las otras comunidades y etnias caribe o arawak de los territorios bajo su control. En esta relación jugaba un papel importante el intercambio de mujeres por matrimonio entre las diversas etnias, ya que ellas representaban y representan el elemento esencial para la reproducción de la ideología y la cultura, la lengua, los conocimientos técnicos y la forma de propiedad.

Misiones capuchinas catalanas y la reducción de los pueblos caribes

La guerra de conquista llevada a cabo por los españoles en la región centro oriental del país, poblada principalmente por pueblos de la etnia-nación caribe, duró dos siglos y medio hasta que, en el siglo XVIII, una parte importante de la misma aceptó acogerse, de buen o mal grado, al sistema misional. Las misiones capuchinas cata-

lanas de Guayana se fortalecieron fundamentalmente con el aporte humano y cultural caribe, creando un proyecto político y económico que combinaba las ideas humanistas del Padre Las Casas con la modernidad capitalista del siglo XVIII: agricultura y ganadería intensivas, transformación artesanal de las materias primas, minería del oro y el hierro, grandes hornos para la producción de alfarería refractaria, talleres de metalurgia para la producción de herramientas y un importante comercio de exportación hacia las Antillas y posiblemente Europa.

Un reducido número de frailes capuchinos actuaba como gerente de los diferentes poblados que conformaban el sistema misional, pero fueron los indios caribes quienes formaron la masa crítica de supervisores y trabajadores que dio sustento a dicho proyecto. Gracias al enorme capital mercantil acumulado por las misiones en sus almacenes, los grandes rebaños de vacunos, mulas, caballos y sobre todo su importante fuerza de trabajo caribe formada en la ideología del trabajo moderno, como la Segunda República, pudo establecerse en Guayana y luchar hasta la consagración de nuestra Independencia en 1821. ✎

Publicado el 06 de marzo de 2020

La Leyenda Negra venezolana

■ Iraida Vargas

Los caribes pertenecen a un pueblo que se caracterizó por su extraordinario apego al territorio, por su respeto a los ciclos de la naturaleza para la regeneración de los recursos bióticos, por su gran aporte en la tecnología agraria creando formas complejas de cultivos como los camellones y por su excepcional capacidad como navegantes. Sin embargo, gracias a la «leyenda negra caribe», creada por los invasores en el siglo XVI para poder justificar su exterminio, cuando se hablaba de ellos –incluso hoy día– solo se les caracteriza por su agresividad, se dice que fueron aguerridos, combativos, violentos, nómadas y caníbales. Esa leyenda fue reproducida por la historiografía tradicional venezolana y validada gracias al manejo, por su parte, de las fuentes escritas producidas por los mensajeros imperiales, los Cronistas de Indias.

Según esas fuentes, es posible advertir que reflejan las opiniones, calificativos, valoraciones y similares sobre los indígenas que tenían los conquistadores, quienes los descalificaron sistemáticamente ya que los consideraban como sus más temibles adversarios. Según los invasores, los caribes eran seres crueles, inhumanos, malignos y salvajes dedicados a hacer expediciones para capturar y esclavizar a sus enemigos, ajenos a la agricultura, etc. De hecho, según cual fuese la fuente consultada, los cronistas manifestaban reiteradamente no sentir nada más que desprecio hacia los indios caribes, convirtiéndolos en demonios, al emplear cualquier recurso que les permitiera deshumanizarlos.

Es muy posible que las crónicas reflejen no sola-





Es muy posible que las crónicas reflejen no solamente los intereses de la Corona, sino también los personales de los cronistas, todos ellos etnocéntricos



mente los intereses de la Corona, sino también los personales de los cronistas, todos ellos etnocéntricos. En tal sentido, es bueno recordar que el uso de la descalificación e incluso la deshumanización, fueron y siguen siendo comportamientos comunes en procesos de conquista, especialmente cuando se trata del accionar de un imperio, tal como sucedió con el español en el siglo XVI. Si los conquistadores ganaban una batalla, magnificaban el éxito, pues ello les permitía demandar mayores prebendas a la Corona; si la perdían, argumentaban que ello sucedía porque el enemigo era inhumano, cruel y salvaje y usaba artimañas deleznales.

Basta revisar las crónicas elaboradas por los invasores para constatar los innumerables epítetos usados. Con ello los conquistadores in-

tentaban vencer a ese enemigo no solo en las batallas sino también –usando cualquier medio– en todos los aspectos de sus vidas.

Los indios caribes eran considerados por los cronistas, además, como taimados y mentirosos, astutos y propensos a la trampa y al engaño, incapaces de luchar de manera limpia. Estas características los hacían, decían, sumamente peligrosos, pues podían atacar en los momentos más inesperados empleando malas artes y disimulos.

La utilización de la descalificación y las agresiones, de manera similar como hace el imperio hoy día contra Venezuela, permitieron a los conquistadores del siglo XVI deshacerse de implicaciones morales y autojustificarse, dado que las vidas de los indígenas, al ser desperso-

nalizados, no importaban.

Pero hay que considerar que el que los seres humanos seamos capaces de definir la crueldad y sentir si una acción está bien o mal en el plano ético, es lo que nos diferencia de los animales. Eliminar el componente humano de una persona y convertirla en un monstruo caricaturesco, tal como hoy día intentan hacer con el «dictador Maduro», les facilitaba el excluirla de su esfera moral. Su muerte, lejos de ser digna de pesar y luto, era y es hasta una necesidad a cambio, supuestamente, del bien de todos (recordar a Trump hablando de Soleimani).

Estas *fake news* que aparecen en las crónicas sobre los caribes, registradas por la historiografía, no fueron creadas ingenuamente, estaban dirigidas a justificar ante los gobiernos y la sociedad nacional el despojo de sus tierras ancestrales, tal como hoy ocurre con nuestras riquezas mineras.

Los datos de los cronistas deben ser siempre analizados y muchos de ellos cuestionados, ya que, se presume, muchos eran falsos y buscaban satisfacer sus propios intereses, así como justificar sus atropellos ante la Corona española, creando en múltiples oportunidades en sus *fake news*, una leyenda negra en torno a las prácticas culturales indígenas.

De igual manera, el imperio estadouniden-

se, incluida la Unión Europea, ha creado una Leyenda Negra sobre Venezuela que oculta todos los grandes avances sociales del bolivarianismo y resalta solamente sus *fake news*, sus mentiras, que a fuerza de ser repetidas sin cesar por la mediática al servicio del imperio terminan por ser aceptadas como una suerte de «verdad» que no puede ser rebatida críticamente.

Criticar históricamente la leyenda negra caribe del siglo XVI nos permite entender la manera como se fue construyendo la Leyenda Negra de la Revolución Cubana y de Fidel, la Leyenda Negra Sandinista, la Leyenda Negra Venezolana y las diferentes leyendas negras que siempre descalifican a Lula, a Cristina, a Rafael Correa, a Evo Morales y en particular a nuestro presidente Nicolás Maduro, y últimamente al presidente de México, López Obrador. Lo que existe en común en todas esas leyendas negras es que se trataba y se trata siempre de pueblos y líderes que no se plegaban ni se pliegan a la dominación imperial y pasan a convertirse, por ese hecho *ipso facto*, en enemigos de la humanidad. De esta manera, el imperio premia con halagos la docilidad de los gobernantes que doblan graciosamente las rodillas ante sus amenazas y castiga con las furias del desprecio y la opresión a aquellos gobernantes revolucionarios que defienden la soberanía de sus pueblos. ✎

Publicado el 25 de octubre de 2020

La autopista Guaicaipuro

■ Mario Sanoja Obediente

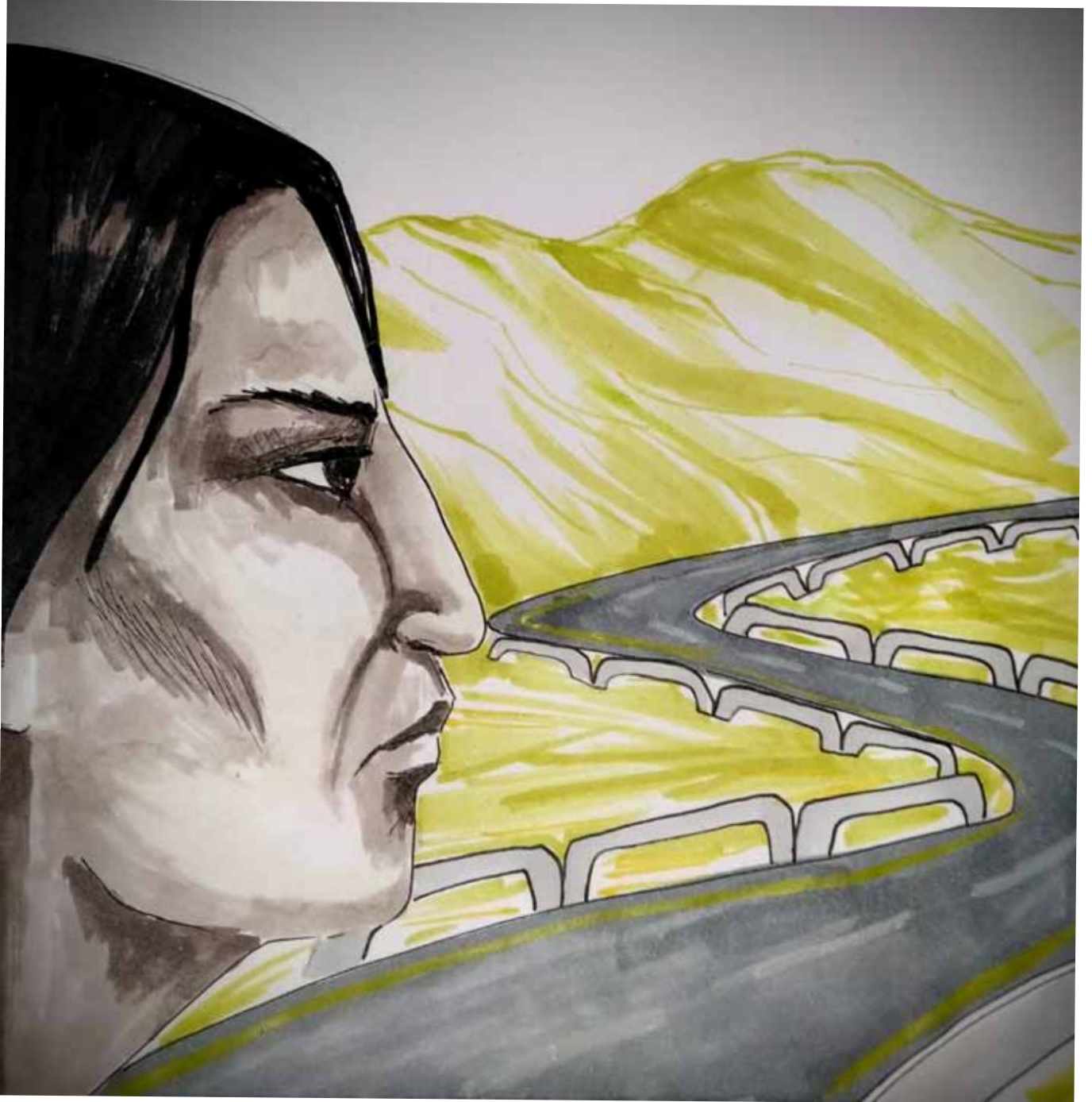
La propuesta de la alcaldesa Erika Farías de dar el nombre de Guaicaipuro a la autopista Francisco Fajardo, ha desatado una ola de mensajes en contra por parte de la derecha venezolana. Han llegado algunos hasta considerar a Fajardo un héroe de la patria, ignorando totalmente la oscura trayectoria de dicho personaje y dejando de lado la profunda significación simbólica que tiene hoy día Guaicaipuro para expresar la defensa de la soberanía y la integridad de la patria venezolana.

¿En cuál contexto histórico surge Francisco Fajardo?

Hacia 1526, comenzó la producción del espacio urbano de Nueva Cádiz isla de Cubagua, con la edificación de viviendas permanentes utilizando la tapia, las piedras calizas y la argamasa.

Entre los empresarios españoles que habitaban Nueva Cádiz para 1527 se encontraba Francisco Fajardo, padre del que sería posteriormente primer explorador del valle de Caracas y fundador del primer asentamiento de los invasores en la región caraqueña.

Los empresarios españoles de las islas La Española y Puerto Rico figuraban como los principales financistas y depredadores de los placeres de perlas de Cubagua. El interés de dichos empresarios, vinculados a Francisco Fajardo, era obtener ganancias inmediatas para recuperar el capital invertido, conducta depredadora, que terminó por destruir dichos placeres. Más grave aún, las ganancias que obtenían dichos empresarios por concepto de la pesca y el comercio con las perlas, se hicieron a costa de la vida de





El valle de Caracas y su litoral caribe que representaban el centro de aquella periferia estaban todavía bajo el control de las etnias caribe toromaima



numerosos negros e indios esclavizados, forzados a trabajar como buzos en las condiciones más crueles, obligándolos a sumergirse una y otra vez a profundidades de vértigo en busca de las ostras dormidas en el fondo de los arrecifes: indígenas y negros esclavizados que eran arrojados al agua con una piedra atada a la cintura, y a los que sólo izaban a la superficie cuando lograban hacerse con la pieza, todo para satisfacer el ansia de ganancia efímera que muchas veces podía perderse en una noche en una partida de naipes o entre los brazos de la más atractiva esclava puesta a ganar por su dueño, en el antro donde se acabó por reunir la hez de los invasores hispanos.

Para mediados del siglo XVI, el conjunto de los diversos centros poblados que conformaban el *hinterland* del territorio colonial venezolano semejaba una periferia sin centro (Sanoja y Vargas

Arenas, 2002). El valle de Caracas y su litoral caribe que representaban el centro de aquella periferia estaban todavía bajo el control de las etnias caribe toromaima, al igual que buena parte de los valles de Aragua, la región de Barlovento y la mayor parte de la cuenca del Orinoco.

Los empresarios margariteños financiaron varias expediciones armadas hacia Guayana y el valle de los caracas, espacio habitado también para ese momento por etnias de filiación caribe, con el objetivo de lograr su conquista. Para tal fin, financiaron y organizaron una expedición naval al mando de Francisco Fajardo, hijo de un español con la cacica guaiquerí Doña Isabela, aprovechando los contactos que esta mantenía con jefes tribales caribe del litoral guaireño. Con estos apoyos Fajardo desembarcó en La Guaira y logró fundar entre 1559 y 1560 la villa de San Francisco, que luego sería bautizada por Diego

de Losada como Santiago de León de Caracas en honor al Apóstol Santiago, patrón de España y de la provincia de León, Castilla (Sanoja y Vargas Arenas, 2002: 49). Como poblado estratégico para mantener las comunicaciones con la isla de Margarita, Fajardo fundó la villa del Collado en la región de Caraballeda, litoral del actual Estado La Guaira.

La villa de San Francisco se hallaba localizada en el centro de la actual Caracas. Según nuestras investigaciones arqueológicas, Caracas fue fundada en el emplazamiento de una de las aldeas caribe conquistada por las tropas de Diego de Losada, localizada entre las actuales esquinas de Veroes-Catedral-Principal y Santa Capilla. Para contrastar el dato histórico documental escrito con el arqueológico, obtuvimos una datación absoluta de C14 (Beta-95015), muestra sacada de la huella del poste carbonizado de una vivienda de dicha aldea indígena, la cual arrojó la fecha convencional de 1559 años de la era. La interpretación histórica del fechado de C14 indicaría que el árbol a partir del cual se construyó el poste de aquella vivienda, fue cortado en 1559. Cotejando el dato arqueológico con el histórico documental, podemos ver que la incursión de Francisco Fajardo en el valle de los caracas se llevó a cabo alrededor del mismo año. Las viviendas del hatto de San Francisco, fundado en 1560 por Fajardo, solo po-

drían haberse construido con una estructura de postes de madera y techo de paja, similar a la de los bohíos indígenas caraqueños de la aldea toromaima donde se asentó Diego de Losada.

El razonamiento lógico de un militar como Diego de Losada, le habría llevado a plantar sus cuarteles en el mismo lugar que había sido ya dispuesto por Francisco Fajardo, el hatto San Francisco, ubicado en las orillas de la ya desaparecida quebrada Catuchecua, efluente de río Catuche. En efecto, la huella del poste de madera que fechamos con C14, estaba asociada con alfarería indígena caribe, hachas líticas, pendientes de jadeíta, pintaderas de arcilla, dedales metálicos y fragmentos de mayólica europea del tipo Columbia Plain, de uso muy difundido en el Caribe en el siglo XVI; también se localizaron asociados restos de comida tales como vértebras de peces de río, huesos de conejos, agutíes o lapas y, posiblemente de venados y de váquiros (*tayassu* sp.) cuya carne formaba parte de la dieta de los habitantes del bohío.

Después de haber fundado el hatto San Francisco, Fajardo, como buen abusivo invasor, comenzó a repartir las tierras que eran propiedad de los toromaima entre los empresarios margariteños que habían financiado su expedición: su compañero de aventuras Juan Jorge Quiñones y el portugués Cortéz Richo, entre otros, traicio-

nando así la confianza que le había dispensado los indígenas caribe toromaima.

Para el año de 1567, según Nectario María (1967: 119-120), en el valle de los caracas, había una fuerza estimada de 12.000 a 15.000 guerreros caribe bajo el mando del cacique Paramaconi, quien logró organizarlos para rodear la villa de San Francisco donde se hallaba refugiado Fajardo con otros treinta españoles, apropiándose del ganado, el maíz y así como de sus tierras cultivadas que les habían sido robadas por Fajardo. Después de matar a siete españoles y a otros indios traidores, los guerreros de Paramaconi obligaron a los invasores a huir hacia la villa del Collado, de donde volvieron a embarcarse en sus canoas para regresar derrotados a la isla de Margarita.

La expedición de Diego de Losada

La expedición de Losada, financiada por los comerciantes para invadir la región caraqueña, partió de El Tocuyo, actual Estado Lara, desde el siglo VII de la era cristiana. El Tocuyo formaba parte de un extenso señorío caquetío de tipo estado, que abarcaba todo el noroeste de Venezuela, opuesto al extenso señorío caribe que ya para los siglos XII y XVI de la era cristiana,

controlaba la mitad oriental de Venezuela y la región antillana. Los caquetíos formaban una sociedad estratificada que había alcanzado un alto desarrollo de las fuerzas productivas con base en lo cual pudieron los invasores españoles fundar en 1545 la ciudad que se transformaría en el primer centro económico del país, dedicado principalmente a la producción agropecuaria y artesanal, particularmente del famoso lienzo de algodón denominado tocuyo elaborado por las hábiles tejedoras caquetías.

Por aquellas razones fue El Tocuyo el primer centro estratégico para la conquista del occidente de Venezuela donde, entre 1555 y 1567, se organizó la expedición de Diego de Losada para tratar de conquistar el Valle de Caracas y las montañas que lo rodean, con una fuerza compuestas por 130 soldados castellanos y 800 guerreros y guerreras indígenas (posiblemente arawacos de filiación caquetía: gayones ajagua o jirahara), quienes al parecer consideraban correcto hacer la guerra a sus enemigos caribe toromaima. La fuerza de Losada enfrentó una feroz resistencia por parte de las tribus comandadas por Guaicaipuro, Paramaconi y Terepaima, logrando finalmente vencerlas en la llamada batalla de Maracapaná.

La larga ocupación de la región caraqueña por la etnia caribe toromaima, se expresa en la diversidad de sitios arqueológicos relacionados y localizados en el actual centro de Caracas: Escuela José Ángel Lamas, Santa Capilla, Convento de San Francisco, Teatro Municipal, El Silencio y Parque Central. Otros hallazgos indican la presencia de otras aldeas caribe toromaima en Prados del Este, El Cafetal, La Vega, Chacao, Petare, Caricuao, Colonia Tovar y el área de Los Teques. El dominio caribe caraqueño se extendía hasta los valles de Aragua, la cuenca del lago de Valencia, los valles del Tuy y Barlovento.

La resistencia de los toromaima se prolongó hasta inicios del siglo XVII. Todavía en 1571, aquellos atacaban los caballos, bestias de carga y carneros que pastaban alrededor de la villa de Santiago de León. De igual manera, asediaban los caminos que comunicaban Caracas con los asentamientos españoles en el litoral.

Los caribes toromaima, junto con los negros venezolanos formaron luego la base del Bravo Pueblo caraqueño que promovió el movimiento de independencia de Venezuela del imperio español. Hoy día son igualmente sujeto cultural

del chavismo, que defiende la independencia y la soberanía de la patria venezolana amenazada por un nuevo imperio: el de Estados Unidos. Por el contrario, la ideología generada por la historiografía burguesa, la cual considera que los orígenes de la nación están solo vinculados a los conquistadores europeos, determinó que los gobiernos de la IV República le dieran el nombre de Francisco Fajardo a la autopista que recorre Caracas de este a oeste.

Por las razones antes expuestas, creemos que se debe cambiar el nombre de la autopista Francisco Fajardo, vinculada a un depredador de nuestros recursos naturales y esclavizador de las poblaciones originarias de Venezuela. Deberíase, por el contrario, darle el nombre de Autopista Guaicaipuro en honor a los pueblos caribes originarios que humanizaron el entorno de esta región caraqueña y dieron su vida para defenderla de la codicia de los invasores europeos. En honor de aquellos guerreros se debería, igualmente, crear una Orden Paramaconi para distinguir a aquellos y aquellas que defienden la soberanía y la independencia de nuestra patria Venezuela, hoy asediada y amenazada por el imperio estadounidense. ✎

Los virus de la Corona

■ José Gregorio Linares

Se llama pandemia a la propagación de una enfermedad infectocontagiosa entre un elevado número de habitantes en un extenso territorio donde la mayoría aún no está inmunizada. Cuando revisamos la historia de las pandemias es frecuente que nos encontremos con una larga relación de las más importantes según la perspectiva eurocéntrica (Plaga de Atenas, la Peste Negra, la Gripe Española, etc.). Pero al mismo tiempo nos topamos con una gran omisión histórica: las pandemias indoamericanas causadas por los virus traídos al Nuevo Mundo por los conquistadores europeos a partir de 1492. En efecto, una gran parte de la población amerindia fue exterminada tras la invasión europea. Según el antropólogo brasileño Darcy Ribeiro: «En América Latina, había una población de aproximadamente setenta millones de amerindios antes de la llegada de los españoles y 150 años más tarde quedaban sólo tres millones y medio».

Pero nuestros indígenas no murieron mayoritariamente en los combates militares, derrotados por un enemigo superior, más hábil, valiente o

audaz. ¡No! Los conquistadores, en efecto, ejercieron violencia y crueldad contra los nativos de América; pero no fueron sus armas ni sus tormentos los que arrasaron con la población americana. Los indígenas murieron mayoritariamente en sus aldeas, víctimas de diferentes especies de seres diminutos e invisibles: los virus transmisores de enfermedades de procedencia europea. De hecho, hubo más muertos debido a las enfermedades transmitidas por microorganismos letales que las producidas por las espadas y los arcabuces. Más muertes ocasionadas por los minúsculos virus que por los enormes perros amaestrados para matar. Afirma la historiadora Suzanne Austin: «Si bien el saqueo practicado por españoles, ingleses, holandeses y franceses produjo gran destrucción de vidas y culturas nativas, fue la introducción de enfermedades del viejo mundo, en particular la viruela y el sarampión, lo que ocasionó la muerte de la mayoría de los habitantes nativos del hemisferio». (Las grandes causas de muerte en la América precolombina). Asimismo, el biogeógrafo Jared Diamond en su obra *Armas, gérmenes y acero*, afirma: «A lo largo de Amé-



rica, las enfermedades introducidas por los europeos se extendieron de tribu a tribu mucho antes de la llegada de los propios europeos, matando a un porcentaje estimado del 95% de la población nativa americana existente a la llegada de Colón».

Aliado invisible y despiadado

Sin este auxilio inesperado, invisible y despiadado, quizás la historia de América habría sido otra: Los invasores habrían sido derrotados y expulsados de nuestras tierras; habrían tenido que pactar formas alternativas de convivencia pacífica como las propuestas por Bartolomé de las Casas en Venezuela y Centroamérica, Vasco de Quiroga en México o los jesuitas en el Paraguay; o se les habría hecho mucho más difícil someter por la fuerza y luego mantener esclavizados o en servidumbre a los nativos de América. Pero no fue así. La victoria fue de los europeos que portaban los gérmenes exóticos. Nuestros indígenas no estaban inmunizados contra las enfermedades del Viejo Mundo. Su sistema inmunológico se derrumbó como una frágil muralla frente al ataque de un ejército conformado por diminutos enemigos. Carecían de anticuerpos para ganar una guerra bacteriológica.

Para entonces Europa vivía (sería mejor decir moría) asolada por las pandemias. Fresca estaba en la memoria de los invasores la imagen de la muerte portando su guadaña y arrastrando bajo su sotana a millares de moribundos; fresco

el recuerdo del sufrimiento y la angustia causados por las epidemias que diezmaron la población. Estas pestes tuvieron su origen en las precarias condiciones de salubridad que facilitaron el contagio de las enfermedades que portaban sus animales domésticos (ganado vacuno, caballos, cerdos, cabras y ovejas). En efecto, según Suzanne Austin «muchas de las infecciones del Viejo Mundo, como la viruela y el sarampión, se originaron en poblaciones de animales. Sin embargo, aun cuando los habitantes del Nuevo Mundo finalmente domesticaron varias especies, incluyendo perros, pavos, patos y camélidos (la alpaca y la llama) de Sudamérica, la viruela, el sarampión, la peste bubónica y el cólera no se desarrollaron en las Américas».

Afirma Austin que en la América Precolombina la población era, en general, bastante sana: «Las enfermedades relacionadas con las deficiencias nutricionales y la desnutrición eran raras. Las hambrunas no eran frecuentes. Debido a las bajas densidades de la población, las epidemias raramente ocurrían». En particular, la gripe en cualquiera de sus modalidades no existía en el continente americano. Concretamente, «los investigadores no han descubierto ninguna evidencia que compruebe la existencia de la influenza (gripe) en la América precolombina». Los indígenas se enfermaban, por supuesto; y «las principales causas de muerte eran infecciones respiratorias y gastrointestinales severas». Pero los amerindios conocían cómo

« Para entonces Europa vivía (sería mejor decir moría) asolada por las pandemias. Fresca estaba en la memoria de los invasores la imagen de la muerte portando su guadaña y arrastrando bajo su sotana a millares de moribundos »

tratar las dolencias y padecimientos propios de estas tierras: para ello contaban con una variada terapéutica y con los piaches o curanderos. De modo que sin la agresión extranjera el crecimiento de la población indígena hubiese seguido su ritmo normal, propio del tipo de civilizaciones comunitarias que venían desarrollándose. Pero ocurrió un hecho inesperado: fueron invadidos por hombres despiadados que portaban consigo los mortíferos microbios.

La resistencia indígena

Los indígenas pelearon con furia para defender sus tierras, su comunidad y su cultura. Mas la distancia de América con respecto a Europa se convirtió en su talón de Aquiles. A diferencia de sus enemigos, no estaban inmunizados. Así fue diezmada toda América. Desde el momento cuando se dieron los primeros contactos en las islas caribeñas donde arribaron primero los

conquistadores, la población nativa sufrió una debacle demográfica. Las cifras son alarmantes: «el 90% de la población caribe y arawak murió en los veinte años siguientes a la llegada de Cristóbal Colón y sus hombres en 1492», explica el epidemiólogo Muñoz Sanz.

Hubo lugares donde la población aborigen fue prácticamente aniquilada. Este fue el caso de Cuba. En la isla convivían tres pueblos amerindios: los guanajatabeyes, los siboneyes y los taínos. De acuerdo al investigador cubano Rolando J. Rensoli. «Su población se ha calculado por diversos autores entre 100 mil y 700 mil personas al momento de la conquista española (1510-1515)». Para los indígenas cubanos la salud jugaba un papel fundamental, y en su organización social los «behiques» o curanderos eran especialmente apreciados.

Cuando llegaron los conquistadores a Cuba, ya habían depredado las otras islas que antes encontraron en su camino. Allí masacraron a buena parte de los indígenas y estos se les enfrentaron militarmente. De una de estas islas (Quisqueya, hoy República Dominicana) vino a Cuba el cacique Hatuey. Organizó la resistencia indígena, convocó a la unidad de los pueblos nativos y se puso al frente de la insurgencia. A su lado combatieron tenazmente los pueblos originarios cubanos, entre los que destacan los nombres de su coterránea Anacaona, de la cubana Guarina, los caciques Guayucayex, Yucaguayex, y especialmente Caguax, Guamá y su esposa Casiguaya, sucesores de Hatuey en la lucha insurgente. Sin embargo, son derrotados y prácticamente aniquilados por los opresores, sus puñales y sus gérmenes. A tal punto llega la masacre que la población originaria disminuye drásticamente y los conquistadores se ven en la necesidad de llevar a Cuba a la fuerza a miles de indígenas de otras regiones del Caribe, a quienes someten al trabajo forzado.

El antiviral cubano

Paradójicamente hoy Cuba, esa isla esquilma da por los conquistadores, se ha convertido en esperanza planetaria en la lucha contra el virus que hoy azota a la humanidad. En sus centros de investigación se ha elaborado el medicamento esencial en los protocolos que permiten salvar la vida de los contagiados de coro-

navirus: el interferón alfa2b. El médico cubano Luis Herrera es el creador de este fármaco que ayuda a tratar a pacientes contagiados con el covid-19. Ahora los investigadores cubanos trabajan arduamente para crear la vacuna, el antiviral que libre al planeta de esta pandemia. Y no solo eso, Cuba ha dado una lección de solidaridad a todos los pueblos del mundo. Un crucero de Gran Bretaña con cerca de mil personas, con seis pacientes infectados de coronavirus a bordo, ha sido recibido en Cuba a pesar de los riesgos que ello supone y tras serle denegada la entrada en varios puertos. Los afectados recibieron atención médica en la tierra de los “behiques”.

Hoy una comisión de médicos cubanos dirigida por el Dr. Luis Herrera se encuentra en Venezuela y colabora con el Gobierno venezolano en la lucha exitosa que desarrollamos contra la pandemia. Al llegar a nuestra patria evocó las palabras del apóstol José Martí: “Deme Venezuela en qué servirla: ella tiene en mí un hijo”. Gracias, Cuba. Así que mientras que de Europa nos llegaron las primeras pandemias a Nuestra América, probablemente sea justo en estas tierras donde se produzca el antiviral que no solo nos cure de enfermedades terribles, sino los proyectos civilizatorios y las lecciones de solidaridad que salven a la humanidad de su destrucción y envilecimiento. ✎

Caracas

El Archivo Histórico Municipal de Caracas

■ Yskra Hernández

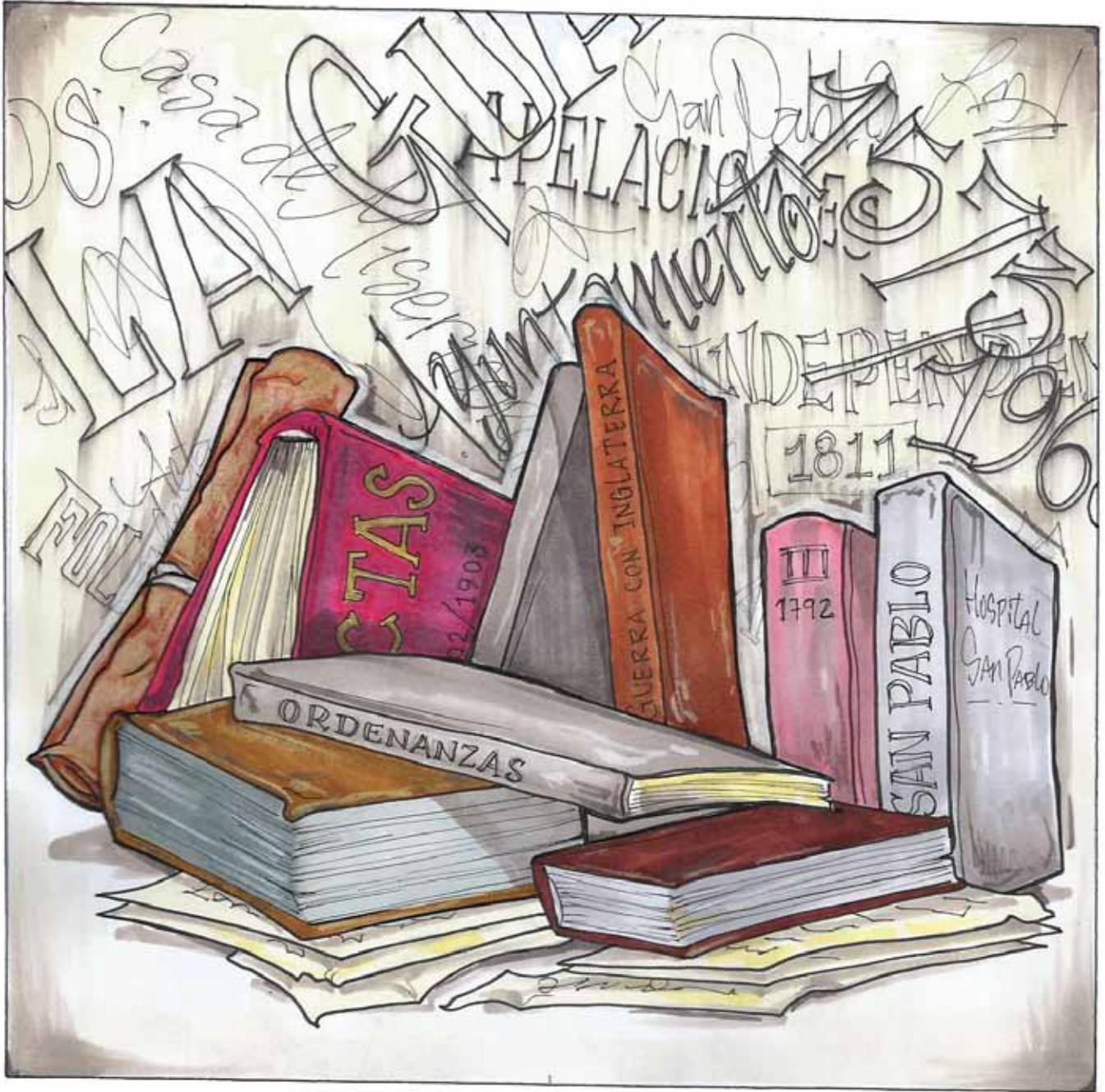
La historia documental de la hoy ciudad de Caracas es conocida, fundamentalmente por medio de registros escritos, los cuales son testimonio del accionar político, administrativo y militar de los colonizadores en la provincia recién establecida, erigida en consecuencia al calco del sistema imperial español, donde como una de las primeras medidas, además del aseguramiento de la ciudad fue el nombramiento de autoridades.

Esta acción da paso de inmediato a la institución municipal, es decir, al Cabildo de Caracas, que a pesar de haberse constituido precariamente, sirvió para poner en movimiento todo el engranaje burocrático que permearía el desarrollo de la otrora provincia. Así comenzó a establecerse las sesiones de cabildo como el medio para conocer las necesidades y la estructuración de la naciente urbe, las cuales fueron expuestas tanto por los cabildantes como por los habitantes.

Fueron muchos y diversos los temas que se dieron por conocidos en las referidas sesiones de cabildo, como las pulperías, solicitudes de solares para construcción de casas, aguas, encañado, regulación del precio de los comestibles, entre otros. Sobre algunos de ellos se tomaron decisiones inmediatas mientras otros fueron postergados, según los alcances del problema. Como resultado de todo ese accionar se generaron los ya referidos registros escritos, muchas veces copiados íntegramente en Reales Cédulas, Reales Provisiones, Órdenes y Mandamientos, los cuales se han convertido en testimonios fehacientes del movimiento burocrático-administrativo del cabildo caraqueño. De este modo se fue acumulando un conjunto considerable y significativo de documentos.

Documentos del Archivo Histórico

Será entonces, mediante la celebración y registro de las sesiones de cabildo, que se forma casi de manera espontánea el Archivo Histó-



« *...las Actas del Cabildo acusaban cierto nivel de deterioro, dado quizá por los depredadores del papel, a la falta de una política de conservación, por el desconocimiento de su importancia y significado o por considerarlo simples papeles viejos* »

co de Caracas, el cual recoge la memoria escrita de la ciudad entre los años de 1573 a 1960, en cuyas sesiones se trataron innumerables temas, a partir de las necesidades y problemas de los habitantes de esta ciudad –y que aún en la actualidad les compete a las autoridades municipales resolver– todo esto permitió a lo largo del tiempo el cúmulo de 217 libros originales de Actas del Cabildo.

Así las cosas, se hacía necesario facilitar el manejo del Archivo, por consiguiente este se subdividió en sesiones, que aun hoy permanecen como son Solares, Ejidos, Cantonales, Reales Cédulas, Diversos y Coliseo, y otros libros individuales con temas específicos como: Familia Bolívar, Guerra con Inglaterra, Donativo Miranda, Hospitales, Casa de Misericordia, Real Audiencia y Ayuntamiento, Carnicerías, Aguas, Aguas y Montes, Alcaldes de Barrio, Apelaciones, Educación, Procurador General, Cuentas de Costo de la Plazuela de San Pablo, Ordenanzas y Resoluciones, Acuerdos, Ordenanzas y Decretos, Epidemia, Valles de

Aragua, Harina, Informe sobre Simón Rodríguez, Hospital San Pablo, Limpieza de Sangre, José Domingo Díaz, Mataderos, Maestros Mayores, Monedas, Platerías, Plaza Mayor, Visitas de tiendas, Bodegas, Pulperías y Platerías, entre otros tantos, además de una importante e invaluable colección sobre La Guaira y un fondo Fotográfico de mediados del siglo XX que también forman parte de este Archivo.

Estos libros recogen hechos significativos como el 19 de Abril de 1810, entre otros de interés histórico, pero también adolece de vacíos importantes, debido al deterioro que presentan algunos de sus libros, problema este que es de vieja data, siendo denunciado incluso por el propio Oviedo y Baños quien al tratar de realizar las conocidas Tablas de Fiestas, a principios del siglo XVIII no encontró al respecto información en dichas actas, concluyendo que esto obedecía al maltrato y roto que presentaban las mismas, en consecuencia podemos precisar que antes del siglo XVIII las Actas del Cabildo acusaban

cierto nivel de deterioro, dado quizá por los depredadores del papel, a la falta de una política de conservación, por el desconocimiento de su importancia y significado o por considerarlo simples papeles viejos.

Dicho nivel de deterioro que se evidenció desde principios del siglo XVIII ha continuado siendo denunciado a lo largo del tiempo por los especialistas que usan esta fuente primaria como medio de investigación, como los historiadores, archivólogos y paleógrafos que han sido testigos de la evolución de ese proceso de deterioro por distintas causas, las cuales pueden ser químicas, rasgaduras, agujeros, manchas, humedad, moho, ácaros, fragilización del papel, entre otros, que han sufrido los mencionados libros a lo largo del tiempo. Además de lo referido, se suma a esto la confrontación bélica que se registró en esta ciudad, en particular en la Guerra por la Independencia, también hechos naturales como terremotos siendo el más conocido el ocurrido en 1812, dichos sucesos en alguna medida ocasionaron daños a ese conjunto documental. Otro de los eventos que han contribuido a los vacíos que presenta este repositorio se especula que, se cuentan por millares el número de folios manuscritos con los cuales se envolvieron comestibles en pulperías, en tanto otros se utilizaron para taponar con pólvora las armas, en períodos de guerra permanente.

Sin embargo, a pesar de lo ya mencionado,

no es menos cierto que se ha logrado conservar en buena medida este importante acopio documental, el cual posteriormente se tuvo la previsión de la realización de copias de dichos libros, así como el levantamiento de traslados de información para el desarrollo de procesos judiciales llevados a cabo en tribunales de la República para casos particulares.

Es necesario así mismo reconocer que se han hecho intentos, a partir de 1945 con el nombramiento del primer Cronista Oficial de la ciudad, en adelantar medidas de protección y resguardo de esta colección, y no dudamos que en el momento histórico presente en los cuales se busca visibilizar la historia del pueblo, se retome y sumen esos esfuerzos de rescate de este importante Archivo, y se adelanten planes y programas de preservación y difusión de esta fuente, para poder contar la historia de esta ciudad libertaria, desde la visión del pueblo que con tenacidad, ha construido su historia y gentilicio.

Creemos pues, que es el momento de establecer un diálogo entre el pasado y el presente, que pasa necesariamente por el rescate de este archivo que le pertenece a Caracas y a los caraqueños que además es centro de consulta de investigadores nacionales y extranjeros, así como de estudiantes de tercer y cuarto nivel y público en general, que han tenido interés en adentrarse y escudriñar en la compleja grafía que caracterizan dichas actas. ✎

Publicado el 15 de noviembre de 2019

Bajo el Teatro Municipal existe otra Caracas

■ Iraida Vargas Arenas

Como todas las grandes ciudades, la Caracas antigua fue construida sobre las ruinas de las precedentes. En muchos países las ruinas arqueológicas son conservadas y musealizadas por los gobiernos municipales o los institutos del patrimonio para ilustrar la historia de la ciudad y mostrarla tanto a sus ciudadanos y ciudadanas, como a los visitantes.

En muchas partes del mundo la historia de las ciudades ha sido estudiada, no solamente a partir de los documentos escritos y eventualmente a partir de imágenes (grabados, pinturas, fotografías, etcétera), sino mediante la recuperación de los testimonios físicos de diversas épocas y períodos urbanos que constituyen una evidencia concreta de la dinámica histórica y cultural de la ciudad y sus habitantes. Ello ha sido el caso de metrópolis como Barcelona (Catalunya) y Montreal (Canadá), entre muchas otras, donde los vestigios materiales del uso del espacio en diferentes épocas urbanas han sido

musealizados, expuestos, documentados y reconstruidos para el uso y disfrute tanto de sus habitantes como de las y los turistas.

El Teatro Municipal, por el contrario, ha sido una víctima inerte de la voracidad de políticos, arquitectos, urbanistas e ingenieros que en 1949 arremetieron sin piedad contra el casco histórico de la ciudad de Caracas con el objeto de construir la Avenida y el Centro Simón Bolívar, destruyendo entre otras cosas, el hermoso foyer que era la joya de la fachada original del edificio, construido en 1876 y el hermoso edificio de estilo parisino siglo XIX del Hotel Majestic que se hallaba ubicado frente a dicho teatro.

Quienes hacen las colas para tomar los autobuses o que transitan por frente a lo que resta del Teatro Municipal ignoran que a varios metros bajo sus pies se encuentran los restos de una aldea caribe que se extendía hasta la actual esquina de Reducto, ribereña al río Caroata cuyo cauce, que bajaba



hacia el río Guaire, pasaba por donde está emplazada actualmente la plaza Miranda.

A partir de finales del siglo XVI, particularmente como consecuencia de la incursión contra Caracas que llevaron a cabo los piratas ingleses comandados por Amyas Preston, se decidió comenzar a construir un reducto militar, el Reducto San Pablo, que sirviese a la vez de punto fortificado para la defensa de la urbe y de refugio a

las y los habitantes en caso de emergencia.

La planta del Reducto San Pablo era aproximadamente de las mismas dimensiones de la planta del Teatro Municipal. En el ángulo noreste de dicho reducto militar se hallaba la iglesia o ermita de San Pablo, la cual se comunicaba, mediante unas gradas, con un edificio anexo, el Hospital Real cuya construcción fue ordenada por la Corona española el año 1600. Dicho hos-

« El ingeniero Jesús Muñoz Tébar, constructor del teatro, decidió sabiamente no destruir las estructuras del Reducto, sino construir una serie de muros »

pital atendía, particularmente, a los pobres de solemnidad, fuesen blancos, mestizos, indios o negros. En un cementerio ubicado hacia la parte trasera de la parcela, los restos humanos indican que buena parte de las defunciones eran debido a enfermedades infecto-contagiosas, particularmente sífilis, viruela y tuberculosis. El hospital, construido de tapia, contaba con varias salas para la atención de los enfermos. En la parte oeste se levantaba un cuartel que luego pasaría a llamarse Cuartel de Milicias San Pablo, cuyo Comandante de Armas en 1859 era el coronel Manuel Vicente de Las Casas. La obra autobiográfica de Thomas Ybarra (*Young Man in Caracas*), relata cómo su padre, el General Alejandro Ybarra, era el joven comandante de cuartel donde en 1874 tenía su asiento la artillería venezolana. La historia nos mostrará como este mismo joven general fue posteriormente comandante del cuartel de Artillería San Carlos, localizado al lado del actual Panteón Nacional. El cuartel San Pablo tenía una muralla que defendía el flanco oeste, que culminaba (esquina de Reducto) en un pozo de tiradores y un emplazamiento de cañones de bajo calibre que defendía el acceso suroeste de la ciudad de Caracas.

El ingeniero Jesús Muñoz Tébar, constructor del teatro, decidió sabiamente no destruir las estructuras del Reducto, sino construir una serie

de muros concéntricos de piedra, de unos tres metros de altura sobre los cuales erigió una plataforma que sirve de asiento al Teatro Municipal, formando una especie de cápsula del tiempo que permitió conservar los muros, los pisos y la basura acumulada durante cinco siglos. Este Reducto San Pablo fue testigo activo de la llamada Sampablera, combate librado en 1859 entre las tropas conservadoras que ocupaban al parecer la colina de Miraflores y las federales, frente de batalla que se extendió desde la colina de El Calvario hasta el área ocupada actualmente por la Basílica de SantaTeresa.

La historia de la parcela donde se halla ubicado actualmente el Teatro Municipal, ha sido relacionada fundamentalmente con la historia del arte, de la música y del *bel canto*; pero casi nadie se ha detenido a estudiarla como parte de la geoestrategia militar caraqueña. Así como el Reducto San Pablo formaba parte desde el siglo XVI de un sistema defensivo para proteger el flanco sur de la ciudad, desde finales del siglo XVII el Cuartel de Milicias y de Artillería de San Carlos constituía la llave de un sistema defensivo norte para contener invasiones procedentes del litoral, acompañado de otros emplazamientos como el Cuartel del Cuño, en el centro de la ciudad, cuya finalidad era mantener el orden público y defender las instituciones gubernamentales. »

El Cabildo y el origen de la élite caraqueña

■ Ailid García

El Cabildo de Caracas desde el inicio del período colonial propició las condiciones para la formación de una élite política, económica y social en la naciente ciudad, concentrando el poder en los conquistadores y sus descendientes, distribuyendo las mejores tierras entre ellos, aprovechando la mano de obra indígena y esclava negra, así también preservando los cargos de la institución para la élite de la época.

El motivo para emprender el proceso de conquista, era la búsqueda de nuevas fuentes de riquezas. Sin embargo, estas no fueron halladas en las dimensiones esperadas. El Rey necesitaba pagar los servicios de conquista a los invasores y propiciar la creación de ciudades en los territorios ocupados. Esta ausencia de riqueza, derivó en que la clase poderosa se tornara a la explotación agropecuaria y ganadera, para ello la Corona requería generar las condiciones más idóneas.

La organización burocrática era, pues, necesaria, y la Corona así lo entendió al erigir los cabildos a los cuales dota de un rol protagónico como extensión del poder español en territorio americano, al convertirlos en el intermediario para concretar la conquista definitiva del territorio, sus habitantes y recursos naturales.

El Cabildo era la justicia y regimiento de la ciudad. En modo general estaba integrado por el Gobernador de la Provincia (quien presidía la institución), alcaldes, regidores, el procurador general, alférez real, mayordomo, alguaciles mayores y escribanos, cuyos cargos de autoridad fueron en su mayoría ocupados por los europeos y aún después por sus descendientes y familias pudientes.

Durante la época colonial el Cabildo administraba los bienes de la ciudad, establecía sus ordenanzas, legislaba sobre la policía. Se en-



« *En varias ocasiones fungió como intermediario de la élite ante el Rey para solicitar diversas medidas que los beneficiaban directamente en la producción y el comercio* »

cargaba de regular pesos y medidas, supervisaba la existencia y venta de productos, otorgaba licencias para la comercialización con otros territorios de dominio español y velaba por el mantenimiento de la ciudad. Participaba en el establecimiento de la postura de alimentos, como carnes, harinas y otros requerimientos de los habitantes. En varias ocasiones fungió como intermediario de la élite ante el Rey para solicitar diversas medidas que los beneficiaban directamente en la producción y el comercio.

Así también, era atribución del Cabildo la administración de tierras de la ciudad, las cuales eran solicitadas por los habitantes a la institución con la finalidad de establecer haciendas, comercios, estancias y plantaciones.

Las tierras fueron distribuidas por las autoridades del Cabildo y aprobadas por la Corona española entre conquistadores y descendientes. Cuando el solicitante afirmaba que era familiar de alguno de los conquistadores o fundadores de la ciudad ya era un argumento de peso para que la misma fuese aprobada. Así, grandes extensiones de tierras fueron concentradas por

estos y con ellas obtuvieron la posibilidad de producir y adentrarse en la agricultura, la cría de ganado, la comercialización de carne y cueros, dentro y fuera de la Provincia de Caracas. El cuero fue un rubro con elevada demanda durante esta época, lo que significó la generación y acumulación de riquezas.

Otra condición que supo aprovechar la élite caraqueña junto al Cabildo fue la cercanía del Puerto de La Guaira, la cual permitía el comercio de los productos de la Provincia hacia otros dominios españoles, esta actividad también controlada por el Cabildo y la explotación del comercio por esta vía, permitió que incluso la élite caraqueña lograra constituir su propia flota a mediados del siglo XVII, lo que es muestra del alcance económico obtenido y que a su vez derivó en mejores condiciones para la recepción de mayores ganancias con el comercio ultramarino, que permitirá la compra de títulos nobiliarios.

A todas estas, ¿de dónde obtuvieron la mano de obra para desarrollar la agricultura y la ganadería? Pues, inicialmente establecieron una

economía de subsistencia fundamentada en la explotación de la mano de obra indígena, la cual se va a oficializar con el establecimiento del régimen de la encomienda a mediados del siglo XVI en la Provincia. La Corona encomendaba a un español –de allí el término encomienda– una cantidad de aborígenes para que los adoctrinara en la fe cristiana y garantizara que los mismos se abocaran a la producción.

Ahora ¿dicha producción para quienes estaba destinada? Para el pago de tributos al Reinado español, para los encomenderos y para sí. Cada encomienda estaba compuesta generalmente por pequeñas cantidades de indígenas: hombres, mujeres y niños, que debían cultivar alimentos para el encomendero, dedicando tres o cuatro días de la semana en ello, y el resto de los días en el cultivo para sí. Fueron obligados a cultivar maíz, trigo, yuca, cacao, caña, a elaborar hilado de algodón. Algunos trabajaron con el corte de madera, elaboración de hamacas, envases de barro, tejas, ladrillos, fabricación de lienzo, otros en la ganadería mayor y unos pocos usados dentro de las minas, ya que quienes mayormente trabajaban en éstas eran los esclavos negros.

Responsabilidades del Cabildo

El Cabildo tenía la responsabilidad de supervisar el funcionamiento de las encomiendas y

debían garantizar el pago del tributo de los indígenas a la Corona. Cuando ya la mano de obra indígena no era suficiente para el desarrollo de los cultivos, es a través del Cabildo que se hacen las diligencias ante el Rey para la aprobación de la introducción de esclavos negros a la Provincia de Caracas y su respectiva distribución.

Otro elemento de importancia, ¿quiénes tuvieron el acceso a los cargos del Cabildo? Como ya ha quedado expresado, inicialmente fueron ocupados por los invasores, luego por sus descendientes y por otras familias que fueron acumulando riquezas. Estos eran llamados «gente de calidad».

Aunque en las Leyes de Indias estaba prohibida la venta de los oficios concejiles, la Corona española creó la posibilidad de que algunos cargos dentro del Cabildo fueran comprados a perpetuidad, creando dicho ramo dentro de la Real Hacienda de Venezuela por Real Cédula del 12 de octubre de 1593.

Para finalizar, si bien es cierto que al invadir el territorio ahora venezolano, la Corona española no encontró las riquezas minerales esperadas, el Cabildo contribuyó de manera determinante en la generación de condiciones materiales que el paso de los años la acumulación de riquezas concentradas en una élite que va a desarrollarse y recrearse durante todo el período colonial. »

El primer cementerio extramuros

■ Abilio Rangel Gil

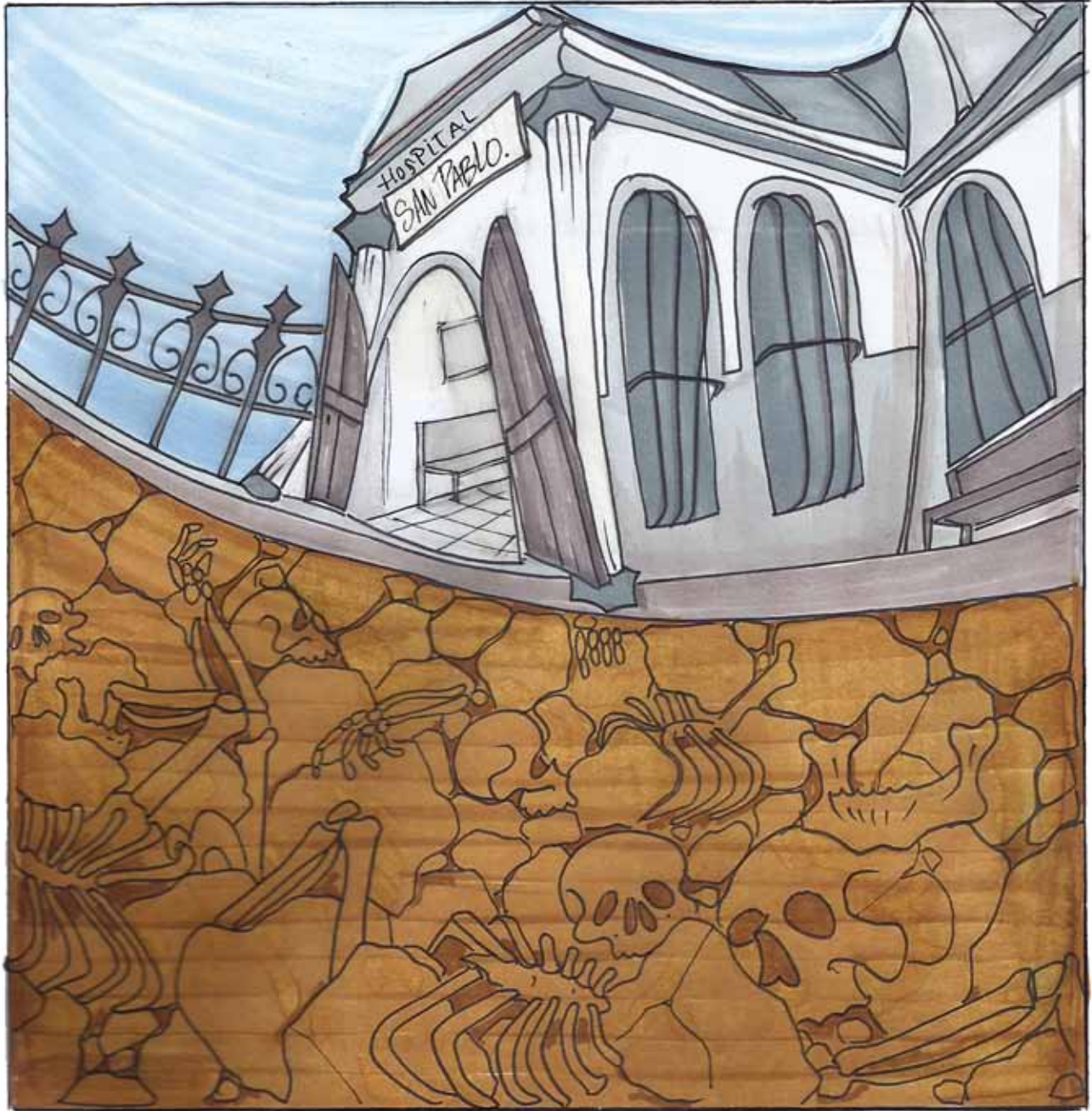
Las primeras instituciones que se preocuparon por erradicar la propagación de enfermedades contagiosas y mortales en la ciudad de Caracas, fueron los hospitales San Lázaro y Caridad, que se establecieron en la antigua parroquia San Pablo.

Durante los inicios de la conquista de la ciudad de Caracas, los españoles trajeron consigo enfermedades endémicas, que mermaron parte de la población caraqueña que ocupaban estos valles. Una de estas enfermedades fue la llamada lepra, conocida con el nombre de San Lázaro: un terrible mal ignorado por nuestros antepasados indígenas y que era muy común en el viejo continente. La descripción de esta enfermedad era espantosa ante los ojos de cualquier cristiano, por sus síntomas y aspecto físico de

quien la padecía.

No obstante, el Reino de España observando la preocupación de las colonias decidió atenuar este mal, mandando a recoger a los infectados que deambulaban por las calles y colocarlos en lugares apartados de la población. Pero esto no resultaría, ya que los mismos regresarían a las calles. En tal sentido, para el año 1756, se decidió la construcción de un hospital para recoger y albergar a los enfermos de este terrible mal, con el fin de evitar la propagación de tal enfermedad.

Es así, que para ese mismo año se inició una nueva etapa en la salud pública, con respecto a la prevención de las enfermedades que aquejaban a la población caraqueña. Se tomó en



« *Estos dos hospitales reales fueron importantes para la época, ya que evitarían la propagación de enfermedades contagiosas y mortales para la población caraqueña* »

cuenta para la subsistencia de este hospital los ramos de guarapos y gallos que eran proporcionados por la Real Hacienda. Desde ese momento, el Hospital de Lázaros o Lazarinos fue la primera institución que nació de una necesidad histórica, en torno a la salubridad pública y que con el establecimiento de su propia edificación, en la antigua parroquia San Pablo (actual esquina de Curamichate, parroquia Santa Rosalía), se creó una de las instituciones que conservaba su propio reglamento interno, fuera del orden militar y monárquico, contando con un personal civil, militar y eclesiástico, para atender al individuo que sufría de este mal.

La institución se dividía en dos géneros, es decir San Lázaros para Mujeres y para Hombres, ya que ambos sexos no podían estar bajo el mismo techo por razones sociales, asimismo, contaba con un cementerio interno.

Por otra parte, el Hospital de Caridad surgió en otras circunstancias históricas a mediados del siglo XVIII, según relato de un informe que se envió a la Intendencia de Ejército y Real Hacienda, que nos refiere lo siguiente: «Un vecino de esta ciudad que lleno de caridad por sus semejantes enfermos reunió en una casa aquellos que su facultad podía asistir. Aquella casa fue un pequeño hospital en donde él en persona y sus domésticos cuidaban a los pacientes. Su ejemplo animó a muchos, y fue la principal causa de que en lo sucesivo esta casa se viese sostenida con limosnas, y donaciones pías admitiendo en consecuencia mayor número de enfermos».

Se cree que con estas donaciones se logró construir el Hospital de Caridad en la plaza de San Pablo (hoy Teatro Municipal de Caracas, parroquia Santa Teresa), que fue capaz de albergar

a un mayor número de enfermos también separados por géneros, es decir, Hospital de Caridad para Mujeres y Hospital de Caridad para Hombres (este último conocido también como Real Hospital de San Pablo), que a diferencia del Lazarino, atendía a personas con otras enfermedades como sífilis, fiebre, viruela, entre otras.

Probablemente, observando esta situación y la importancia que poseía el Hospital de Caridad para la población, la Intendencia de Ejército y Real Hacienda decidió destinar para mediados del siglo XVIII, parte de los ramos de guarapos y gallos para la subsistencia de este establecimiento y pago de sus empleados.

Estos dos hospitales reales fueron importantes para la época, ya que evitarían la propagación de enfermedades contagiosas y mortales para la población caraqueña. No obstante, con el crecimiento demográfico de la ciudad de Caracas, estos centros hospitalarios colapsarían en su infraestructura, siendo sin duda, la principal constante de acumulación de cadáveres en los cementerios de los hospitales reales. Es por tal razón, que en 1791 se hace un precedente en este asunto, para lograr solucionar este grave problema, el cual no fue aceptado (se desconoce el rumbo del expediente).

El asunto sobre el cementerio de los reales hospitales se tornaba cada día más grave, por lo reducido de los lugares. En vista de esta situación, para 1799, los representantes de los señores

ministros se reunieron nuevamente con las autoridades coloniales, para lograr la construcción de un cementerio para los hospitales.

Esta problemática que se mantuvo en perjuicio de la salubridad pública, acentuó el miedo en la población y aún más, en la antigua parroquia de San Pablo que continuamente se quejaba por los olores nauseabundos que provenían del interior del Hospital de Caridad. Este proyecto de construir un cementerio extramuros para los hospitales se paralizó por un tiempo más, sin ninguna explicación.

Para comienzos de siglo XIX, la ciudad de Caracas contaba con 40.000 habitantes, dividida en cinco parroquias eclesiásticas y dirigidas por un Ayuntamiento que privilegiaba a una clase social. Entre 1800 a 1802, don Miguel José Sanz, redactó una extensa Ordenanza para el gobierno, la misma pretendía acabar con los vicios que aquejaban a las buenas costumbres de los caraqueños, pero esta Ordenanza permaneció al igual que otros proyectos, engavetada.

En este sentido, la ciudad de Caracas continuó arrastrando los problemas del siglo XVIII, incluyendo las dificultades que atravesaban los reales hospitales de San Lázaro y Caridad, por un nuevo cementerio y el miedo continuo del uso de los ya establecidos, que inducirían el surgimiento de enfermedades o epidemias. Esto obligó al Contralor de los reales hospitales a dirigir un oficio al Intendente General de Ejército

Plano de Santiago de León de Caracas - Autor E. Mendoza Solar



- 18 - Real Hospital de San Lázaro
- 19 - Real Hospital de Caridad para Mujeres
- 23 - Real Hospital de Caridad para Hombres (San Pablo)
- 61 - Cementerio Extramuros de Hospitales, luego General de Caracas

y Real Hacienda, de fecha 23 de abril de 1803, en el cual solicitó que se resolviera el expediente promovido por un antecesor en el año de 1791, para destinar un nuevo cementerio o campo que diera sepultura a los cadáveres de los enfermos fallecidos en los reales hospitales de la ciudad de Caracas.

El lugar escogido que posteriormente se ratificará en otros documentos en 1815, fue la hacienda del Conde de San Javier (hoy Liceo Andrés Bello y sede de la Cantv). Para sustentar aún más este argumento, logramos hallar un oficio insertado en los legajos del Archivo General de la Nación, el cual nos testifica la apertu-

ra de la obra del primer cementerio extramuros ubicado en la ciudad de Caracas, el mismo fue enviado el 5 de abril de 1804, en el cual, Nicolás de Aguiar y Cantos solicitó la mayordomía de los trabajos de cementerios dependientes de los reales hospitales, lográndose su ejecución y apertura en abril de 1811, no solo para el servicio de los reales hospitales, sino para las parroquias contiguas a dicho camposanto. Sin embargo, esta obra sufriría graves daños tras el terremoto de aquel Jueves Santo acaecido el 26 de marzo de 1812, lo que prolongaría por un tiempo más el uso de los cementerios de San Lázaro y Caridad. ☺

Publicado el 10 de enero de 2020

El Cementerio Los Hijos de Dios

■ Abilio Rangel Gil

En el año 1852, el antiguo Cementerio del Este (actual terreno ocupado por el Liceo Andrés Bello en Caracas), se encontraba completamente lleno, en términos que las autoridades provinciales prohibieron que se hiciesen en él nuevas inhumaciones y ordenó que éstas se efectuasen en un área detrás de la Iglesia Santísima Trinidad (hoy Conjunto Monumental Panteón Nacional y Mausoleo del Libertador), el cual se denominó Cementerio del Norte (ahora Hospital José María Vargas), a pesar de no estar todavía completamente cercado o apropiado al objeto.

Alarmados algunos habitantes de la ciudad de Caracas, con la idea de ser enterrados en la sabana o de ver en ella a sus deudos, concibieron el plan de construir un cementerio particular que fue, sin duda, una majestuosa obra que inspiró a propios y ajenos a enaltecer el progreso de la capital, en torno a la salubridad.

Pero, ¿qué representó aquel cementerio para la capital? Algunos asoman con timidez que con el funcionamiento de aquel recinto sagrado llamado Los Hijos de Dios, sería el fin de las calamidades de la ciudad, que era frecuentemente assolada por las enfermedades y las pestes.

Situación que justifica la actual historiografía local pero con un alto grado de romanticismo, que deforma el entorno en que fue edificada la obra.

Al introducirnos en la documentación histórica de la segunda mitad del siglo XIX, nos encontramos que dicha obra parte de la iniciativa privada, donde la justificación de la entrada del cólera morbo a Caracas en septiembre de 1855, dio paso a los permisos ante la municipalidad para el levantamiento de la obra, siendo la única en su estilo, ya que se implementó, por primera vez, el sistema de nichos como un nuevo método para contrarrestar el miasma, los olores



pútridos y la carroña silvestre que libremente se encontraba en la ciudad.

Tal como lo reflejó el viajero inglés Edward B. Eastwick en su obra *Venezuela o Apuntes sobre la vida en una República Sudamericana con la Historia del Empréstito de 1864*: «Su característica más singular es que los altos muros que lo rodean (se refiere al Cementerio Los Hijos de Dios) están revestidos en su parte interior, por una especie de casillero gigantesco. Cada compartimiento tiene unos ocho pies de profundidad por tres de ancho y de alto, y se utilizan para depositar en ellos los ataúdes (...) al cumplirse los tres años, se sacan y, en caso de que así lo desee la familia, se le entregan a ésta los restos del difunto. De lo contrario, se arrojan a una gran fosa, llamada carnero».

A pesar de las características físicas e higiénicas en que se constituyó el Cementerio Los Hijos de Dios, el ingreso de los cadáveres era limitado para todos los caraqueños, ya que su reglamento estipulaba sesenta y cinco pesos por cada bóveda, sin que pudiera ser transferible a otra persona, además aquellos individuos que fallecían de cólera morbo eran sepultados lejos del común, de las otras mortalidades, en cuya sepultura se colocaba una inscripción que prohibía la perpetuidad de la exhumación de aquel cadáver.

Así se refleja en los documentos que reposan en el Archivo General de la Nación (AGN), Sec-

ción Provincia de Caracas: «La Junta del Cementerio de Los Hijos de Dios, resuelve sobre los enterramientos de los coléricos». AGN, La República, Sección: Provincia de Caracas, 1856, legajo 5, S/f), fuente que contradice la información difundida por la actual historiografía, que contempla la construcción de este cementerio para albergar a los que fallecían de cólera.

Este cementerio parte de la iniciativa privada, en vista de las dificultades que atravesaba el Cementerio del Norte, así como también, las restricciones que se aplicaban a los cementerios particulares ya establecidos a lo largo del siglo XIX, como lo fueron: el Cementerio del Este, el Cementerio de los Canónigos, La Merced, el Cementerio de la Fraternidad y Los Británicos, más la prohibición de inhumar cadáveres dentro de las iglesias parroquiales de Caracas.

Estos aspectos motivaron a algunos empresarios como: Guillermo Espino, José Francisco Herrera, Faustino Bermúdez, Francisco Conde, Casimiro Hernández y Mariano de Briceño; este último, propietario del Diario de Avisos y Semanario de las Provincias (1850-1857), difundiendo la idea de un nuevo camposanto católico para la capital, que sin duda, se llevó a cabo gracias a la campaña de difusión de la prensa, entre 1855-1856.

Pero el proceso que envolvió este cementerio fue difícil para este pequeño grupo de ciuda-

« Sin duda, tras la inauguración de este camposanto se abriría un nuevo capítulo en la historia de la salubridad pública de Caracas »

danos, cuyo proyecto inicial fue rechazado por la Municipalidad de Caracas, dado a que el área proyectada para este camposanto estaba muy cerca de los ríos que alimentaban a la ciudad, por lo que se vislumbró otra área a las faldas del Warairepano, en Sabana del Blanco, siendo aprobado y asignado un terreno de ejido municipal para su construcción iniciada por el ingeniero Olegario Meneses, el 1° de noviembre de 1855 y se extendería hasta su inauguración el 2 de noviembre de 1856, Día de los Fieles Difuntos.

A esta inauguración asistieron dos mil personas, según las crónicas de la época, donde se destacaron las palabras del obispo de Tricala, Dr. Mariano de Talavera y Garcés.

Nuevo capítulo

Sin duda, tras la inauguración de este camposanto se abriría un nuevo capítulo en la historia de la salubridad pública de Caracas, ya que daría paso a otra manera de inhumar cadáveres, cuyo proceso en gran parte del siglo XIX, se realizaba de manera desorganizada, atentando contra la

salud pública. Por supuesto, los habitantes de Caracas que no poseían recursos para costear la inhumación en el Cementerio Los Hijos de Dios, continuaban con las formas tradicionales de inhumación.

Sin embargo, este camposanto logró destacarse en la capital por el sistema de bóvedas y nichos, siendo inhumados en este lugar, los restos mortales de personajes ilustres y próceres de la Independencia, tales como: los generales Juan Antonio Muñoz Tébar, Miguel Arismendi, José Austria, Manuel Cala, Esteban Herrera Toro, el Dr. Pedro Villapol, Juan Vicente González, entre otros, dando pie para que otras regiones de Venezuela adoptaran el sistema de nichos y bóvedas, como una alternativa para la salubridad pública, que tanto clamaba la población.

Cabe destacar, que con la inauguración de este cementerio se abrieron agencias fúnebres y servicios de carruajes o coches mortuorios que partían de la Esquina de Veroes, tomando el camino hacia el Puente La Trinidad hasta llegar

finalmente al camposanto.

Durante el Septenio del general Antonio Guzmán Blanco (1870-1877), se dio inicio a la construcción de un cementerio general en 1875, ubicado en un rincón de El Valle, denominado Tierra de Jugo. Tras la inauguración de este cementerio en 1876, conocido actualmente como Cementerio General del Sur, se dio pie a la clausura de los pequeños cementerios caraqueños.

Sin embargo, los ciudadanos acuden ante el gobierno, solicitando la apertura de los pequeños cementerios, alegando no estar conformes con la inhumación de sus parientes en un área lejana y no cercada de la ciudad, por lo que para el año de 1877, por Decreto del antiguo gobierno del Distrito Federal se abrieron nuevamente los pequeños cementerios.

No obstante, el gobierno central realiza un nuevo Decreto en 1879, en el que clausura nuevamente los pequeños cementerios y ratifica el Cementerio General del Sur como el principal de la ciudad.

Con la llegada del siglo XX, se inicia un abandono sistemático de los pequeños cementerios de Caracas, incluyendo el de Los Hijos de Dios, que algunos cronistas como Enrique Bernardo Núñez se preocuparon por su rescate, tras observar la introducción de proyectos habitacionales a partir de 1939, para el área donde se

encontraba Los Hijos de Dios.

Sin embargo, el cementerio fue blanco de vandalismo y profanaciones por saqueadores en búsqueda de objetos de valor, lo que aceleró su deterioro y la reactivación de proyectos habitacionales, que con la llegada del general Marcos Pérez Jiménez al poder, se consolidó la demolición del camposanto en 1951, por aprobación en sesión del Concejo Municipal, para la construcción de cuatro pequeños bloques, a pesar de las innumerables solicitudes de personajes ilustres de Caracas para el rescate de este cementerio, que finalmente sucumbiría en noviembre de 1951, con el desarrollo de la urbanización Los Hijos de Dios y el traslado de los restos mortales de la gran mayoría de los inhumados en este cementerio al Cementerio General del Sur.

A pesar de la demolición del Cementerio Los Hijos de Dios, éste se enclavaría en el imaginario colectivo, creándose leyendas, anécdotas y crónicas que aún los caraqueños comentan, dada la belleza que representó aquel camposanto, más aún por aquellos personajes inhumados que en su mayoría fueron exhumados para ser trasladados al Panteón Nacional, según Decreto del general Antonio Guzmán Blanco publicado en Gaceta Oficial N° 782, de fecha lunes 13 de marzo de 1876, sin embargo, muchos restos mortales se extraviaron como el del destacado periodista Juan Vicente González, autor de la biografía del general José Félix Ribas. 🐾

El suelo urbano y la construcción de la ciudad

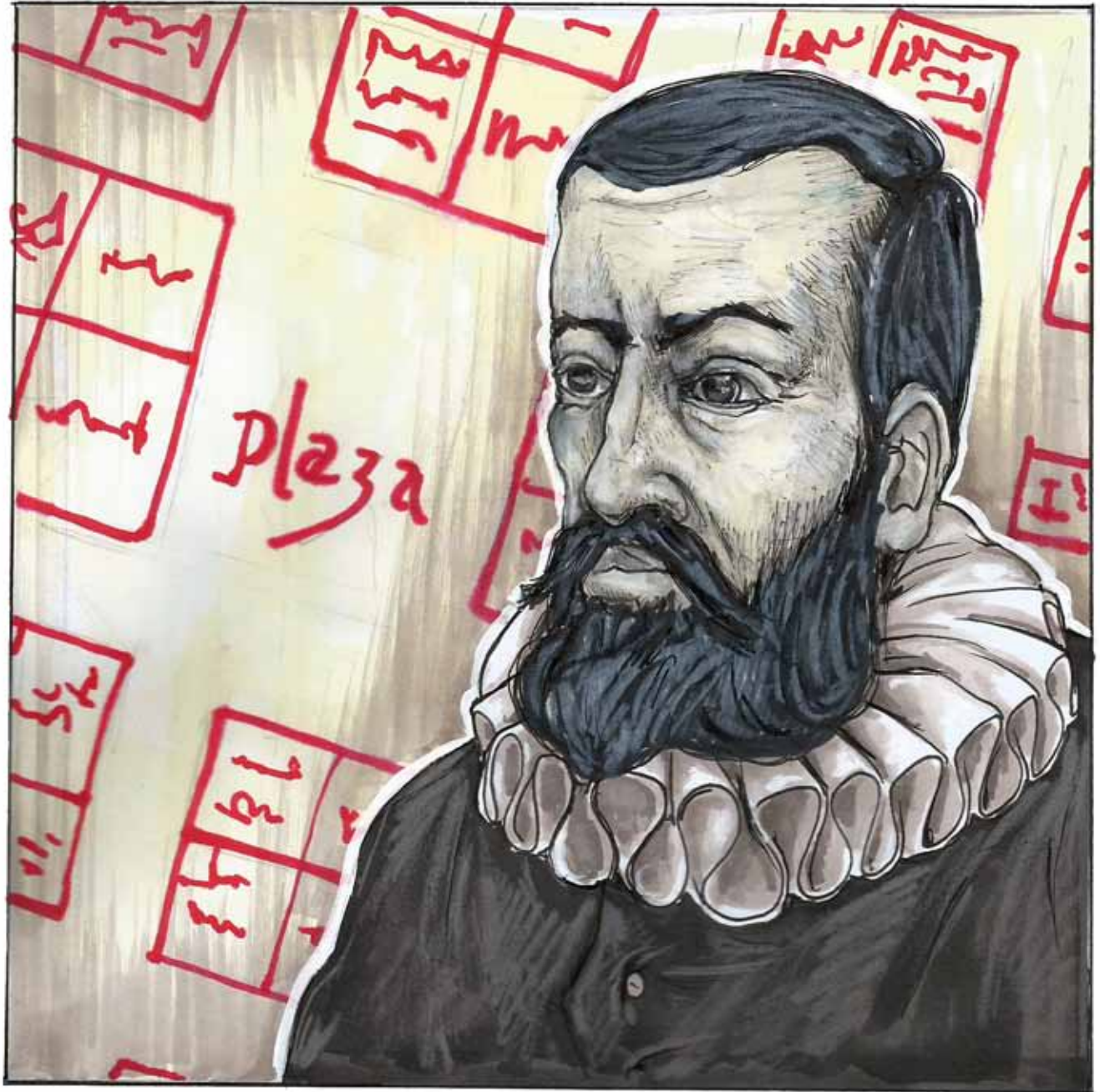
■ Héctor Torres Casado

Caracas es una de las tantas ciudades fundadas durante el proceso de conquista de América por los españoles. Fue fundada en 1567 por Diego de Losada. El primer plano que conocemos de la ciudad es el del Gobernador Juan de Pimentel, elaborado como parte del informe solicitado por el Rey Felipe II mediante Real Cédula, después de la promulgación de las «Ordenanzas de Descubrimiento y Población» de 1573.

En general, las ciudades hispanoamericanas comenzaban con el acto protocolar de la fundación en el lugar escogido para la plaza, donde no existía nada, a menos que se estuviera fundando sobre una preexistencia precolombina. Aunque esto se hacía sobre un lugar ya contro-

lado por la fuerza, las luchas con los pobladores originarios podían durar mucho tiempo e incluso, como sucedió en no pocos casos, podían acabar con el proceso iniciado con la fundación.

Así, la plaza era una especie de fuerte protegido por una empalizada, donde se establecía un campamento provisional, ¿cuánto duraba ese campamento provisional? Al parecer nadie puede asegurarlo. En consecuencia, la ciudad era primero un hecho jurídico, administrativo e inmaterial, cuya materialización podía durar años. No en vano el rey, después de promulgar las Ordenanzas de Descubrimiento y Población de 1573, solicita los informes a los gobernadores conocidos como Relaciones Filipenses, de donde se originaron los primeros planos de



«...la ciudad era primero un hecho jurídico,
administrativo e inmaterial, cuya materialización
podía durar años»»

muchas de las ciudades hispanoamericanas que conocemos hoy.

Qué existía realmente a 11 años de su fundación

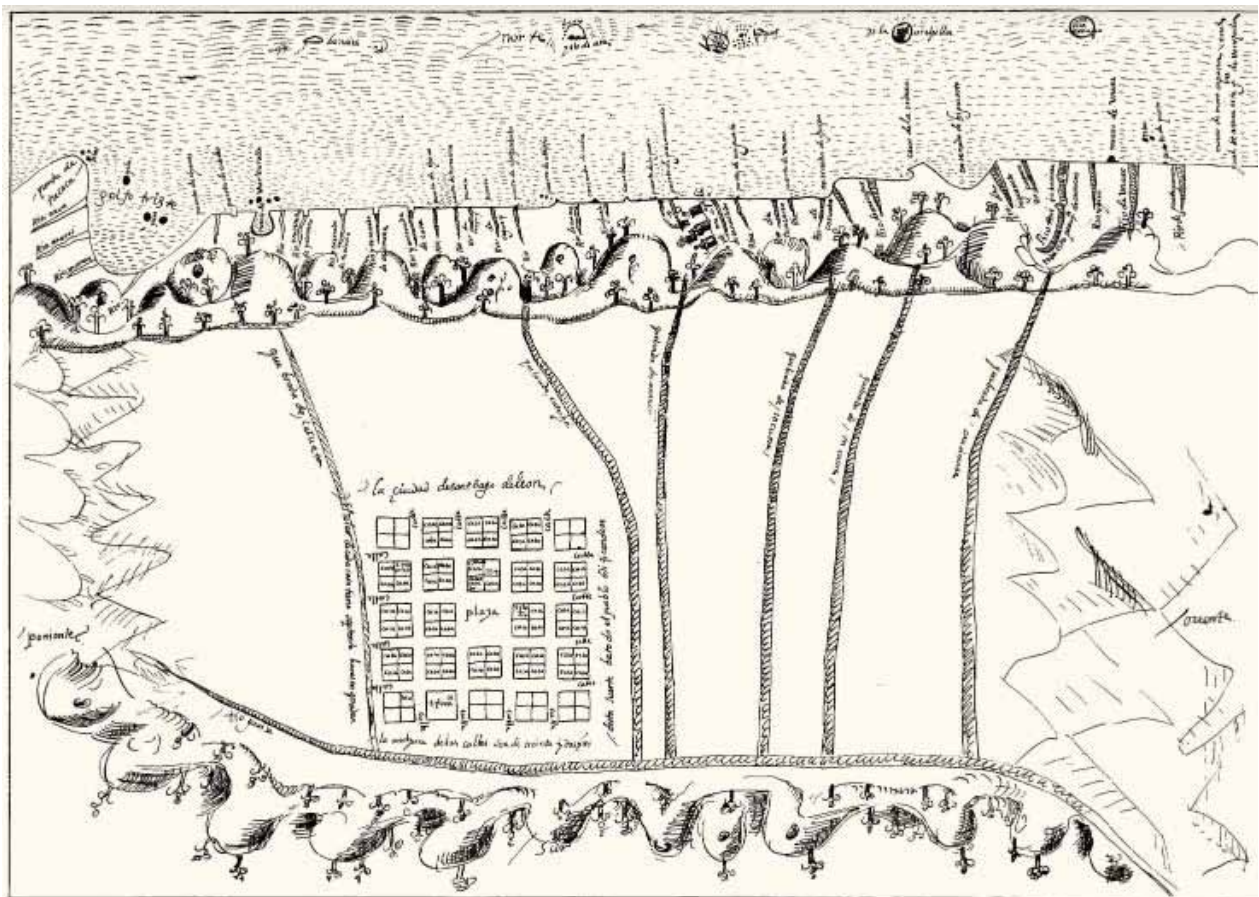
Pero me pregunto ¿Qué existía realmente a 11 años de la fundación de Caracas? ¿Será que el proyecto de la ciudad no se realizó en el momento de su fundación y fue la solicitud del informe por parte de la Corona lo que lo estimuló? No es fácil responder estas preguntas, lo que sí es cierto es que la ciudad resultó muy parecida al proyecto en cuanto a la ubicación de la plaza y el trazado de sus calles, mas no se puede asegurar que los solares fueron repartidos según la estructura parcelaria que muestra el plano. ¿En cuántos casos podría advertirse algo como esto?

Juan de Pimentel se desempeña como Gobernador de la provincia desde 1576 hasta 1583. Dice De Armas Chitty «fue sobrio y puso comprensión y bondad ante los problemas que

eran múltiples en aquella Santiago de León de cuatro calles y veinte bohíos.»¹ Además, razona sobre la imposibilidad de que la relación de Pimentel haya sido realizada en la fecha atribuida de 1578. Siendo el año ilegible en el documento por faltar el último número, expone varios detalles entre los que resalta el Acta del Cabildo del 15 de julio de 1579 donde este cuerpo indaga sobre el incumplimiento de lo prescrito en la Real Cédula que ordenó la descripción de la ciudad y la provincia «hasta agora no se a fecho».

Así mismo, en Acta del Cabildo del 16 de marzo de 1579, se acuerda techar la iglesia con cohoyo ya que no había teja hecha, lo cual indica que para esa fecha se encontraba en mal estado; mientras Pimentel, en su relación atribuida a 1578 y a la cual corresponde el plano de Caracas, dice «de dos o tres años a esta parte, se han comenzado a labrar tres o cuatro casas de piedra y ladrillo y cal y tapería con sus altos cubiertos de tejas, son razonables y están acabadas la iglesia y tres casas desta manera».

« ...la repartición de solares pudo haber sido un proceso largo y caótico, en el que estos eran entregados, abandonados y vueltos a entregar a otros, afectando el proceso de construcción real de la ciudad y la consolidación de sus elementos estructurantes... »



Primer plano de Santiago de León de Caracas, 1578. Copia dibujada por Antonio Muñoz Ruiz del original que se conserva en el Archivo General de Indias, Sevilla, España, junto a la Relación de la Descripción de la Provincia de Caracas por el Gobernador Don Juan Pimentel. HC-08

«*No debe sorprendernos que los españoles estuvieran más interesados en la tierra no urbana y en las minas que en construir la ciudad*»

De Armas Chitty agrega: «Otro dato valioso prueba que la relación fue hecha quién sabe cuántos años después de 1589», refiriéndose a otra contradicción entre el plano anexo y el informe con respecto a la ubicación del cabildo, cuando en acta del 19 de septiembre de 1589 se expresa que el cabildo «se hace en morada del gobernador por no haber casa de cavildo».²

Resulta difícil hacer coincidir la existencia de veinte bohíos distribuidos en cuatro calles con la estructura parcelaria de manzanas divididas en cuatro solares. Adicionalmente, el que el plano de Caracas no identifique los solares con vecinos específicos como otros planos de ciudades igualmente abstractos, como por ejemplo el de Barquisimeto, el de Mendoza o Buenos Aires en Argentina, hace dudar que alguna repartición de tierra urbana se hubiera realizado según ese patrón. La única acta del Cabildo de Caracas, de tiempos cercanos a la fundación (1567), sobre repartición de tierras a

los conquistadores es la del 8 de abril de 1568 y no comprende tierra urbana (solares) sino repartición de la suerte agraria en los alrededores del sitio donde se edificaría la ciudad. Esto hace pensar que los españoles se ocuparon primero de repartirse la tierra para producir riqueza que de hacer la ciudad.

Otros datos de interés al respecto se encuentran en un documento de solicitud de confirmación de títulos de tierras fechado en 1597. En este el Capitán Garcigonzález de Silua solicita se le confirmen las tierras que posee, mencionando primero las tierras no urbanas que posee por haberlas comprado a 12 personas, entre las cuales se pueden advertir algunos de los que entraron al valle con Diego de Losada en 1567 y, luego menciona un solar que por la descripción de sus linderos puede deducirse que se trata de una parcela urbana en esquina. Resulta de interés porque da cuenta de un proceso en el que las tierras no urbanas comenzaron a

transarse tempranamente, lo que permite concluir que muchas de las personas que acompañaron a Losada en la fundación de la ciudad no se quedaron allí y vendieron las tierras que les habían sido entregadas en la repartición.

Los solares: propiedad urbana y propiedad agraria

Siendo así, los solares, que no tenían valor de cambio, de haberse repartido como muestra el plano de Pimentel, tampoco se consolidaron como propiedades estables ya que debieron haber sido abandonados. De hecho, otro documento titulado «Relación del Licenciado Diego de Leguizamon sobre la fundación y reedificación de Santiago de León» fechado en 1589, da cuenta de que, de los entre ciento treinta y cinco hombres que acompañaron a Diego de Losada solo quedaban, para la fecha, entre quince y doce de ellos.

En consecuencia, la repartición de solares pudo haber sido un proceso largo y caótico, en el que estos eran entregados, abandonados y vueltos a entregar a otros, afectando el proceso de construcción real de la ciudad y la consolidación de sus elementos estructurantes, entre ellos la estructura parcelaria, que pudo haber resultado muy diferente a la planteada en el

plano de Pimentel.

Algunas ciudades deben haber resultado más atractivas que otras para quedarse, en tanto proveían rápidamente a los españoles las riquezas que buscaban. Esas probablemente se edificaban más rápido, las otras seguramente debieron transitar procesos accidentados para consolidarse, lo que pudo haberlas mantenido como unos campamentos precarios por mucho tiempo.

No debe sorprendernos que los españoles estuvieran más interesados en la tierra no urbana y en las minas que en construir la ciudad, pues la tierra urbana no tenía ningún valor y solo servía a los intereses de la corona para afianzar sus instrumentos de dominación a distancia. Mientras tanto, la tierra no urbana representaba la verdadera fortuna. Sin embargo, las ciudades terminaron construyéndose en tanto esto era una obligación de la cual dependían también los títulos sobre las tierras no urbanas.

Referencia bibliográfica:

De Armas Chitty, J.A. (1967). *Caracas, origen y trayectoria de una ciudad*, tomos 1 y 2. Fundación Creole. Caracas, Venezuela.

Publicado en las ediciones del 07 y 28 de febrero de 2020

El Cuartel San Carlos

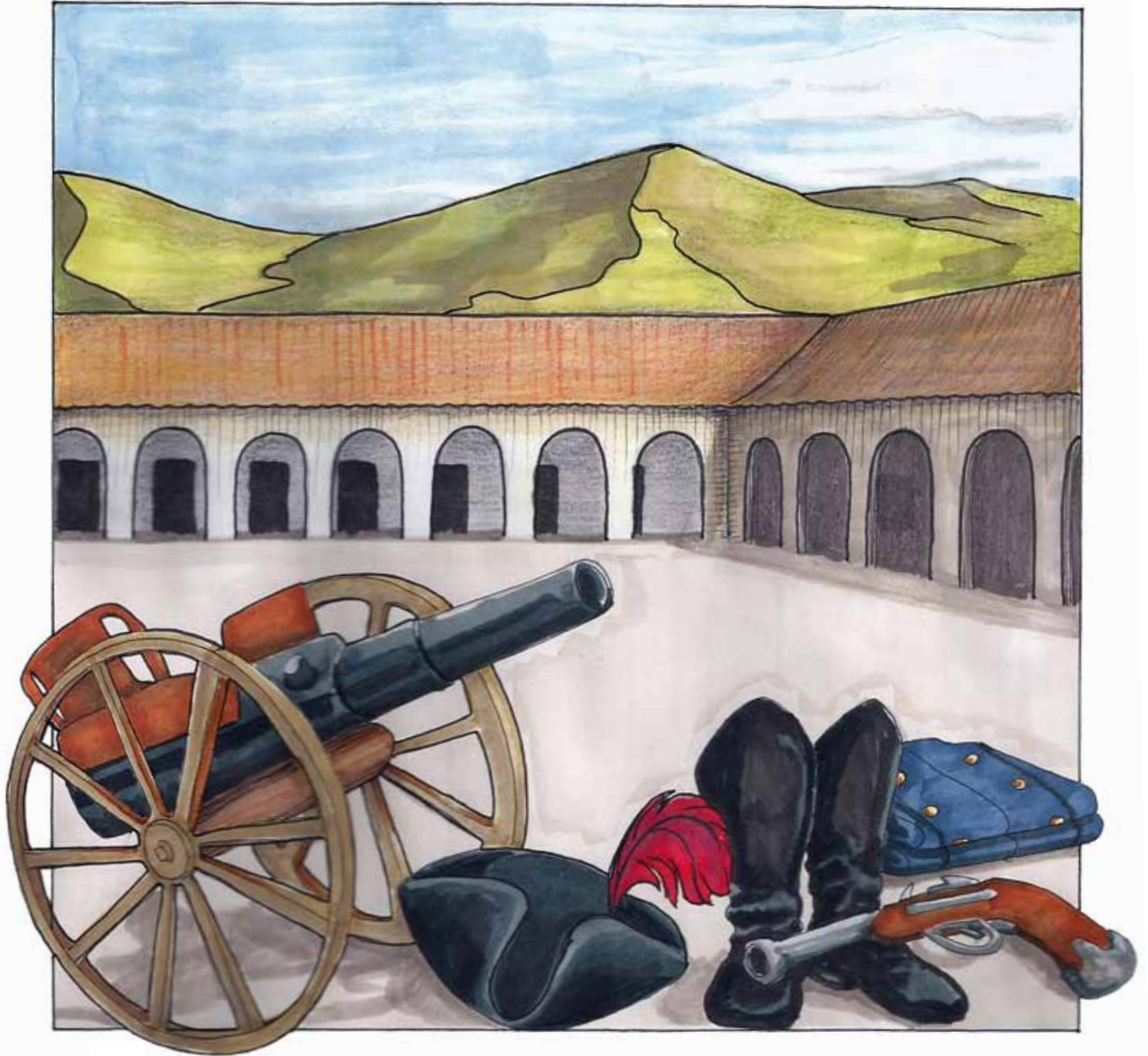
■ Mario Sanoja Obediente / Iraida Vargas

Con la presente nota sobre la construcción original del Cuartel San Carlos entre 1790 y 1812, queremos iniciar una serie sobre nuestras investigaciones arqueológicas en esta estructura militar, profundamente vinculada a la historia política venezolana y caraqueña. La investigación arqueológica del Cuartel San Carlos, financiada por el Instituto del Patrimonio Cultural, se llevó a cabo como parte de una propuesta de rehabilitación del monumento que tenía como meta convertirlo en la sede del Museo Nacional de Historia (Decreto Presidencial N°1317 del 26-10-86) a la vez que en un museo de sitio, conservando las excavaciones arqueológicas como un componente didáctico de la museografía.

Se esperaba que –en el plano científico– dicha propuesta tendría como objetivo fundamental dar respuesta a diversos planteamientos de carácter teórico, metodológico, técnico y estructural que planteaba el programa de inter-

vención del monumento. La elaboración de la propuesta fue confiada a la Academia Nacional de la Historia, la cual designó al académico Mario Sanoja Obediente como coordinador de la comisión de expertos nombrada para tal efecto. En 1988 el proyecto o propuesta de Museo Nacional de Historia fue discutida y aprobada por dicha Academia. Lamentablemente, por diversas razones, dicha propuesta nunca pudo ser puesta en ejecución.

La construcción del Cuartel respondió a la necesidad estratégica de contar con un baluarte militar de esa categoría para la defensa de la ciudad de Caracas, así como a la ideología militar que sustentaba dicha estrategia. El San Carlos fue construido en el piedemonte del Waraira Repano, sobre una altura que dominaba el antiguo camino real que llevaba a la Puerta de Caracas y conectaba con la vía empedrada que comunicaba con el Puerto de La Guaira. Aque-





La construcción del Cuartel respondió a la necesidad estratégica de contar con un baluarte militar de esa categoría para la defensa de la ciudad de Caracas, así como a la ideología militar que sustentaba dicha estrategia



Ilos mismos lineamientos estratégicos fueron los que llevaron a Diego de Losada a instalar su base de operaciones o castro, en un promontorio que existía en la terraza alta del río Guaire, localización hoy día demarcada por las actuales esquinas de Carmelitas, Santa Capilla, Veroes, Catedral y Principal. Desde la eminencia del San Carlos, era posible obtener una visual periférica sobre todo el valle de Caracas, controlar el acceso a las fuentes de agua que bajaban del Waraira Repano y defender las veredas y caminos que conducían al litoral donde Francisco Fajardo ya había fundado la Villa del Collado.

Como otra expresión de aquel razonamiento estratégico militar, las autoridades coloniales caraqueñas construyeron, a inicios del siglo XVII, un Reducto Militar que defendía el acceso sur de la ciudad de Caracas (cuartel de artillería, fortificaciones, Hospital militar de Los Reyes e Iglesia de San Pablo) en la terraza baja del río

Guaire, solar ocupado actualmente por el Teatro Municipal.

La parcela donde se construyó el Cuartel San Carlos fue anteriormente el asiento de una edificación doméstica, probablemente una de las unidades de producción agropecuarias, que se establecieron en el piedemonte de la serranía de Waraira Repano desde el siglo XVI. Dicha parcela original –a juzgar por los datos arqueológicos y geomorfológicos– conformaba una colina amesetada, con pendiente pronunciada hacia el Norte, el Sur, el Este y el Oeste, encerrado al Norte y al Sur por profundas quebradas que fungían, posiblemente, como fosos defensivos naturales. Ello determinó al parecer la ejecución de un importante trabajo de terracería, movimientos de tierra y rellenos artificiales en el lado Este de la parcela, para poder construir el edificio del Cuartel. Las observaciones anteriores nos permiten visualizar que los trabajos

de ingeniería ejecutados, sólo para preparar la superficie plana sobre la cual se llevaría a cabo su construcción, deben haber sido planificados y dirigidos por ingenieros militares, aparejadores y geómetras, posiblemente venidos desde Europa con esa finalidad específica. Es de destacar también la posible utilización de mano de obra local: maestros de obra y peones reclutados entre la población indígena, negrovenezolana o mestiza, y de los instrumentos de trabajo (palas, picos, mandarrias, cinceles, hachas, machetes, cucharas de albañil, carretillas y carretas, etc.) que deben haber sido necesarios para los trabajos de excavación y terracería, así como de transporte de tierra, piedras, barro, arena, cal viva, tejas, maderas, caña brava, etc.

Podemos imaginarnos las dificultades técnicas que tuvieron que resolver los ingenieros militares que construyeron el Cuartel San Carlos, particularmente cuando ya sabemos la escasez de maestros, albañiles y medios de trabajo que existía en la ciudad de Caracas para la época.

Los muros originales del Cuartel fueron construí dos de tapia y piedra, utilizándose eventualmente ladrillos para modelar los ángulos de los vanos. La superficie de los muros fue empañetada originalmente utilizando un friso de argamasa, mezcla de arcilla rojiza y cal viva. Un material similar se utilizó para elaborar los

pisos originales. El aspecto final que presenta la estructura de la referida edificación, una construcción cuadrada de cien metros por lado, difiere del proyecto arquitectónico original localizado en el Archivo de Simancas, el cual se planteaba un edificio de dos plantas, similar al del Cuartel de Infantería de Ballajá, construido en 1857 en terrenos del Castillo del Morro, Viejo San Juan, Puerto Rico.

La reconstrucción del Cuartel: circa 1816

El edificio original del Cuartel San Carlos fue prácticamente destruido por el fuerte terremoto que asoló a Venezuela el año 1812, por lo cual se habilitaron el Cuartel de Milicias de la esquina de El Hoyo y la Cárcel Pública como acantonamiento de tropas. Entre los años 1817 y 1818, se inició posiblemente la reconstrucción parcial del Cuartel San Carlos para alojar algunos batallones del cuerpo expedicionario del general español Pablo Morillo quien había conquistado la ciudad de Caracas para aquella fecha.

La etapa republicana del Cuartel San Carlos

A partir de 1821, cuando la ciudad de Caracas vuelve a manos de la República, la suerte del Cuartel San Carlos estuvo ligada a los vaivenes de la naciente institución militar venezolana.

« Desde la eminencia del San Carlos,
era posible obtener una visual periférica
sobre todo el valle de Caracas »

Una vez culminada la Independencia, muerto nuestro Libertador Simón Bolívar, se consumó la desmovilización del gran Ejército Patriota que había logrado la hazaña de derrotar al imperio español. Para 1830, en consecuencia, ya no existía un verdadero ejército nacional, profesional, sino milicias que se organizaban para responder a las amenazas eventuales contra el poder del gobierno central. Por esta razón, durante la segunda presidencia del general Soublotte (1843-1846), este dispuso la formación de «...un ejército capaz por número y armamento para restablecer la normalidad en la nación...» cuyo núcleo operativo parece haber sido una brigada de artillería mayormente equipada con los mismos cañones utilizados en la Guerra de Independencia. Hacia 1880, dicha brigada, alojada en el Cuartel San Carlos, había sido rebajada a medio batallón de artillería. El San Carlos parece haber servido desde entonces como centro de acantonamiento de tropas, a la

vez que sede del parque y arsenal nacional durante el siglo XIX y hasta mediados del siglo XX.

En 1894 llegó al país una Misión Militar Alemana, la cual recomendó la adquisición de cañones y fusiles modernos fabricados por la casa Krupp, cuya efectividad había sido probada en la Guerra Franco-Prusiana de 1870-1872.

Sin perder totalmente su diseño original, la estructura del Cuartel San Carlos fue actualizada para servir sucesivamente como escuela de artillería, arsenal, intendencia, acantonamiento de tropas, prisión militar y servicio de armamento hasta 1994, cuando el edificio fue dado de baja por el ejército nacional como recinto militar. Es interesante relevar a este respecto, que durante la presidencia del general Cipriano Castro, el Cuartel San Carlos albergó el cuerpo de élite del Ejército venezolano, la llamada Guardia Negra, que fungía como guardia personal del Presidente. »

Vida cotidiana castrense en el Cuartel San Carlos a finales del siglo XIX

El análisis de los materiales arqueológicos y el estudio comparado de fuentes literarias que representan un referente testimonial, nos han permitido formular, de manera tentativa, algunas inferencias sobre la vida cotidiana de la población del Cuartel San Carlos para finales del siglo XIX, tema el cual es muy poco conocido por el público caraqueño. A tal efecto, utilizamos como fuente documental complementaria la obra *Young Man in Caracas* (Ybarra 1941), relato autobiográfico de Thomas Ybarra, hijo del que fue Comandante de Armas de la Guarnición de Caracas en 1889, y la obra *Cipriano Castro en la caricatura mundial*. (Sanoja Hernández, 1980) que contiene imágenes y relatos de primera mano sobre la vida cotidiana de los militares caraqueños acantonados tanto el Reducto San Pablo como en el Cuartel San Carlos durante la era de Guzmán Blanco, posiblemente entre 1874 y 1886.

El uniforme militar

Los soldados venezolanos de la época, posiblemente, seguían las enseñanzas contenidas en los manuales militares franceses o estadounidenses de la época, lo cual se refleja en el estilo de los uniformes de los oficiales. Según la descripción que hace Thomas Ybarra, su padre, el general Alejandro Ybarra, Comandante de la Plaza de Armas y Gobernador Militar de Caracas, usaba una guerrera azul, de doble solapa, que le llegaba a las rodillas, con dos hileras de

botones de oro, pantalones azules con un galón dorado, kepi cuya visera estaba manufacturada con concha de carey, toda adornada con galones de oro que formaban complicados arabescos. En ocasiones de mucha pompa los oficiales utilizaban un tricornio adornado con una pluma y la escarpela amarilla, azul y rojo de la bandera de Venezuela. Se vestían con una guerrera azul adornada con galones negros que formaban complicados diseños, amplios pantalones color crema y botas negras de patente que les cubrían las piernas por encima de las rodillas (Ybarra 1941: 53).

Para la época mencionada, aparte del Cuartel San Carlos y el Reducto San Pablo, sedes donde se acantonaban los efectivos del cuerpo de artillería, el resto de los acantonamientos de tropas se localizaban en lo que era el casco colonial de Caracas. Uno de ellos era el cuartel San Mauricio, localizado en la actual esquina de Santa Capilla, un viejo edificio colonial que durante el siglo XVIII albergó la Compañía Guipuzcoana que fue finalmente, en el siglo XX, sede de los Telégrafos Federales. Durante el régimen de Guzmán, dicho cuartel se convirtió en la sede del Batallón de la Guardia, encargado de la seguridad del Presidente de la República y de la residencia presidencial que, para entonces, era la Casa Amarilla. Otras sedes militares eran el Cuartel de Carmelitas, antigua sede de dicha orden religiosa, donde se alojaba el Batallón de Élite de Infantería N° 1, y el Cuartel de El Cuño, esquina del mismo nombre, ubicado en la ve-



La parcela donde se construyó el Cuartel San Carlos fue anteriormente el asiento de una edificación doméstica, probablemente una de las unidades de producción agropecuarias, que se establecieron en el piedemonte de la serranía de Waraira Repano desde el siglo XVI



ciudad del Cuartel San Carlos.

Este último servía de acantonamiento al Segundo y Tercer Batallón de infantería y al medio Batallón de Artillería, los cuales conformaban una Brigada (Ybarra 1941: 67-68). Para 1859, el Reducto San Pablo, parcela donde hoy tiene asiento el Teatro Municipal, albergaba un cuartel de milicias al mando del coronel Vicente de Las Casas. El reducto San Pablo llegó a ser en 1859 sede provisional del Gobierno Nacional y centro de comando del dispositivo militar –que se extendía hasta la colina de El Calvario– donde las tropas liberales se enfrentaron y fueron derrotadas por las fuerzas oligarcas del Batallón Caracas, que defendían al gobierno conservador en la refriega conocida popularmente como «La sampablera» (Vargas et al 1998: *Arqueología de Caracas San Pablo*, 234).

Los efectivos del Batallón de La Guardia, conformada por 8 compañías de sesenta soldados cada una, vestían un uniforme de gala compuesto por una guerrera azul cuyos faldones llegaban hasta las rodillas, con caponas doradas, kepis de copa alta adornada con el escudo

nacional en bronce y botines de cuero. El uniforme de los otros soldados de la guarnición de Caracas era un liquiliqui de dril blanco, «ordinariamente sucio», kepis de color azul oscuro o rojo y alpargatas.

Cada batallón, comandado por un general, estaba integrado por seis compañías, cada una de sesenta soldados, comandada por cuatro oficiales.

El medio batallón de artillería del Cuartel San Carlos estaba integrado por tres compañías al mando de un mayor, quien seguramente era un especialista en el comando de dicha arma, cuya escuela de formación se hallaba, al parecer, en el Reducto San Pablo. Cada batallón, uniformado y armado, se turnaba los domingos para asistir a la misa de la Iglesia de San Francisco, donde el redoble del tambor indicada a los soldados cuándo debían ponerse de pie, arrodillarse o sentarse en los diversos momentos de la ceremonia. Al terminar, los soldados del batallón salían a marchar a la calle para volver a su cuartel, al son de los acordes de la Banda Marcial que encabezaba el desfile (Ybarra 1941: 73-74).



Los soldados venezolanos de la época, posiblemente, seguían las enseñanzas contenidas en los manuales militares franceses o estadounidenses de la época



La tropa del Cuartel San Carlos hacia 1889-1908

Para 1889 el Cuartel San Carlos era la sede del Segundo y el Tercer Batallón de infantería y del medio batallón de artillería, con 360 plazas. Las piezas de artillería del medio batallón, posiblemente pequeños cañones Krupp de montaña (60 mm) o de campaña (80 mm), como parece ser la costumbre, estaban quizás desplegados en el patio central apuntando hacia la puerta de entrada (Ybarra 1941: 68). En el piso de dicho patio, aún se conservaban, para la época de nuestra investigación, los orificios que servían de base a las brújulas que guiaban el tiro de los cañones.

La Guardia Negra

El uniforme de gala del Batallón de la Guardia Negra, destacado en el San Carlos, cuerpo de élite ahora (1902) destinado a la protección del Presidente de la República Cipriano Castro, consistía de guerreras largas, de tela cruda color

azul, con botones, presillas y galones dorados. Portaban un cinturón ancho de tela burda de dril, que servía como canana para los proyectiles del fusil máuser, a su vez armado con una larga bayoneta espada, tocados con un kepi de copa alta, embleonado con el escudo nacional en bronce. Los oficiales vestían guerrera azul oscuro de cuello alto y doble abotonadura, pantalón claro, botas a media pierna y kepi estilo francés, portaban espada o sable y el revólver de reglamento. La tropa regular o milicia vestía indistintamente liquiliquei, guerreras azules, kepi estilo francés y calzaban zapatos o alpargatas (Sanoja Hernández 1980: 36, 38, 40, 44).

El referente arqueológico de los uniformes es: botones de bronce con el Escudo Nacional y la leyenda: «Estados Unidos de Venezuela». Botones metálicos rústicos para la bragueta de los pantalones, restos de galones dorados. Según las fuentes escritas, la mayoría de los soldados de la guarnición no compartía la gala de aque-

llos uniformes. Por el contrario, vestían blusa y pantalón blanco de dril, a veces adornado con franjas de color amarillo, rojo o verde.

Referente arqueológico Clase Ósea: botones sencillos de hueso utilizados para las blusas y la bragueta de los pantalones. Utilizaban kepis de cuero o de tela, con visera de cuero, emblasonados con un escudo de Venezuela en bronce.

Referente arqueológico Clase Cuero: viseras de kepis fabricadas en cuero crudo. Cuero basto de color marrón oscuro. Los soldados de la Guardia de Honor utilizaban zapatos de cuero.

Referente arqueológico Clase Cuero: plantillas de zapatos. Horma con punta redondeada. Cuero basto de color marrón oscuro. Los oficiales utilizaban botas altas de cuero con puntera alargada.

Referente arqueológico Clase Cuero: plantilla de zapatos. Polainas. Puntera alargada decorada con puntos, piel fina, posiblemente cabritilla. Los hombres de tropa utilizaban generalmente alpargatas.

Referente arqueológico Clase Cuero: plantillas de alpargatas en cuero crudo de vacuno, color marrón.

Armamento

Mosquetes y pistolas de chispa

Durante las décadas finales del siglo XIX, la tropa acantonada en el Cuartel San Carlos todavía utilizaba fusiles y pistolas de chispa, así como bayonetas de zócate que se fijaban en el cañón del mosquete.

Referente arqueológico: fragmentos de la recámara y del cañón de mosquetes de chispa con percutor de pedernal, guarniciones de bronce para la culata de los mosquetes, proyectiles de plomo deformados por el impacto contra un cuerpo sólido, abrazaderas para el cañón de los fusiles, bayonetas inglesas de zócate del viejo estilo, de perfil triangular con filos laterales o de sección romboidal con cuatro filos paralelos; percutores, piedras de pedernal talladas de forma rectangular en sílex color grisáceo.

Cañones

Durante las décadas iniciales del siglo XX ya existían cañones Krupp de avancarga en la guarnición.

Referente arqueológico: punzones de acero para el encendido de las garguzas o cargas explosivas que propulsaran las granadas ex-

« Para 1889 el Cuartel San Carlos era la sede del Segundo y el Tercer Batallón de infantería y del medio batallón de artillería, con 360 plazas »

plisivas o el *sharpnell* (recipiente cilíndrico explosivo cargado con balines de plomo o acero); desatascador: pieza en forma de resorte para extraer los proyectiles sólidos atascados en el ánima del cañón. Los ejercicios de tiro en parábola se dirigían desde el patio del Cuartel hacia un blanco localizado a unos 2.500 metros de distancia, actual barrio Tiro al Blanco.

Cañones de avancarga de viejo estilo: sólo existe información proveniente de las fuentes documentales.

Fusiles o rifles

Los testimonios documentales indican la utilización, por el Ejército de Venezuela, de rifles de caballería marca Remington calibre 44, de un solo tiro y cartucho metálico de precisión sobre el borde (rim cartridge). Fabricación norteamericana.

Referente arqueológico Clase Metales: fusil Remington de caballería, modelo posiblemente

1870. Faltante: partes de madera, cubierta de la recámara y alza de la mira. Cápsulas de bronce.

Los fusiles Máuser, modelo 1871, de un solo tiro, y luego el modelo 1871-84, de repetición, reemplazaron la abigarrada profusión de armas de fuego que existió en el ejército venezolano hasta finales del siglo XIX.

Referente arqueológico Clase Metales: fusil Máuser modelo 70. Un solo tiro. Faltante: partes de madera, cerrojo, sistema de disparo y alza de la mira. Fusil Máuser modelo 71-84, de repetición. Buena conservación de las partes metálicas. Cartuchos metálicos, año 1886.

Vaina de sable en bronce; fragmento de la empuñadura de un sable. »

Del libro inédito: *Historia del Cuartel San Carlos. Contribución al Estudio de la Arqueología Militar de Caracas.*

Mario Sanoja Obediente, Iraida Vargas Arenas.

Las calles de Caracas

■ Antonio González Antías

Desde el plano del Gobernador Juan de Pimentel de 1578, la ciudad creció siguiendo la orientación rectangular, en derecha, de sus calles. Tanto en dirección Norte-Sur como en sentido Este-Oeste, Caracas se ampliaba obedeciendo este formato, excepto los casos que por impedimentos naturales o de otra índole ello no fuese posible. Por supuesto que esta circunstancia urbana y arquitectónica no iba a perdurar por siempre, ya que el crecimiento de la urbe rompería con este molde, dada la construcción de edificaciones y nuevas calles y particularmente avenidas.

Sin embargo, se puede admitir que el centro histórico de Caracas ha mantenido esta forma pese a las reformas surgidas por la construcción de nuevas vías y calzadas. Así hoy día, desde una perspectiva aérea es posible corroborar

esto observando el espacio existente entre las esquinas de La Pedrera en línea recta hasta La Misericordia (Avenida Universidad) desde aquí –en sentido Sur-Norte– hasta la esquina de Candilito y luego rectamente orientados al Oeste (Avenida Urdaneta) hasta la esquina de Llaguno para bajar al Sur (Avenida Baralt) y reencontrarse con La Pedrera.

Al reducir más este espacio así delineado, podemos señalar lo que hoy es el Centro Histórico de Caracas, ya no solamente por las calles y esquinas que lo conforman (Traposos, San Jacinto, Madrices, Ibarra, Veroes, Santa Capilla, Carmelitas, Padre Sierra, La Bolsa, San Francisco y Traposos) sino además por las edificaciones existentes en ese cuadrado, de apreciable valor histórico y arquitectónico: Catedral de Caracas, Capitolio Federal, Casa Amarilla, Cine Principal,



« En 1765, bajo el obispado de Diego Antonio Diez Madroñero, las 30 calles caraqueñas de entonces tenían su denominación, que recogían aspectos de la vida de Jesucristo »

Plaza Bolívar, Iglesia San Francisco, edificio La Francia, Palacio de las Academias, Casa Natal de Simón Bolívar, Casa del Vínculo, Palacio Arzobispal, Iglesia de Santa Capilla, Hotel León de Oro, Pasaje Linares, Hotel El Conde, Cine Continental, Casa del Correo en Carmelitas, Escuela de Primeras Letras, Casa José Martí.

Calles con historia y tradición

Bastante se ha escrito sobre las esquinas de Caracas¹, pero muy poco de sus calles. Y si bien tenemos que muchos nombres de esquinas hunden sus raíces en un lejano pasado histórico, y aún mantienen su nomenclatura, no ha sido así respecto a las calles que aun cuando en ese mismo tiempo tuvieron nombre, con el correr de los años los perdieron. A veces se nombraban las calles indicando las dos esquinas de su recorrido, de Traposos a Chorro, por ejemplo, o por la existencia de un elemento natural que le era cercano: «la calle que va a Caroata» o «la calle que baja hasta la iglesia de San Pablo». En algún momento las calles tuvieron nombres. Veamos:

En 1765, bajo el obispado de Diego Antonio Diez Madroñero, las 30 calles caraqueñas de entonces tenían su denominación, que recogían aspectos de la vida de Jesucristo. Algunas de ellas fueron, de Norte a Sur: Encarnación del Hijo de Dios, Nacimiento del Niño Dios, de la

Circuncisión y la del Dulce nombre de Jesús. De Oeste a Este: Jesús Nazareno, Cristo Crucificado, Agonía y la del Perdón. Era rígido este Obispo, al extremo que llegó a prohibir la celebración del carnaval en la ciudad, por considerarlo pecaminoso.

El Juncal, La Fertilidad, La Unión, La Primavera, La Agricultura y Los Dolores fueron algunos de los nombres que tuvieron las calles en 1836. Diez años después, la nomenclatura era casi la misma y a las 16 calles que corrían de Norte a Sur y las 17 de Oeste a Este, le fueron agregados otros nombres: Leyes Patrias (Monjas, Principal, Santa Capilla, etc.) De Lindo (todo el recorrido de lo que es hoy la Av. Baralt) Ciencias (Muñoz, Padre Sierra, Gradillas, San Jacinto, etc.) Comercio (El Conde, Padre Sierra, La Bolsa, Mercaderes, La Palma) Margarita (recorrido actual de la Av. Urdaneta) Para 1875, la nomenclatura registra algunos nombres históricos, como Calle Carabobo, Calle Campo Elías y Calle Ricaurte, a los que se agregaron los callejones como el de El Silencio, Penichez, Cruz de La Vega y el de La Trinidad.

Ya en el siglo XX, los planos recogen unos nombres no tan pintorescos, pues las vías se denominarán calles y avenidas, a secas, con la distinción de una orientación cardinal acompañada de un número: Avenida Este, que iniciaba en la

esquina de La Torre y culminaba en Quebrada Honda o la Avenida Norte que arrancaba también de la esquina de La Torre y terminaba en Monte Carmelo, esquina aldeaña al Hospital Vargas. La calle Oeste 6 y su recorrido: Camejo, Pajaritos, Mercaderes, La Gorda, Aserradero y El Silencio. Aún perdura esta nomenclatura, y usted podrá ver una que otra señalización en los respectivos anuncios. Para el caraqueño esta señalización es como que si no existiera, y persiste en mantener los añejos nombres, bien sea para pautar una cita de negocio o para propiciar un encuentro de amistad o de amor: ...«nos vemos en la Catedral»... «te espero en la estación de Gato Negro»... o ...«nos encontramos en la ceiba de San Francisco»... son expresiones cotidianas de ayer y de hoy.

Otros lugares, calles y esquinas se observan hacia las barriadas caraqueñas: la urbanización de los Hijos de Dios, en recuerdo del cementerio que con ese nombre se localizaba al Norte de la ciudad, aldeaño a lo que es hoy el barrio El Retiro. Más arriba, Los Mecedores como referencia a unos grandes bejucos que pendían de gruesos árboles que sombreaban la quebrada Catuche, y en los cuales se balanceaban los muchachos para darse un chapuzón en aquellas aguas. La subida

de Torrero, en La Pastora, cuya inclinación exagerada pone a prueba los pulmones de los vecinos.

La lista contiene nombres tan extraños como: esquina de Cola é Pato, la Vuelta de La Auyama, la Bajada de Los Perros, la subida del Manicomio, esquina de El Solitario y otras tantas que forman parte del ser caraqueño. Es algo propio y tan ligado a nuestra vida diaria, que le da color y dinamismo a ese mismo ser. Porque no es tan sólo el nombre, sino lo que ello contiene, lo que expresa: la esquina de La Bolsa se llama así porque allí se localizó la Bolsa de Valores de Caracas; la esquina del Pájaro se le llamó originalmente de La Cagada del Pájaro y a la de El Hoyo se le denominó inicialmente del Hoyo Vicioso. La de la Pelota, debe su nombre a la existencia de un frontón de jai-alai que se localizó allí.

Como se ve, pues, este es un trozo de nuestra historia, de nuestra conciencia de pueblo, y cada día nuevas expresiones se van acomodando al trajín diario, a nuestras perspectivas como comunidad, como ciudad y como país que hoy más que nunca lucha con tesón por la permanencia de nuestra independencia, nuestra soberanía, que defenderemos a todo evento. 🇨🇻

¹ Sólo por mencionar dos de ellos: *La Ciudad de los Techos Rojos* de Enrique Bernardo Núñez y *Las Esquinas de Caracas* de Carmen Clemente Travieso.

Caracas en dos tiempos

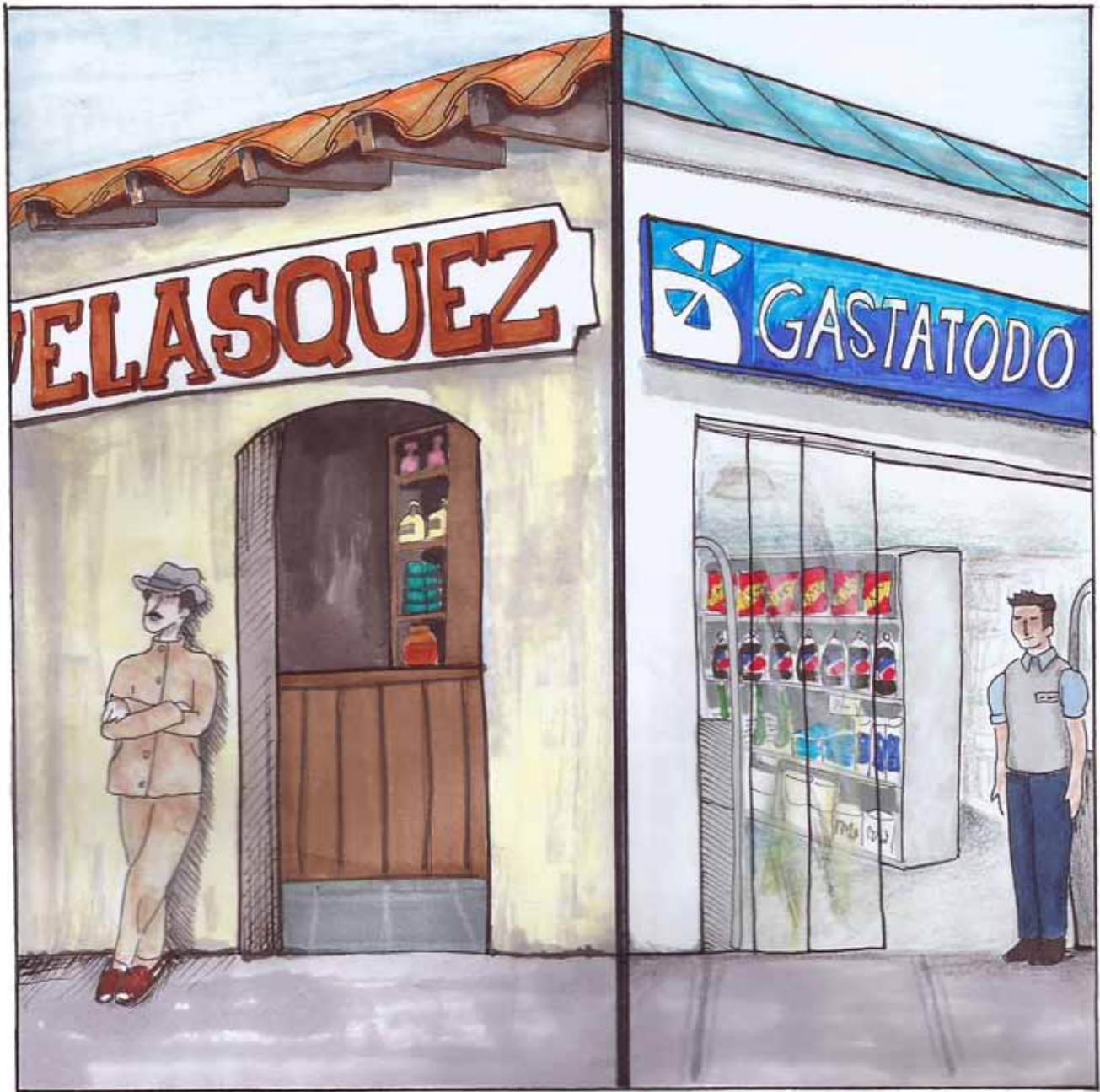
■ Antonio González Antías

El hombre, desde tiempo inmemorial, ya como individuo o en términos colectivos, siempre ha diseñado los medios convenientes para satisfacer las necesidades que le son perentorias: alimentación, vestido y vivienda principalmente. Históricamente, los propulsores del capitalismo rapaz entendieron esto desde muy temprano, en el propósito de obtener la mayor riqueza al «jugar» con las necesidades de los demás.

Lo cierto del caso es que con el correr del tiempo se fueron estilizando esos mecanismos – consumo inducido de por medio– al punto que usted entra hoy a una de esas cadenas farmacéuticas a comprar una aspirina, y sale de allí con papel higiénico, pintura de labios, helados, lociones y demás menjurjes que lo más posible era que usted no tuviese intención de comprar. Es el mecanismo del mercado que todo vende y todo compra.

Recordar es vivir: la pulpería de Quebrada Honda

Estamos en 1788. La pulpería de Antonio Hernández¹ contenía, entre enseres y productos, lo siguiente: «un mostrador con dos cajones, vasos, embudos, dos faroles de vidrio, totumas, cucharas, taparas, alcayatas de colgar velas, una mula con su enjalma, un cajón de menestras, sombreros de petate, papelones, manteca de cochino, velas de sebo, jabón, aguardiente, vinagre, judías blancas, judías negras, queso, guarapo, dividive, casabe, lebranche seco, aceite, una cochina con su lechón. Del techo colgaban los racimos de cambur y de topocho. Estos establecimientos constituyeron –hasta entrado el siglo XX– no sólo el lugar para obtener determinado producto, sino también el sitio para el cuchicheo y echarse un buen palo de aguardiente». Era, pues, parte indispensable de la comunidad, donde los aromas, sabores y colores



« Es una marca del tiempo histórico que vivimos, donde las grandes corporaciones tienen por diseño y por empeño –vía medios de comunicación– torcer la conciencia de las colectividades »

encerraban su sentir. Fueron, además, tiempos del papelito conspirativo que en esa pulpería pasaba de mano en mano.

Para 1804² existían en Caracas 102 pulperías, en las cuales se expendía diversidad de productos. Al ser visitadas por las autoridades, muchas de ellas presentaban anomalías tales como: fallas en las medidas de vinagre y vino, medidas sin aferir y fallas también en el precio de la manteca de puerco. La usura, la trampa en el peso y los precios inflados no son, pues, cosas de hoy sino que desde antaño pulperos y bodegueros se reñían con las normas del buen proceder, en eso de vender apegado a la ética.

Pese a este cuidado, no faltaron los abusos en los bancos de carnes, ventas de verduras y granos (principalmente maíz) que a la vera del camino – en las afueras de Caracas– los tramposos hacían de las suyas vendiendo comestibles sin control por parte de las autoridades. Los llamados regatones (especie de bachaqueros actuales) se dedicaban a este comercio furtivo sin mucho recato.

Muchas de estas pulperías estaban localizadas en las esquinas de las calles, y su venta era al

menudeo, y usted podía comprar una locha de azúcar, medio de mantequilla o un real de queso. Los muchachos acudían con una o dos puyas a comprar majarete, melcocha, almidoncitos o conservas de coco. Todo esto se lo llevó la modernidad, y esos hábitos de consumo se trocaron en otros, dispuestos por una propaganda feroz donde tu capacidad de decisión por adquirir tal o cual cosa no existe, o es disminuida por el afán capitalista de hacerte comprar lo que ellos decidan.

¡Vamos de compras!

Y, ciertamente, así es. El aparato de consumo ha exacerbado sus ansias, y las promociones de tal o cual producto, de tal o cual servicio, mueve todos los resortes para la consecución de sus fines: no importa que no tengas dinero, para eso está el crédito que te atará a una deuda eterna, y serás propietario de algo (vivienda, vehículo automotor) en la senectud de tu vida. Es parte del capital y sus maniobrerros.

En otra escala, los grandes templos del consumo exhiben los avances tecnológicos en comunicación al ofrecer el teléfono móvil de última generación, o los equipos de computación más avan-

¹ Antonio González Antías, *Chacao, tras el andar de un pueblo*. Pp. 112-116.

² Dirección del Cronista Municipal. Archivo Histórico de Caracas. *Visitas de tiendas, bodegas, pulperías y platerías. Año 1800*



Fuente: Archivo Histórico de la Ciudad de Caracas. S/f.

zados, por supuesto que a precios inalcanzables para muchos. Ropa, calzado, productos para la belleza, aparatos electrónicos diversos se lucen en brillantes vitrinas o aparadores; y quien recorre los pasillos de estos centros comerciales sólo se conforma con mirar, entretanto pensamos que algún día podríamos obtener lo que deseamos.

La costumbre de pasear en los parques, o sentarse un rato en la plaza, ha ido dando paso a la cultura avasalladoramente impuesta de la asistencia al centro comercial. Hace mucho tiempo que esa misma cultura arrolló a la pulpería, luego a los llamados abastos, a los botiquines de barrio para imponer las grandes cadenas de licorerías, farmacias y supermercados donde se consigue para todos los gustos, pero no para todos los bolsillos. Es una marca del tiempo histórico que vivimos, donde las grandes corporaciones tienen por diseño y por empeño –vía medios de comunicación– torcer la conciencia de las colectividades, al tratar de imponer su estilo de vida del alcance del confort a todo trance. Por supuesto que se trata de desvanecer o difuminar el conocimiento de lo propio

autéctono, al imponer, o tratar de imponer, patrones de conducta donde el consumismo lleva la bandera. De allí que el interés de estos actores (empresarios, políticos, artistas) apunte directamente hacia la reserva de valores de conciencia, históricos y culturales, que hoy por hoy nos hemos dispuesto a defender, quienes luchamos por hacer de Venezuela una patria libre y soberana en todos los órdenes.

Ciertamente, las cosas cambian, pero debemos poner todo nuestro empeño para que cambien para mejor, para procurar la solidaridad en muchos aspectos, para luchar por una mejor educación, y para que cada uno disponga de lo mejor que tiene a favor de la patria toda. Las cosas cambian y en nombre del progreso quieren disponer de nuestro legado cultural. Y no sólo se trata del hecho material per se (desconocimiento de valores arquitectónicos, por ejemplo) sino además de imponer un discurso que pauté el comportamiento de la gente hacia el consumismo y hacia el desconocimiento de su historia y de sus valores implícitos en el hecho cultural ancestral. ✎

Publicado el 22 de mayo de 2020

Una revisión necesaria

■ José Gregorio Linares

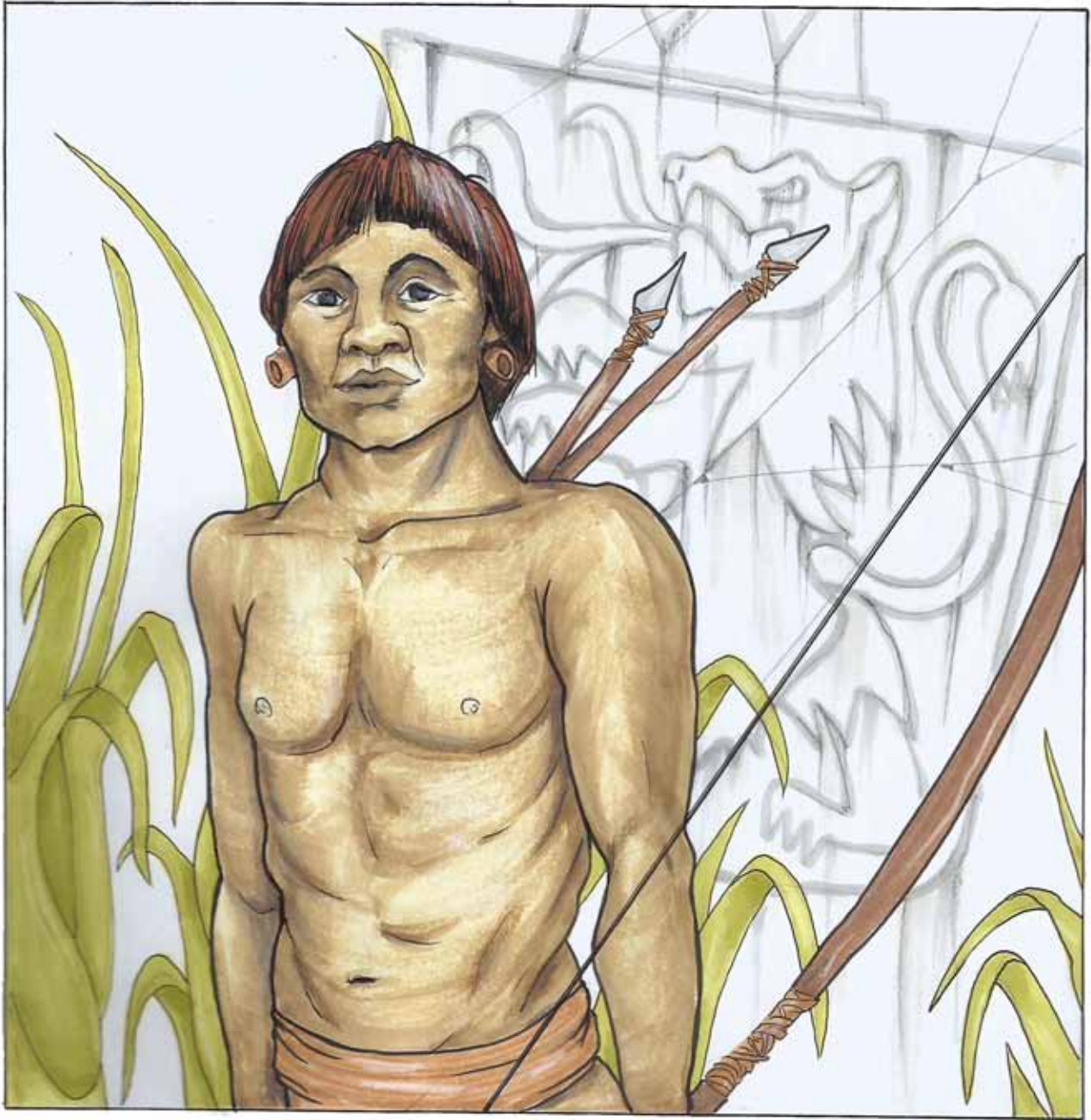
Los símbolos personales anclados en nuestro subconsciente son el motor de nuestros pensamientos, de nuestras decisiones, de nuestras acciones. De igual modo, los símbolos de una ciudad o una nación (la bandera, el escudo y el himno) establecen un imaginario colectivo que afianzan e impulsan un sistema de creencias, moldean el carácter de un pueblo y sientan las bases de una cultura.

Unos símbolos que enaltezcan la autoestima colectiva, el espíritu de superación, el sentido de convivencia, la entereza, el bien común y la identidad impulsan acciones encaminadas hacia esos fines; se convierten en acicate de orgullo y resistencia en cualquier circunstancia, por difícil que sea. Por el contrario, unos símbolos que encarnen el avasallamiento, la supremacía del otro, el complejo de inferioridad, la presencia foránea y la pasividad, desmovilizan

a un pueblo y lo desdibujan. De modo que lo relacionado con los símbolos de una ciudad no pueden abordarse con ligereza.

Los símbolos: trofeos del vencedor

Los símbolos de una ciudad o un pueblo son el resultado de causas históricas de gran trascendencia. Marcan unos significados que aspiran a permanecer en el tiempo y a convertirse en faro de una nación, en senda de un colectivo. No obstante llevan el sello de una época y un espacio; de una clase o casta social y de las relaciones de poder que se impusieron en aquel momento. No fueron fruto de un consenso amistoso, ni el resultado de un debate apacible o de un acuerdo. Son íconos de una sociedad determinada, representan un modelo de formación social donde un sector social, un proyecto civilizatorio y una cultura se impusieron frente a otros sectores, otros proyectos de



« Los nuevos símbolos deben significar un compromiso de justicia con las mujeres y hombres que fueron humillados o ignorados por quienes construyeron los símbolos del pasado »

sociedad y otras culturas.

Los símbolos son el trofeo que exhibe el vencedor. Para decirlo en palabras de K. Marx: «Vienen al mundo chorreando sangre y lodo por todos los poros, de la cabeza hasta los pies». Y esto lo saben bien los vencidos. Por eso no los asumen como suyos. Son el recuerdo de su derrota, la enseña de la dominación, el epitafio de su cultura. Mas para los triunfadores, quienes se impusieron por medio de la violencia, es indispensable que sus símbolos sean aceptados, asimilados y acatados por todos, especialmente por los herederos de los vencidos. La idea es que en el imaginario popular estos símbolos parezcan representarnos a todos. Para ello elaboran versiones edulcoradas de los hechos que dieron lugar a estos símbolos, de modo que todos los asumamos y los defendamos como propios, que nos identifiquemos con ellos.

De este modo pretenden borrar el origen sangriento de una simbología. Elaborar una transacción ficticia de la realidad histórica que dio

lugar a estos símbolos. Para hacerlo, imaginan un escenario geohistórico donde todo es paz, armonía y acatamiento. Con ello intentan afianzar y naturalizar, en la psique de los pueblos y en el sentido común, el sistema de creencias y valores de la cultura del dominador.

A partir de allí, todo es aparentemente consenso y acuerdo. Lo que una vez fue el estandarte de dominio de un sector de la sociedad contra otros, se convierte en símbolo de encuentro, en crisol de unidad. Aspira a erigirse en ícono de todos los sectores sociales, desde las élites dirigentes hasta los sectores más bajos de la sociedad, sin distinción de clase ni de estamento.

Abramos el debate

En consecuencia, cualquier intento de debate, no digamos de cuestionamiento, acerca de los símbolos de Caracas, es condenado de antemano como herejía que atenta contra el carácter sacrosanto de unos íconos que se han naturalizado y se han convertido supuestamente en un lazo indiscutible de unión y encuentro de todos los caraqueños. Por tanto, es denun-

ciado como un ataque a los mitos fundantes de una sociedad, como un desafío al patriciado originario, como la amenaza a un colectivo y a una ciudad.

En realidad, los símbolos de una ciudad o de una nación no son neutros; constituyen la materialización de un discurso dominante que se impuso en un momento determinado de la historia. Y los discursos no son solo ideas abstractas que se mueven en un plano exclusivamente mental, sino fuerzas reales que impactan las realidades concretas y las transforman. Para decirlo en palabras de T. Todorov, los discursos «son acontecimientos, motores de la historia, y no solamente sus representaciones. Son ellos los que hacen posible los actos; y luego permiten que se los acepte». Por eso, apunta Wilhelm Reich, un símbolo es «una ideología que se convierte en una fuerza material desde que prende en las masas». Como tal modela con su acción, en el plano de los arquetipos, la vida material y espiritual de las sociedades: las somete a su influjo y las moviliza.

De allí que no sea fácil hacer entender que los símbolos representan imágenes idealizadas de un pasado nada idílico y que forman parte de la hegemonía de las clases dirigentes, de su proyecto de nación. Que estos símbolos son el soporte ideológico de un esquema de domi-

nación, control y uniformación de toda la sociedad. Forman parte del contrapunteo entre fuerzas contrapuestas. La bandera, el escudo y el himno son la bandera que enarbola, el escudo que sostiene y el himno que entona todo un sector de la población que asume que nos representa a todos. ¿Pero en realidad les hace justicia a todos?

Creo que en lo atinente a este espinoso asunto hay que dar el debate, que al fin y al cabo es lo formativo. El objetivo no es imponer unos nuevos símbolos, por muy válidos que estos parezcan. Eso sería luchar contra castillos de aire y arar en el mar. No contribuiría a formar la conciencia.

De lo que se trata es de avanzar en el plano de la hegemonía, es decir, de la transformación del mundo simbólico de las personas, de los caraqueños y caraqueñas, para que produzcan y defiendan los nuevos símbolos identitarios de una sociedad movilizada. Para que los símbolos que surjan a partir de un verdadero debate sean creación del pueblo y expresen un cambio de época, de donde emerge una libertaria conciencia de clase, de ciudad y de patria.

Por eso, repito, los símbolos no se pueden imponer. Deben ser el resultado de un cabildo abierto, que parta de la investigación, el estudio y necesariamente la confrontación de

ideas. Los nuevos símbolos deben significar un compromiso de justicia con las mujeres y hombres que fueron humillados o ignorados por quienes construyeron los símbolos del pasado; un acto de dignificación de nuestra tierra y su fecundidad; un encuentro con nuestro pasado heroico y nuestro promisorio futuro.

¿O es que la Caracas insurgente y caribe que tiene más de quince mil años de historia seguirá siendo simbolizada en su escudo de armas por un león de origen africano, emblema de «la audacia, imperiosidad y valentía» de los conquistadores? ¿Es que en una sociedad republicana como la nuestra vamos a seguir promoviendo la corona de oro puesta en la cabeza del felino, corona que significa «la defensa de los reyes y la dignidad nacional»? ¿Es que en una sociedad con un Estado laico como el nuestro seguiremos enalteciendo la Cruz de Santiago, la cual «recuerda la cristiandad y la protección divina del apóstol a España»?

Los caribes

Nuestros símbolos deben necesariamente enaltecer al pueblo caribe, asentado en estas tierras por miles de años. Este pueblo nos legó una identidad, con un fuerte arraigo territorial, con una cultura propia, una visión política y una autovaloración que activó una amplia red de solidaridad étnica y una poderosa resistencia cotidiana, política y militar que permitió

derrotar en innumerables ocasiones a los invasores españoles. Explican Mario Sanoja e Iraidá Vargas: «En el caso de las etnias caribes de la región centro costera venezolana, diversas expediciones fueron organizadas por los españoles entre 1555 y 1567 para tratar, sin éxito, de conquistar el valle de los caraca y su región litoral, las cuales consumieron gran parte de los recursos humanos y fiscales de los colonizadores. La feroz resistencia de las tribus caribes, comandadas por sus jefes guerreros Guaicaipuro, Paramaconi y Terepaima, quienes controlaban el valle de los caraca y las montañas que lo rodean, imposibilitó la instalación de un asentamiento castellano estable hasta 1568».

Los caraqueños heredamos esa fortaleza caribe. Adquirimos su capacidad para la integración, su cultura, su conciencia de pueblo indómito, su noción profundamente democrática de la vida, y esa disposición exploratoria que nos lleva a perseguir el horizonte más allá de las estrellas. Aún se escucha en las laderas de Caracas su grito de combate «Ana Karina Rote, Aunico Paparoto Mantoro, Itoro Manto» que significa: «Solo nosotros somos Gente. Aquí no hay cobardes y nadie se rinde. Esta tierra es nuestra». Pero nada de esto aparece en nuestros símbolos de Caracas. Entonces, ¿no vale la pena hacer una revisión y proponer un acto de justicia simbólica? Preguntémosle a la gente: ¿Los caribes o el león? 🐾

Publicado el 5 de junio de 2020

Los símbolos de Caracas

■ Mario Sanoja Obediente

Los símbolos son imágenes, sonidos u objetos materiales que nos permiten sentirnos identificados con los componentes de la realidad que nos rodea. Un símbolo además, puede tener significantes que nos vinculan con contenidos ideológicos de otras realidades, los cuales podemos llegar a aceptar de manera acrítica. Tal es el caso de los símbolos que han sido planteados como significantes de la ciudad de Santiago de León de Caracas, fundada por Diego de Losada en 1568. Las causas de esa denominación fue la dedicatoria de la ciudad al apóstol Santiago, patrón militar de España y, por otra parte, una gentileza de Don Diego hacia la persona de Pedro Ponce de León quien fungía para el momento como gobernador de la Provincia de Caracas. Es evidente que tal denominación fue puramente coyuntural. La simbología del león no tiene nada que ver con el carácter salvaje de la bestia africana, que en el escudo de Caracas se muestra con sus garras y sus colmillos en actitud amenazante, sino con

el ya nombrado Ponce de León, oriundo del Reino de León, quien había sido designado en 1564 por los Reyes de España para coordinar la guerra contra la confederación de pueblos caribes que controlaban la región centro-norte de Venezuela y, en particular, el llamado valle de los caraca donde habitaba la etnia toromaima. Al llegar a Venezuela, Ponce de León confirmó el grado de general a Diego de Losada y lo puso al frente de la expedición integrada por 300 soldados españoles y 1600 guerreros y guerreras jiraharas, posiblemente enemigos de los caribes que habitaban para entonces la región centro norte costera de Venezuela.

La ceiba de San Francisco

Según las investigaciones sobre la paleobotánica caraqueña, para inicios de la era cristiana la vegetación dominante en la región estaba conformada principalmente por bosques de pinos caribe. En los siglos posteriores parecen haberse producido sucesivos deslaves



sobre el piedemonte sur del Waraira Repano que causaron grandes acumulaciones de sedimentos en la ladera norte que colinda con el valle. Grandes bloques erráticos como el que se observa en la Autopista del Este a la altura de La Carlota podrían ser testigos de uno de aquellos eventos. Dentro de la vegetación dominante de pinos caribe deben haber existido enclaves boscosos de otras especie vegetales como la ceiba, relicto de los cuales sería la de San Francisco. No debemos olvidar que vecina a la ceiba se encontraba localizada para 1300 de la era una aldea caribe toromaima. La imagen de la ceiba de San Francisco sería, pues, uno de los símbolos vegetales antiguos de la ecología natural originaria de Caracas.

El Waraira Repano

Caracas es una de las pocas ciudades del mundo que se despliega a lo largo de un piedemonte tan extenso y majestuoso como el Waraira Repano. La imponente mole montañosa inspiró el poema *Vuelta a la Patria*, del poeta caraqueño del siglo XIX Juan Antonio Pérez Bonalde, una figura literaria muy importante del movimiento modernista. En dicho poema nos describe a Caracas como una figura muy romántica que exalta su carácter femenino: «Caracas allí está, vedla extendida a los pies del Ávila empinado, cual odalisca rendida a los pies del sultán enamorado...» La figura femenina de la odalisca (del turco *odalik*) no alude a la caracterización de una mujer débil;

por el contrario las odaliscas y sobre todo la odalisca principal, inmortalizadas en las obras pictóricas de Ingres y de Matisse, eran personas que dominaban al gobernante mediante el amor, la astucia y el encanto físico. ¿Cuáles de esos rasgos tiene nuestra Caracas? Caracas es una ciudad muy dura, pero con una serie de matices de ternura y encanto que la hacen muy atractiva.

La mayoría de los caraqueños conoce al Waraira desde lejos o al menos desde la cercanía de la Cota Mil, pero ignora muchas veces la diversidad de hermosos paisajes que existen al interior de aquel sistema montañoso atravesado por innumerables riachuelos de aguas límpidas y frías. En mis tiempos de estudiante del liceo Fermín Toro, era integrante del Centro Excurcionista Codazzi (CEC), conformado por jóvenes adolescentes amantes de la naturaleza y del ejercicio físico quienes todos los fines de semana, los carnavales y las Semanas Santas «subíamos al cerro»: el Picacho del Ávila, la Silla de Caracas, el Naiguatá o atravesábamos por una de las picas que llevaba desde Caracas al alto de Los Pericos para de allí bajar a La Guaira y Macuto donde nos dábamos un estimulante baño de mar. Cuando hacía tiempo y ganas hacíamos la llamada «travesía», que significaba subir por el pico Naiguatá, descender, escalar el pico oriental de la Silla de Caracas y continuar hacia el oeste, hacia el pico del Ávila y bajar, finalmente, por la Puerta de Caracas o por Los

« Según las investigaciones sobre la paleobotánica caraqueña, para inicios de la era cristiana la vegetación dominante en la región estaba conformada principalmente por bosques de pinos caribe »

Venados. Aquella vida excursionista implicaba dormir, como se dice en francés, *à la belle étoile*, al descampado, envueltos en una frágil cobija.

El Waraira Repano de nuestros aborígenes caribes es el símbolo más importante que permite la identificación con la ciudad. Desde cualquier sitio de la urbe podemos ver su perfil sinuoso y saber que es nuestro norte: no existe ninguna otra ciudad parecida a nuestra Caracas. Y ahora la torre del Hotel Humboldt construida en la década de los años 50 nos recuerda cómo las y los caraqueños conquistamos físicamente el disfrute de la belleza del Waraira Repano, convirtiéndola en un patrimonio natural. Esta montaña ha sido también el objeto de inspiración de pintores como Manuel Cabré. Pero el Waraira no era solamente belleza natural. Como excursionistas nos interesaba visitar enigmáticos sitios como la Hacienda Knoche, propiedad de un médico

alemán, quien fuese especialista en la técnica de embalsamar cadáveres humanos. Nuestra imaginación de adolescentes, que ya nos interesábamos por la ciencia y la naturaleza, volaba atraída por esos eventos insólitos ocurridos en Knoche, que llegaron a convertirse en rutina de nuestras actividades excursionistas. Otra experiencia extraordinaria era bajar desde el pico occidental de la Silla de Caracas y atravesar la ladera recubierta por una espesa selva tropical lluviosa, hasta llegar a la antigua hacienda de café de Los Venados, de donde bajábamos a Caracas luego de una ducha de agua helada proveniente de uno de los arroyos que bajaban de la montaña.

Los caribes

Otro componente simbólico importante de la historia de Caracas alude al origen cultural caribe de la ciudad. Las investigaciones arqueoló-

gicas han mostrado la importancia que tienen para el conocimiento del antiguo poblamiento caribe toromaima de Caracas las figurinas femeninas excavadas en los montículos de habitación construidos por los pueblos caribes que habitaban en torno al lago de Valencia y en otros sitios de la región centro-norte de Venezuela. La mayor parte de las representaciones humanas en arcilla que tipifican al pueblo caribe, son femeninas. Ellas simbolizan la figura de la mujer como la representación humana más importante que hacían las alfareras de las comunidades caribes, lo cual nos permite inducir el importante papel social que deben haber jugado las mujeres. Muy posiblemente se trataba de una sociedad matrilineal y matrifocal similar, en su forma a la sociedad wayúu contemporánea. Desde el punto de vista formal, artístico, las figuras humanas femeninas caribes conforman una simbología humana con mayor significación que el león del escudo de Losada totalmente ajeno a los contenidos de la memoria histórica caraqueña. Tenemos, por otra parte, que el carácter guerrero de la mujer caribe se encuentra simbolizado en el personaje de Apacuana, cacica de caciques, cuya figura ha sido reivindicada por nuestra alcaldesa Erika Farías con la estatua procera de esta valiente

mujer que se encuentra ubicada en el inicio de la autopista Valle-Coche, espacio donde se hallaba ubicado anteriormente la figura de un fiero león africano que curiosamente se suponía debía simbolizar la ciudad de Caracas.

Otros referentes simbólicos

Existen en Caracas otros referentes simbólicos que aluden a hechos históricos recientes: la Iglesia de Santa Capilla, es la última versión de la serie de iglesias caraqueñas que fueron construidas en mismo sitio, una sobre las ruinas de la otra, desde el siglo XVI hasta el presente; el edificio de la Catedral es el testigo de la renovación urbana de finales del siglo XVII que le dio a la vieja ciudad su aspecto definitivo: la estatua ecuestre de Simón Bolívar, en la plaza del mismo nombre, el arco de la Federación, la cúpula del Capitolio, el Panteón Nacional, son componentes objetuales que dan cuenta del inicio de la modernidad guzmancista en el siglo XIX, de la misma manera que la abigarrada red de autopistas y pasos a nivel que se inician a partir de 1950 dan cuenta de la modernidad desarrollista perejimenista que se prolonga hasta la Caracas reciente. ✎

Publicado el 24 de abril de 2020

Venezuela como epicentro de la independencia latinoamericana

■ José Gregorio Linares

El 19 de Abril de 1810 ocurre en Caracas un suceso de trascendencia continental. Vicente Emparan, Capitán General de Venezuela, es destituido por el Cabildo de Caracas, dando paso a la formación de la Junta Suprema de Caracas, primera forma de gobierno autónomo del país. A partir de ese momento Venezuela se convierte: primero, en bastión en defensa de la soberanía nacional, por tanto en forjadora de la noción de patria. Segundo, en pionera en la lucha anticolonial que se desarrolla a partir de entonces en todo el continente. Tercero, en vanguardia político-militar en la guerra de independencia suramericana que estaba por iniciarse. Y cuarto, en blanco del ataque no solo de España sino también de Estados Unidos, que desde esa fecha no ha cesado de agredir a Venezuela.

Baluartes en defensa de la soberanía nacional

Como se sabe en 1808 Napoleón Bonaparte invadió España y designó como rey a su hermano. En ese contexto el 19 de Abril fue un acto de autonomía, de desconocimiento de los ocupantes franceses. Como lo expresa el Acta del 19 de Abril de 1810, a raíz de la invasión francesa y de la pérdida del poder por parte de la monarquía española, la Capitanía General de Venezuela, «se halla en total orfandad». Recomienda «un sistema de gobierno que supla las enunciadas faltas, ejerciendo los derechos de la soberanía, que por el mismo hecho ha recaído en el pueblo».

La idea era darse un gobierno propio y soberano; en oposición al gobierno de Vicente Empa-





Es una declaración de ruptura de los lazos coloniales. Venezuela es el centro de las noticias. En Londres se anuncia que “los habitantes de Caracas se han declarado independientes”



ran, personaje de afinidades con Francia, nación que en 1808 le propuso el cargo de «Capitán General de Caracas», función que en medio de la ocupación finalmente desempeña a nombre de la Junta Suprema Central de España.

Pionera en la lucha anticolonial

En los hechos, parte importante de los miembros de la Junta Suprema de Caracas adversan al gobierno monárquico de España y avanzan hacia la independencia política con respecto a esta metrópoli. En el Acta de Declaración firmada por el Cabildo de Caracas se señala que «no hay ya razón, derecho ni justicia para continuar nuestro vasallaje a una potencia que no existe sino en la memoria».

Es una declaración de ruptura de los lazos coloniales. Venezuela es el centro de las noticias. En Londres se anuncia que «los habitantes de Caracas se han declarado independientes». Escriben: «hace mucho tiempo que los deseos y proyectos de independencia existían en la Provincia de Caracas, que ha sido la primera en dar el ejemplo de esta revolución». De modo que Caracas y Venezuela se transforman a partir de 1810 en epicentro de la insurgencia suramericana.

Vanguardia político-militar

Rápidamente toda Suramérica se contagió del espíritu independentista. Venezuela se erige en vanguardia ideológica y político-militar en la guerra de emancipación suramericana. Fue en nuestro país donde surgieron los más importantes líderes continentales (Miranda, Bolívar, Sucre, Urdaneta) y donde el pueblo luchó con más ahínco y reciedumbre contra el imperio opresor. Esto lo reconocen hasta nuestros enemigos. El general Pablo Morillo, jefe de los realistas, expresa al Ministro de Guerra de España en 1816: «El habitante de Santa Fe se ha mostrado tímido; el de Venezuela, audaz. Probablemente los habitantes del virreinato no nos habrían resistido con tanta obstinación si no hubieran estado ayudados por los venezolanos. En una palabra, todo en la lucha actual es la obra de este maldito pueblo».

Y ese espíritu rebelde de este pueblo bendito, de este pueblo insurgente y rebelde es el que hoy nos anima a luchar contra cualquier forma de imperialismo y contra cualquier enemigo imperial que intente someternos. Somos una nación independiente, con un gobierno legítimo que ha tomado bajo nuestras propias ma-

nos la soberanía del país, y no estamos dispuestos a cederla a ninguna potencia invasora ni a aceptar ningún gobernante impuesto por el poder extranjero.

Blanco del ataque de Estados Unidos (EEUU)

Desde esa fecha EEUU no ha cesado de atacar a Venezuela. Veamos: Una de las acciones que emprendió la Junta Suprema de Caracas fue remitir delegaciones diplomáticas al exterior para buscar reconocimiento al recién creado gobierno. Juan Vicente Bolívar, hermano de Simón, es enviado a Washington para demandar el reconocimiento de EEUU y para comprar un lote de armas. Su misión fracasa. ¿Las razones?: el boicot estadounidense. 1º. Los Estados Unidos no reconocieron al nuevo gobierno. 2º. Las armas fueron vendidas a los españoles, quienes ofrecieron algo más de dinero por el armamento. 3º. De vuelta a Venezuela Juan Vicente Bolívar (hermano de Simón) muere ahogado en un naufragio. Con el paso del tiempo, el gobierno de EEUU aprueba sanciones que establecen que toda persona que transporte armas hacia un Estado de América del Sur en favor de los patriotas sería castigada con 10 años de cárcel y 10.000 dólares de multa. Estas fueron las primeras «sanciones» del gobierno de EEUU contra el Gobierno de Venezuela.

Venezuela vencerá

Hoy EEUU aplica nuevas «sanciones» para impedir que ejerzamos la soberanía nacional, la independencia y el derecho de nuestro pueblo a la autodeterminación. ¡No lograrán su cometido! Todos los 19 de Abril nos recuerdan que Venezuela ha forjado mujeres y hombres con conciencia de patria y capacidad de lucha. Al igual que en el pasado, Venezuela es hoy un bastión en defensa de la soberanía nacional, es ejemplo en la lucha antimperialista que se desarrolla en el mundo entero; es vanguardia político-militar en la guerra multifactorial que se desarrolla. En consecuencia, sigue siendo blanco del ataque del Gobierno de Estados Unidos.

Pero el pueblo venezolano que el 19 de Abril de 1810 dio inicio a la lucha por la independencia, nuevamente vencerá. Vencerá a los criminales que nos imponen sanciones que afectan la economía nacional y el bienestar de nuestro pueblo. Vencerá las intenciones foráneas de imponernos un gobierno ilegítimo hecho a la medida de los intereses extranjeros. Vencerá a quienes se atreven a invadir nuestro territorio. Vencerá a quienes pretenden apropiarse de nuestras riquezas y a quienes pretenden entregárselas. Venezuela vencerá, vencerá siempre. Esa son las lecciones del 19 de Abril. ✊

Caracas, núcleo de la paz

■ Antonio González Antías

El mundo, todo, vive un momento estelar, histórico por sus repercusiones actuales y su resonancia hacia el futuro. Asistimos a un momento en el cual el capitalismo y sus formas imperiales –en su afán por sobrevivir– tratan de mantener a flote su modelo agónico. Los reveses que hoy ha experimentado la política exterior estadounidense, se manifiestan en su salida, en derrota, de los escenarios bélicos que ha propiciado: Siria y Afganistán son muestras palpables de ello.

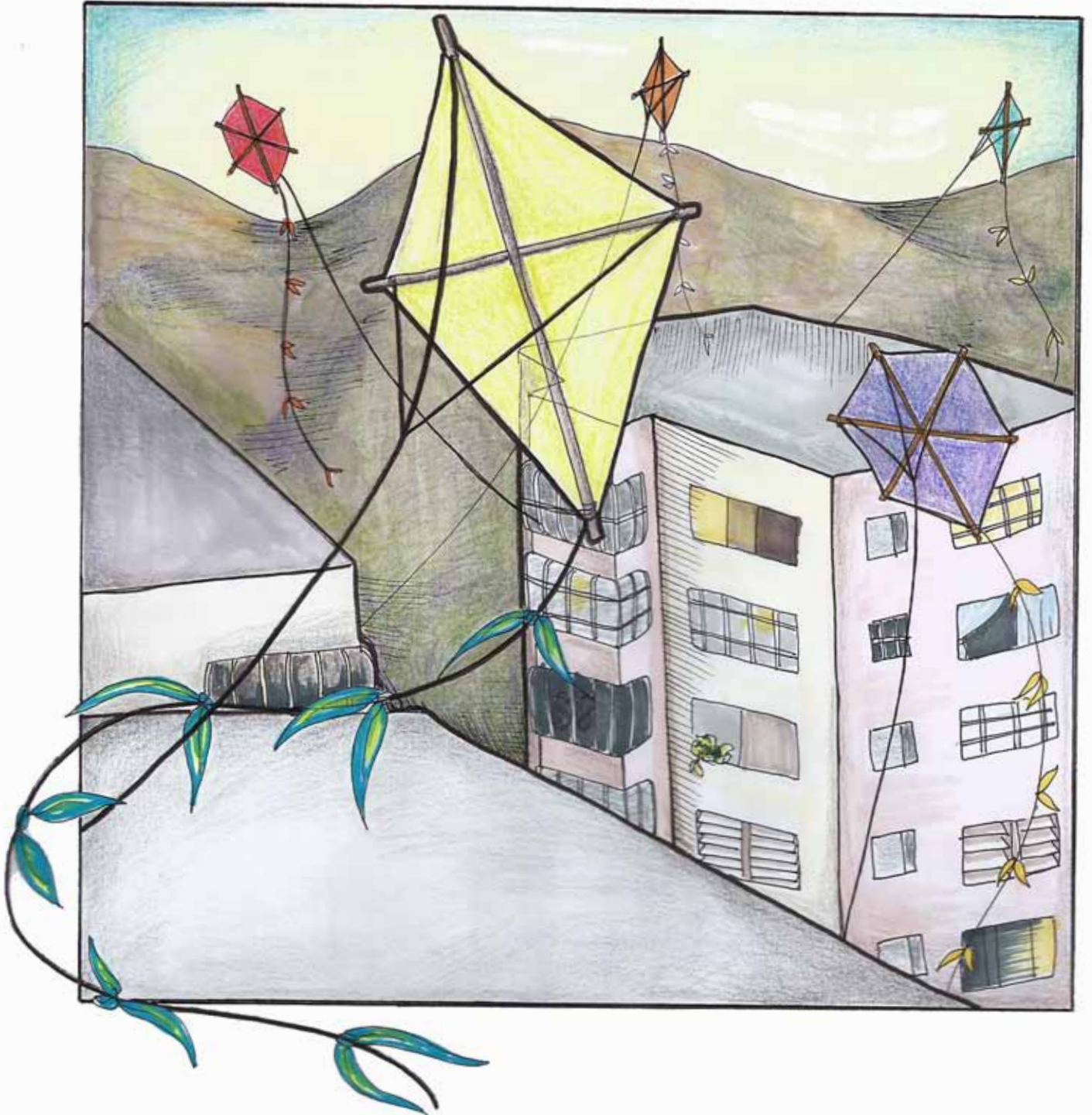
Además, el ámbito económico le es adverso ante la presencia de la robustez de China en ese aspecto, por ejemplo, a la cual EEUU le debe hasta su forma de caminar. Donald Trump ha sido un desastre, y ya se está pensando en someterlo a un juicio político por lo errático de sus decisiones que, según el Congreso de ese país, ha colocado a la nación nortea en riesgo de inseguridad. Su afán destructivo, basado en el pánico y la mentira, ha encontrado en algunas corporaciones mediáticas el medio de difusión

diseñado a sus malévolos propósitos.

Seguid el ejemplo que Caracas dio

Pese a todo, hay países que se han opuesto con tenacidad a los designios de dominación impuestos por EEUU. Nada nuevo si observamos la historia que nos es cercana, la de Latinoamérica, cuyos países han sentido el rigor de la bota nortea: desde la amputación del territorio mexicano en el siglo XIX, hasta el golpe de Estado contra Evo Morales, el atropello ha sido largo y tendido. Cuba y Venezuela, en tanto, han sabido sostenerse con dignidad, y han constituido una trinchera que adversa con pasión la arremetida inclemente del imperio: sus embargos económicos y demás sanciones, lo que han hecho es encender aún más el celo patriótico por la defensa de nuestra independencia.

A lo largo de su historia, Venezuela –y en particular Caracas– han superado etapas y momentos puntuales donde la ambición de los





A la prédica contumaz de una prensa tarifada, antirrevolucionaria, se opone con pasión la voz del barrio, de la urbanización, de la fuerza organizada, que ha logrado derrotar en diversas ocasiones la falsedad vertida por esos medios vendidos al mejor postor



poderosos ha intentado el sometimiento del país a todo trance. Lo fue en la Guerra Nacional de Independencia, cuando un sanguinario José Tomás Boves en las jornadas de horror de 1814, pretendió el abatimiento de las fuerzas patriotas. A partir de 1830, una vez fallecido El Libertador, las garras conservadoras y sus aliados iniciaron la persecución de todo lo que pareciese bolivariano. La Revolución de las Reformas, el paecismo conservador y el caudillismo de toda marca, además de la Guerra Federal (1858-1863) signaron política y militarmente ese tiempo histórico decimonónico. En ello Caracas, siendo el centro político-administrativo del país, marcó pauta en tales eventos.

Ya en el siglo XX, la defensa de la patria fue puesta a prueba en los albores de ese tiempo: ...«la planta insolente»... que iniciaba la arenga antimperialista de Cipriano Castro en 1902, ante las pretensiones de las potencias europeas con Alemania a la cabeza, hizo que los venezolanos –aún los opositores a Castro– prestaran su concurso en aquel momento de decisión. La

actitud anticomunista del gobierno de Eleazar López Contreras sin duda aupada por la prédica estadounidense, se manifestó en la hechura de la Ley Lara, que fue adversada, en febrero de 1936, por la población caraqueña, en jornadas que dejaron su estela de muertos y heridos. Siguió el 23 de enero de 1958 con la caída de la dictadura perejimenista, y nuevamente las calles de Caracas se llenaron de población que –como siempre– dejaría su saldo trágico en vidas humanas. Como hito más reciente, febrero de 1989, suceso que enlutó a más de un hogar venezolano, cuando el pueblo tomó las calles para oponerse a las aberrantes medidas económicas impuestas por el Fondo Monetario Internacional con la aquiescencia del Gobierno de Carlos Andrés Pérez. El bravío pueblo volvería a manifestarse, y esta vez saldría a las calles en la memorable jornada del 13 de abril de 2002, para reponer al Presidente Hugo Chávez en el mando del país, cuando fue depuesto por la oligarquía criolla apenas 48 horas antes.

Todos estos eventos tuvieron como denomina-

dor común la lucha contra el imperio: primero contra el español de trescientos años de dominio, y luego contra el estadounidense, que bajo sofisticadas formas busca el ejercicio del dominio en estos países latinos, a los cuales siempre ha tenido en el menosprecio. Hoy Venezuela, y Caracas por extensión, han tomado el protagonismo en la lucha por la independencia y soberanía de los pueblos, fundamentada en la determinación de alcanzar la paz duradera, sin países sometidos –por decisiones de los centros de poder mundial– a la depauperación sustentada en el hambre y la miseria.

Por la paz...

Y no se trata de un slogan. Es un accionar constante, de todos y cada uno de los venezolanos que queremos nuestra patria, que se debe verificar sin cortapisas, sin titubeos, si queremos alcanzar verdaderamente nuestras metas revolucionarias. La búsqueda de esa paz ha sorteado en estos últimos tiempos momentos terribles en el campo de la confrontación contra las fuerzas opositoras, terroristas, que no han cesado en su afán destructivo y en su sed de sangre.

Recientemente, las calles de Caracas han sido escenario nuevamente de estos desmanes de la ultraderecha direccionada desde EEUU. El pueblo caraqueño ha sabido enfrentarlo, sin caer en provocaciones y manteniendo en alto

la conciencia. A la prédica contumaz de una prensa tarifada, antirrevolucionaria, se opone con pasión la voz del barrio, de la urbanización, de la fuerza organizada, que ha logrado derrotar en diversas ocasiones la falsedad vertida por esos medios vendidos al mejor postor. Hay que seguir en este empeño, al enfrentar esta guerra multimodal con la mayor pasión, al enarbolar siempre las banderas de la paz. Al empuje de las fuerzas imperiales y de sus acólitos internos en nuestro país, debemos oponer toda la sapiencia y el vigor de la madre del barrio, del obrero y de los estudiantes y deportistas, que todos a una podemos derrotarlos.

Ciertamente, Caracas fue declarada Territorio de Paz, y ello tampoco es un slogan, sino una expresión verdadera y contundente que se testimonia en el hecho diario, en la actitud de defensa que el caraqueño hace de su territorio, actitud esta que se replica con afán en otros tantos lugares del país, como fue en el caso del Táchira en las jornadas de febrero de este año: no lograron pasar, ni pasarán nunca... Seguiremos empeñados en esta lucha, anclados en la fortaleza que nos da la unión cívico-militar y en la formación de una conciencia histórica que tiene a Caracas como insignia, como ejemplo a seguir por todas las luchas que este pueblo –ayer y hoy– ha llevado adelante por preservar nuestra independencia. ✎

El barrio vive, la patria sigue...

■ Antonio González Antías

Venezuela vive un tiempo histórico estelar. Nada pretenciosas ni altisonantes son estas palabras, pues en otras etapas de su vida el país ha sido, igualmente, una referencia de interés en el concierto mundial: basta con poner como ejemplo la participación de nuestra patria en las jornadas libertadoras de las tres primeras décadas del siglo XIX, cuando las armas nacionales recorrieron largos kilómetros para el alcance de la independencia de buena parte de Suramérica, con Bolívar, Sucre y Urdaneta a la cabeza pero también con un pueblo acompañante, dispuesto a todo por el alcance de la libertad.

Trayectoria que testimonia un hacer de siempre, donde las expresiones de la solidaridad, la fraternidad y la unidad no son términos huecos, endeables, sino palabras con contenido amplio y profundo en la tarea de buscar el bienestar del

pueblo, del pueblo todo. El gran ductor de la revolución bolivariana, Hugo Chávez, así lo comprendió y fue determinante en esa búsqueda, agotando todos sus esfuerzos en ese propósito.

El barrio nuestro de cada día

Como él mismo lo expresó en más de una oportunidad: ¡hay que llegar a las catacumbas del pueblo! Y efectivamente así ha sido, aún cuando queda mucho camino por recorrer en este hacer sin pausa. Las palabras del Comandante no cayeron en saco roto, y en cada rincón, cada barrio y cada urbanización cobra fuerza el rol participativo y protagónico de las comunidades, de los diversos colectivos que hacen vida en ellas. Desde Lídice o Chapellín, en Caracas, Barrio a Juro en Higuero o hasta Los Troncales en Barcelona, la realidad pujante de los barrios es contundente.



« *...¡hay que llegar a las catacumbas del pueblo! Y efectivamente así ha sido, aun cuando queda mucho camino por recorrer en este hacer sin pausa* »

Es, ciertamente, la vida de todos los días con su carga de problemas a lo extenso de nuestras calles, ahora con mayor fuerza ante la arremetida de sanciones imperiales que debemos soportar, pero que enfrentamos con la más profunda conciencia y decisión: esta posición –precisamente– es la que el imperialismo y sus tarifados acá en Venezuela no han sabido o no han querido comprender. Y es que a esta guerra multimodal a la cual nos tienen sometidos, en la cual han probado mil y una formas de quebrantar la conciencia del pueblo, la hemos sabido enfrentar victoriosos siempre con nuestra reserva moral por delante, con un presidente como Nicolás Maduro que ha sabido interpretar la hora del pueblo, la tarea de las comunidades, en función de cimentar con mayor fuerza las bases revolucionarias en lo económico, lo político y lo educativo, principalmente esto último, pues sin educación estamos sujetos a caer fácilmente en las garras del dominio del imperio y sus transnacionales, con las corporaciones mediáticas haciendo su trabajo de maneja-

res del mensaje antirrevolucionario.

Pero en cada pueblo, barrio y urbanización están ojo avizor las comunidades vigilantes y, como dijimos, la revolución no sólo se defiende con el enfrentamiento directo, frontal, contra el enemigo, sino con el trabajo productivo, la educación y el desarrollo todo del ser cultural en todos los ambientes y momentos. No basta con atender la carencia distribuyendo la caja Clap, hay que buscar también al anciano que requiere de medicinas, a la mujer embarazada o al joven desprotegido. Hay que profundizar en las reuniones colectivas, en las lecturas, en los cine-foro y en el deporte. Es imprescindible la discusión constructiva, ideológica, que nos permita comprender con mayor amplitud el proceso que vivimos.

Solidarios siempre

Si usted va un fin de semana a cualquier barrio caraqueño, se dará cuenta de dos cosas: primero, que todos son iguales y, segundo, que todos

son activos, dinámicos, en su afán de colaborar –dependiendo de sus necesidades– en la solución de los problemas de salud, educación, vivienda y seguridad. Y es aquí donde se manifiesta contundentemente el protagonismo y la participación. Es el barrio haciendo, resolviendo, buscando soluciones, pero al mismo tiempo exigiendo la presencia de las autoridades de todo nivel. Se trata de la concreción efectiva, en los hechos, de las comunidades ejerciendo el poder, pero no el poder jerárquico, de mando, sino el poder hacer, llevar a la realización los postulados socialistas.

El país ha estado sometido a una arremetida implacable de los factores atados a las ansias capitalistas, y no han tenido compasión alguna cuando diseñan sus planes de ataques a Venezuela; ya en lo diplomático, en lo político, en lo económico y hasta en lo bélico. De ello hemos tenido amplia experiencia en los años recientes, pero con paciencia y conciencia los hemos doblegado. Contra las bases militares estadounidenses en territorio colombiano, oponemos las innumerables Bases de Paz en nuestra amada Venezuela. Y así seguiremos, pues nuestras comunidades incrementarán cada vez más su deseo porque esa paz permanezca, pero no en una actitud contemplativa, sino a través del trabajo, de la educación y del desarrollo cultural en todos sus aspectos.

El trabajo colectivo construyendo una acera, levantando una casa o erigiendo una cerca, no es solamente un hecho material, sino constituye también la excusa para manifestar la solidaridad y el acuerdo entre todos, para alimentar nuestros propósitos de ser y hacer patria, para expresar nuestro amor por nuestros padres, hijos, cónyuges y vecinos. Igualmente es excusa para prender la rumba de fin de semana, oír nuestra música y deleitarnos con una olla de hervido colectivo. Estas cosas no la entienden algunos, pero si alguna vez dimos muestra de ello fue cuando el ataque eléctrico que propició un apagón nacional, y en cada rincón de Venezuela flotó una palabra con mucho contenido: *solidaridad*.

Así que mientras el barrio viva, exista y tenga el fuelle suficiente para aguantar cualquier embestida, venga de donde venga, la patria seguirá su rumbo hacia la búsqueda de la felicidad manifestada en el logro de la hechura material del pueblo, mejor salud y educación para la mayoría. Hacia allá vamos... y también vamos hacia la concreción de la unidad latinoamericana-caribeña, tarea que debemos cumplir a todo trance para responder a las pretensiones imperialistas que quieren convertir nuestra Patria Grande en un apéndice de sus apetitos económicos y políticos, despojarnos de nuestras tierras ancestrales y de nuestro bagaje cultural. ✎

Personajes

EEUU contra Miranda

■ José Gregorio Linares

Francisco de Miranda participó activamente en apoyo a la independencia de Estados Unidos. En el ajedrez de alianzas y enfrentamiento entre potencias rivales, combatió como oficial del ejército español en batallas decisivas contra Gran Bretaña, como la de Pensacola en 1781, al final de la cual fue ascendido a teniente coronel en reconocimiento a su brillante desempeño. Ahora bien, ¿ayudó el gobierno de EEUU a Miranda cuando este solicitó ayuda para la independencia de Suramérica? ¡No!, veamos los hechos.

Miranda vuelve a EEUU dos años después de la Batalla de Pensacola. Permanece en el país desde junio de 1783 hasta diciembre de 1784. Al respecto cuenta John Adams (Presidente desde 1797 hasta 1801) que el «General Miranda vino a los Estados Unidos, cruzó, si no todos nuestros Estados, al menos un gran número de ellos, fue

presentado al General Washington (presidente de EEUU desde 1789 hasta 1797). Adquirió la reputación de ser un gran estudioso de los clásicos, un hombre de conocimiento universal, un gran general con el dominio de todas las ciencias militares, lleno de sagacidad, una mente inquisitiva con una insaciable curiosidad, que sabía más sobre las campañas, asedios, batallas y escaramuzas que pudieron haberse producido durante toda la guerra que cualquiera de nuestros oficiales o cualquier político de nuestras asambleas».

Pero Adams se queja. Le incomoda que para entonces en Miranda «su tema de conversación permanente era la independencia de Sudamérica, su inmensa riqueza, sus recursos inagotables, su innumerable población, su impaciencia bajo el yugo de España, y su disposición a qui-



1



Sus propósitos de independencia e integración chocaron con el proyecto imperial y hegemónico de la élite anglosajona estadounidense



tarse de encima esta dominación española».

A Adams le desagradaba enormemente la influencia ejercida en aquella época por Miranda entre la juventud estadounidense más radical e idealista. Expresa: «es seguro que él (Miranda) llenó la cabeza de muchos jóvenes oficiales de visiones esplendorosas de riqueza, libre comercio, gobierno republicano, etc., en Sudamérica». Añade que por fortuna, con el pasar del tiempo algunos se arrepintieron del desvarío. Expresa que uno de ellos «reconoció, con evidente humillación y tristeza, que era uno de los que se habían dejado arrastrar por el entusiasmo de moda y había estado encantado con las ideas de riqueza, gloria y libertad que la independencia de América del sur representaba».

En 1786, a dos años de la visita de Miranda donde tanto habla de la «independencia de Sudamérica», Thomas Jefferson (quien llegaría a ser presidente de EEUU entre 1801 y 1809) escribe en carta confidencial sus alegatos contra Miranda. Expresa: «Nuestra Confederación debe ser considerada como el nido desde el cual toda América, así la del Norte como la del Sur, habrá de ser poblada. Más cuidémonos de creer que interesa a este gran Continente expulsar a los españoles. Por el momento aquellos países se encuentran en las mejores manos, y sólo temo que éstas resulten demasiado débiles para mantenerlos sujetos hasta que nuestra pobla-

ción haya crecido lo suficiente para irselos arrebatando pedazo a pedazo».

Pero Miranda insiste. En 1798 le escribe a John Adams solicitando apoyo al proyecto independentista suramericano. Le requiere: «Espero que el pequeño auxilio que necesitamos para comenzar, y que se reduce a seis u ocho navíos y cuatro o cinco mil hombres de tropa, lo hallaremos fácilmente tanto en Inglaterra como en América. Mis deseos serían que la Marina fuese inglesa y las tropas de tierra, americanas. ¡Quiera la Providencia que los Estados Unidos hagan en 1798 por sus Compatriotas del Sur lo que el rey de Francia hizo por ellos en 1778!». No hubo respuesta a su petición.

Miranda no se rinde. A pesar de la reticencia norteamericana a apoyarle, a finales de 1804 vuelve nuevamente a EEUU y se queda hasta comienzos de 1806. Busca otra vez apoyo a su causa. Visita al secretario de Estado James Madison y al presidente Thomas Jefferson. En EEUU organiza la expedición para liberar Venezuela y con ello dar inicio a la independencia de toda Suramérica. Pero tuvo que valerse de inversionistas privados cuyos intereses eran exclusivamente comerciales, y acepta tratos leoninos para lograr los objetivos. No recibió ayuda alguna de parte del gobierno. De hecho los financistas que se involucraron en la expedición fueron condenados a prisión, según el

tribunal por «poner en pie e iniciar con hombres y armas una cierta empresa o expedición, a ser ejecutada desde los Estados Unidos contra los dominios de un príncipe extranjero: a saber, los dominios del Rey de España; cuando dicho Rey de España estaba en paz con los Estados Unidos». Asimismo, cuando el presidente Jefferson es denunciado por sectores aún más reaccionarios por el supuesto delito de darle apoyo a Miranda, su respuesta es terminante: «Que la expedición de Miranda fue autorizada por mí es una absoluta mentira, la haya dicho quien quisiera. Saber tanto como pudiéramos sobre ella era nuestro deber, mas no así darle apoyo».

En conclusión, la élite estadounidense pensó en términos de imperio en potencia. No quería apoyar la independencia suramericana hasta tanto EEUU estuviera en capacidad de capitalizar los beneficios. Así, guardaron distancia frente a los planes independentistas de Miranda. No le dieron el apoyo solicitado y neutralizaron a los partidarios de respaldarlo.

Además, los dirigentes de EEUU conocían los planes integracionistas de Miranda. Su proyecto de crear una gran nación llamada «Colombia» (en homenaje a Colón) que comprendía a todas las posesiones españolas, desde el Misisipi hasta la tierra del fuego. Esto iba en contra de su afán expansionista en pleno desarrollo. Por razones geopolíticas los angloamericanos eran opuestos a la idea mirandina de unidad de Hispanoamérica pues en ello veían un escudo contra sus pretensiones hegemónicas hemisféricas.

También sabían que Miranda no se sometería a sus designios y que luchaba por alcanzar la plena independencia de «Colombia». Le había escrito a Manuel Gual (diciembre de 1799) que los patriotas suramericanos lograrían sus propósitos independentistas «sin que la dominación de una potencia extranjera cualquiera pretenda fijarse o mezclar su autoridad en el país; ¡porque en tal caso seremos la codicia y muy luego el despojo de todas las demás que teniendo una fuerza marítima cualesquiera querrán también tener parte en la división».

Así que Miranda, quien tanto ayudó a EEUU en su lucha por su independencia, no recibió jamás apoyo a sus planes independentistas. Sus propósitos de independencia e integración chocaron con el proyecto imperial y hegemónico de la élite anglosajona estadounidense. De modo que de parte de EEUU no hubo solidaridad ni retribución hacia Miranda, un hombre que tanto había hecho por la independencia de EEUU; un hombre que estaba dispuesto a darlo todo por la libertad, no solo de su Patria sino de EEUU y del mundo entero si ello era necesario.

Ahora, la lucha que mantiene el pueblo venezolana por su segunda y definitiva independencia es sometida al acoso imperial estadounidense. Esto les recuerda a los pocos gobernantes de EEUU que hayan estudiado un poco de historia, que los venezolanos continuamos luchando con la misma tenacidad de Miranda y que al igual que él no nos rendiremos. ✎

Publicado el 08 de noviembre de 2019

Simón Rodríguez recorre Suramérica

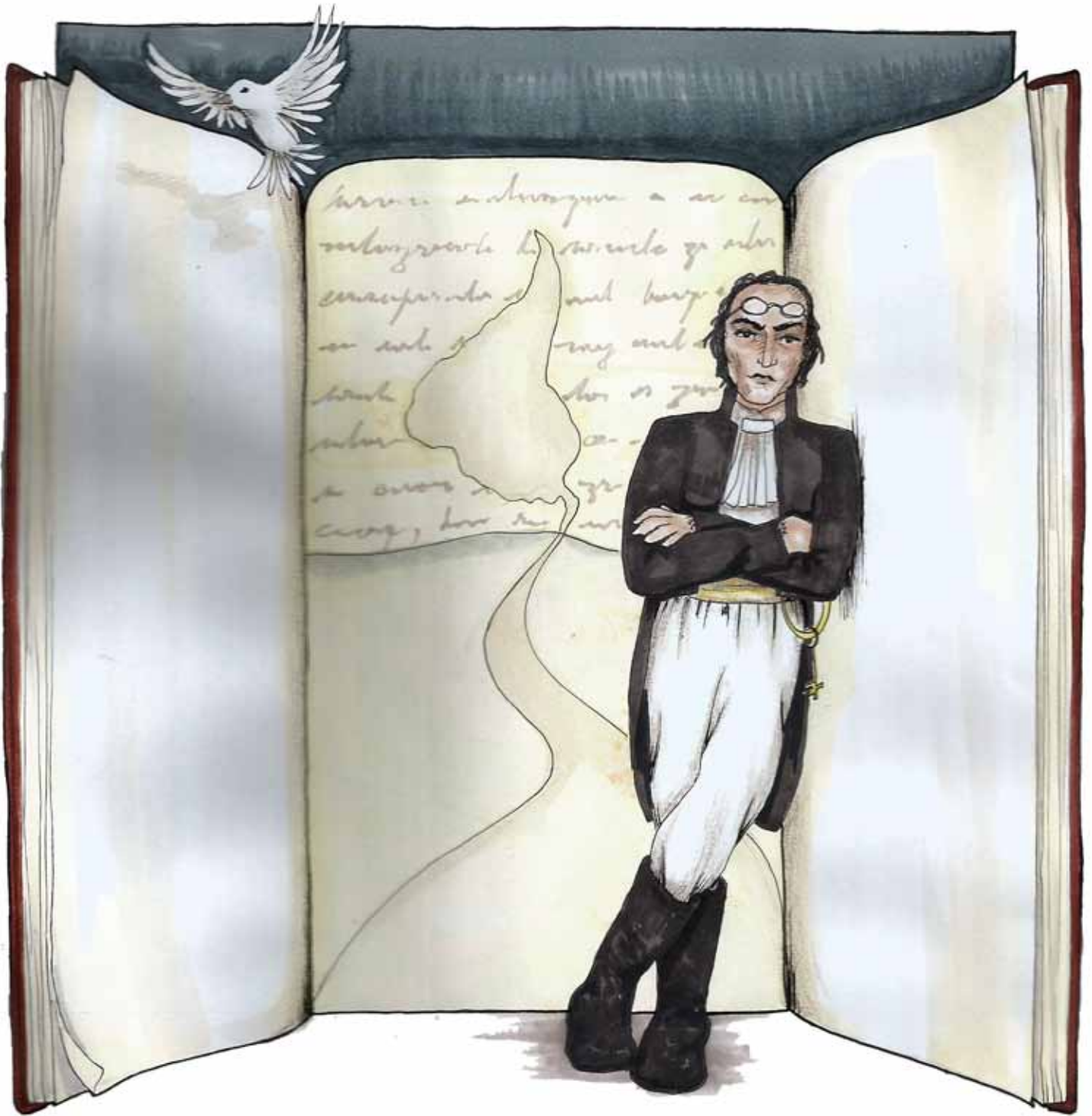
■ José Gregorio Linares

Son tiempos de insurrección y resurrección en todo el hemisferio. Un fantasma recorre América Latina: es el fantasma de Simón Rodríguez. Ha resucitado y emerge de entre las catacumbas de la historia y hoy está presente en las luchas por la justicia social que impulsan los pueblos suramericanos. Desanda nuevamente los caminos que recorrió en vida. Otra vez se rebela contra el sistema de opresión y de nuevo nos señala el camino hacia la victoria que han de seguir las naciones en rebelión. Las que de nuevo desafían con gran coraje a las élites y a los imperios en este alborear del siglo XXI.

Simón Rodríguez, desde muy joven, asumió que la compasión ante el sufrimiento del otro y la solidaridad es la base de la vida plenamente humana y de la verdadera política; por tanto: «Es menester ser muy sensible para convertir el mal ajeno en propio y compadecer en lugar de lastimarse solamente». Para él nada justifica la

indolencia frente a las injusticias: «La insensibilidad es ignorancia de sentimientos», afirmaba. Por eso se puso del lado de los que sufren: los esclavizados, los indígenas, los pardos, los pobres, los explotados, los niños y niñas, los expósitos. Por eso fraguó el plan de creación de una Nueva Sociedad, fundada en un proyecto político original donde prevalece la justicia, la equidad, la libertad, la fraternidad y la propiedad para las mayorías, cuyo lema es: «Que cada uno vea en los intereses del prójimo los suyos propios».

Hoy Simón Rodríguez vuelve a Suramérica. Recorre los mismos países donde estuvo: Venezuela, Chile, Bolivia, Perú, Colombia, Ecuador. A cada uno le deja un mensaje ajustado a los nuevos tiempos. Al llegar a Venezuela, su patria, se emociona porque hoy como en su época, se encuentra con un pueblo insurgente que se enfrenta a las potencias imperiales que nos acosan y a los





Al llegar a Venezuela, su patria, se emociona porque hoy como en su época, se encuentra con un pueblo insurgente que se enfrenta a las potencias imperiales...



enemigos internos que nos adversan.

Insiste en que en estos críticos momentos debemos fortalecer la alianza gobierno-pueblo, único camino para garantizar las conquistas sociales e impulsar el avance revolucionario: «Debemos emplear medios TAN NUEVOS –afirma– como es NUEVA la idea de ver por el bien de TODOS, donde la misión del Gobierno sea cuidar de TODOS sin excepción, para que... cuiden de sí MISMOS después, y cuiden de su GOBIERNO».

Ante la escasa producción en el país de bienes fundamentales para garantizar el bienestar del pueblo y la soberanía nacional, nos exhorta. «Si quieren que la revolución política les traiga verdaderos bienes, hagan una revolución económica y empiéncela por los campos; de ellos pasarán a los talleres y diariamente notarán mejoras que nunca conseguirán empezando por las ciudades. Venzan la repugnancia a asociarse para emprender y el temor de aconsejarse para proceder».

Le llama la atención la mediocridad y la felonía de quienes se oponen al Gobierno Bolivariano.

«Sedientos de venganza se jactan de ser enemigos. Condenan sus principios, trastornan, alborotan. Unos toman el partido de callar, otros el de instigar sordamente, y los más comprometidos salen a hacer, en países extraños, el papel de ilustres desgraciados».

Se indigna con lo que ve en Chile. Un gobierno indiferente ante las penalidades de su pueblo, que en vez de asistirlo lo reprime salvajemente, como en los tiempos de Pinochet. Les reclama: «Todos huyen de los POBRES, los desprecian y los maltratan». Observa a un gobierno que aplica la siguiente máxima: «Levantar el palo para mandar y descargarlo para hacerse obedecer». Un gobierno que olvida que «las necesidades piden satisfacciones. Las satisfacciones piden cosas que satisfagan. Y las cosas que han de satisfacer piden medios de adquirirlas».

Rodríguez destaca que el Gobierno chileno se niega a dar acceso educativo a los sectores populares. Todo lo contrario de lo que él pedía: «DÉNSEME MUCHACHOS POBRES. Para hacer repúblicas es menester gente nueva; de la que se llama decente lo más que se puede conse-

guir es que no ofenda».

Pasa por Bolivia donde nuevamente ha triunfado el pueblo. Y ello ocurre porque Evo Morales asume que se gobierna «para dar de comer al hambriento, para dar de vestir al desnudo, para dar posada al peregrino, para dar remedio al enfermo y para distraer de sus penas al triste». Allí está la clave de su triunfo: «hacer menos penosa la vida». A lo largo de la revolución se ha fortalecido la conciencia de clase, y hoy son mayoría los «que conocen sus derechos, cumpliendo con sus deberes, sin que sea menester forzarlos ni engañarlos».

En Perú aspira a que llegue al poder un movimiento social dirigido por hombres de alta moralidad: «no debe confundirse con escrúpulos monásticos ni gazmoñería», sino con un elevado sentido de la ética como marco desde donde debe desarrollarse la política. Se alarma de que allí reine la corrupción administrativa y, además, la xenofobia contra los venezolanos, pueblo que garantizó la Independencia del Perú en el siglo XIX. Se olvidan los peruanos de que al llegar al Potosí Bolívar, en 1825, declaró: «¡Cuánto no debe ser nuestro gozo al ver tantos millones de hombres restituidos en sus derechos por nuestra perseverancia y nuestro esfuerzo, por haber traído victorioso el estandarte de la libertad desde las playas ardientes del Orinoco».

En Colombia, dice que la oligarquía santandereana no entiende que el monopolio de su poder está en disputa, que más temprano que tarde el pueblo insurrecto ocupará la Casa de Nariño porque «el país no es, ni será jamás, propiedad de una persona, de una familia, ni de una jerarquía, ante familias y jerarquías que se creen dueñas no solo del suelo sino de sus habitantes».

En Ecuador, le dice a Lenín Moreno: «Pensemos en los indios». Le indica que no es posible imponer una política económica que lesiona al pueblo sin que éste se levante porque: «Cuando una reforma se ha hecho necesaria, y ha llegado el momento de efectuarse, nada la impide y todo la sirve. Si las revoluciones se hicieran amigablemente, el historiador no tendría que recordar desgracias: el bien se obtiene por medios violentos, como el mal se hace por usurpación; todavía no se conoce otro Soberano que la fuerza».

Simón Rodríguez recorre Suramérica. En sus tiempos fue derrotado por las oligarquías, que lo calumniaron y lo acosaron. Hoy resucita. Y si en su época «lo enterraron sus coetáneos de limosna», ahora «vive entre nuestros contemporáneos con honores». No olvidemos su precepto: «Los hombres han venido al mundo a entreatayudarse. Piense cada uno en todos, para que todos piensen en él». ¡RODRÍGUEZ VIVE! 🗣️

Bolívar y las necesidades del pueblo

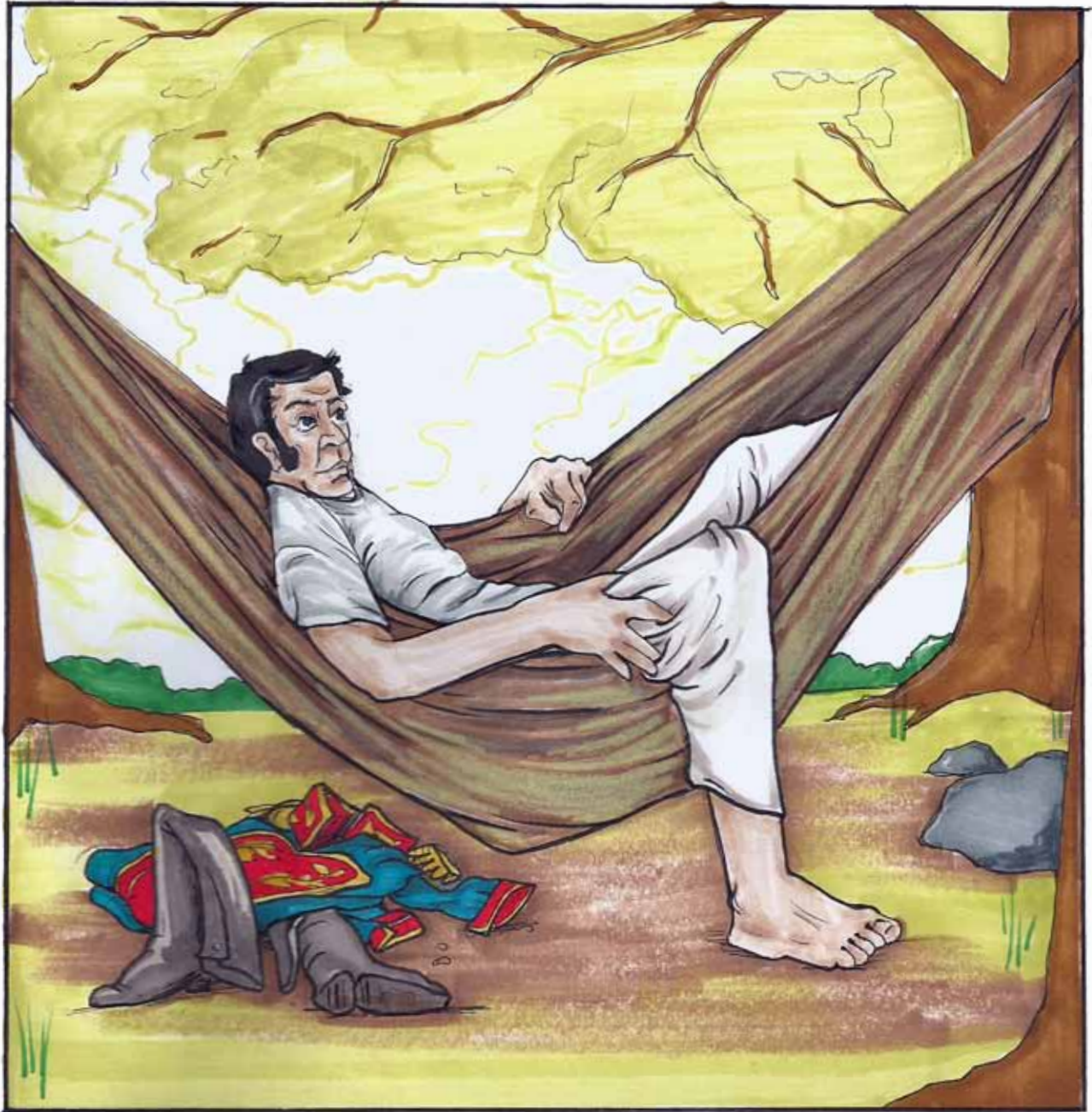
■ José Gregorio Linares

Bolívar se preocupó siempre por atender hasta las más mínimas necesidades del pueblo. No se distanció de los de abajo pese a su elevada posición social. A pesar del tiempo que le exigían los altos cargos, siempre dispuso de tiempo para oír al pueblo. Y a pesar de los contratiempos propios de la guerra fue sensible siempre al sufrimiento de los humildes. «Hacer bien no cuesta nada y vale mucho», decía.

Nunca se desentendió de la gente humilde ni subestimó sus necesidades. A la negra Hipólita, quien lo cuidó de niño, le fijó una pensión mensual de su propio peculio. Al enterarse de que pasaba trabajo y necesidades escribe a su hermana María Antonia una de sus epístolas más conmovedoras: «Te mando una carta de mi madre Hipólita, para que le des todo lo que ella quiera, para que haga por ella como si fuera

tu madre, su leche ha alimentado mi vida y no he conocido otro padre que ella». En comunicación dirigida al Vicepresidente de la República le ordena: «Disponga que a la señora madre del difunto coronel Luciano de Elhuyar se le dé mensualmente de mi sueldo la misma pensión que gozaba por el gobierno antes de ahora, mientras el gobierno tenga a bien determinar se le continúe de algunos de sus fondos». En otra comunicación le manda : «Disponga que a la viuda del señor coronel Villavicencio se le dé mensualmente una pensión por cuenta de mi sueldo correspondiente al total de doscientos pesos anuales».

Nada escapa a su atención, más aun cuando se trata de resolver las demandas de los humildes. Ante la petición de aumento de sueldo formulada por un empleado (15 de octubre de 1827), a





Bolívar con su prédica y su ejemplo nos enseñó que debemos ponernos siempre en los zapatos del pueblo. Que no podemos encumbrarnos e ignorar sus angustias



causa de «la carestía de los víveres y habitaciones» el Libertador responde: «atendiendo a tan justas razones he venido en acceder a su solicitud, asignándole el sueldo de quince pesos mensuales; o ciento ochenta anuales, que empezará a disfrutar desde el 1° del próximo noviembre.

Conocía los contratiempos de la tropa y se adelantaba a mitigarlos o evitarlos. Ordena que a los soldados que deben atravesar regiones calurosas «les lleven limones para que beban agua de limones con panela o miel, todo para evitar el mal clima y el calor excesivo del día y el país». Sobre los pantalones para los soldados le expresa a Sucre: «Dé Ud. orden al comandante de Puerto Cabello que haga agrandar los pantalones que, por muy pequeños, no sirven a la

tropa». Y siempre buscó recompensar materialmente sus esfuerzos. Propuso donarles tierras para garantizar la prosperidad del pueblo comprometido con la causa. Destaca: «Los soldados del ejército libertador eran demasiado acreedores a las recompensas del gobierno para que hubiese podido olvidarlos». Insiste en que este decreto no sea retardado en su cumplimiento ni desnaturalizado en su intención. Ordena: «Las formas legales deben mantenerse lo más cortas y simples que se pueda, evitando el peligro de distribuir bonos en lugar de tierras».

De igual manera para enfrentar la situación de miseria en que vivían los indígenas emitió una serie de decretos. Bolívar exige (16 de enero de 1821) que se respete la propiedad de los indíge-

nas, «que se ampare a estos indios. Siendo esta la voluntad del Gobierno porque así lo exige la justicia». Insiste, en febrero de 1821, en que el propósito del Estado es «procurarles una cómoda y fácil subsistencia». Y agrega: «En cualquier caso de duda, consulte Ud. el interés y ventaja de los indios».

Bolívar se preocupó por los seres más humildes y a todos trató de ayudar. Entendía el significado de la libertad para cualquier ser humano. Le ratifica a su apoderado Anacleto Clemente (29 de mayo de 1823) que a todos sus antiguos esclavos: «los he dado libres porque eran míos y he podido darles la libertad; así, ninguno quedará esclavo por ninguna causa ni motivo». Muchas veces debió defender a sus antiguos esclavizados de nuevos intentos de quitarles la libertad. El 26 de abril de 1827 debe salir en defensa de María Jacinta Bolívar. Dice: «Conste que a María Jacinta Bolívar, esclava de mi propiedad en la hacienda de San Mateo, le concedí la libertad, de que ahora goza, en el año de mil ochocientos veintiuno, después de la batalla de Carabobo. Libertad que ratifico por la presente carta dada en Caracas».

Bolívar es un modelo a seguir en materia de sensibilidad, altruismo y solidaridad. Por esta

razón se decepcionó tanto de Páez, insensible ante las penurias del pueblo. En 1828 al recibir noticias acerca de la crítica situación de Venezuela el Libertador expresa: «Las cartas de Caracas me afligen, todas me hablan de la miseria del país y del estado de muerte en que se hallan los negocios mercantiles y la agricultura: sólo el General Páez nada me dice de esto, seguramente porque los negocios suyos están en buen estado y poco le importa la pobreza pública».

Bolívar con su prédica y su ejemplo nos enseñó que debemos ponernos siempre en los zapatos del pueblo. Que no podemos encumbrarnos e ignorar sus angustias. Que, sobre todo en esta época –cuando producto del acoso contra nuestro país al pueblo se le dificulta acceder a los más elementales bienes y servicios–, quienes ocupan algún cargo deben entender su sufrimiento y comprender sus padeceres. Enfrentó la altivez y prepotencia de los dirigentes. Aconsejaba: «En política nada vale tanto y cuesta menos como las demostraciones de respeto y consideración; sobre todo cuando la superioridad es marcada». Solo así podremos buscar soluciones a las necesidades del pueblo y propiciar estrategias para que este pueblo asuma el protagonismo en las luchas contra la injusticia. Aprendamos de Bolívar: «Hacer bien no cuesta nada y vale mucho». ✎

Andrés Bello el caraqueño antiimperialista

■ José Gregorio Linares

Andrés Bello (1781-1865) era de origen humilde. En Caracas durante la colonia, mientras más cercana a la Plaza Mayor era la vivienda de alguien, más elevada era su posición social. Bello vivía bien lejos, en la periferia de la ciudad.

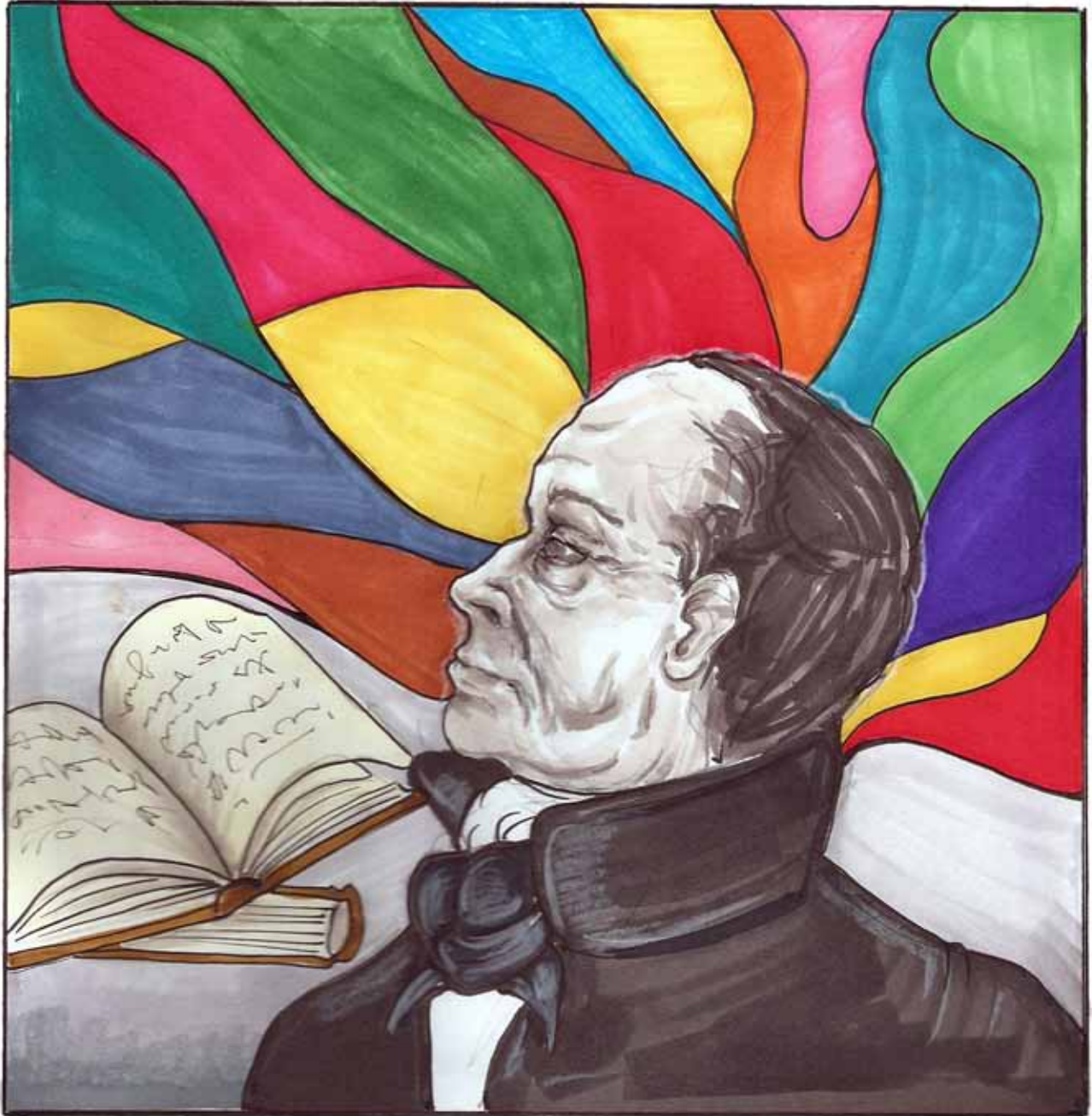
Ahora bien, si los intelectuales de la derecha supieran realmente quién fue Bello no le habrían colocado su nombre a emblemáticas instituciones íconos del pensamiento conservador como la Universidad Católica Andrés Bello, ni escribirían libros laudatorios acerca de este caraqueño como lo hizo Rafael Caldera. Por el contrario, lo ocultarían e intentarían que pasara inadvertido.

De igual modo, si los revolucionarios latinoamericanos tuviéramos una idea aproximada de quién fue Andrés Bello, seguramente lo estudia-

ríamos más acuciosamente, le tendríamos menos recelo y lo reconoceríamos, junto a Bolívar y Martí, como referente teórico fundamental en las luchas de nuestros pueblos por alcanzar la independencia, la integración, la identidad, la autodeterminación y la soberanía; temas en los que sentó cátedra. Formaría entonces parte del imaginario de la Revolución: su palabra estaría presta a inspirarnos.

Pensamiento anticolonial

En primer lugar debemos destacar que la poesía aparentemente bucólica de Andrés Bello tiene una intención política anticolonial. Se plantea la revalorización de Hispanoamérica, la reafirmación de lo nuestro como respuesta al menosprecio con que nos veían los colonialistas europeos, que preconizaban la creencia de



« *...si los revolucionarios latinoamericanos tuviéramos una idea aproximada de quién fue Andrés Bello, seguramente lo estudiaríamos más acuciosamente, le tendríamos menos recelo y lo reconoceríamos, junto a Bolívar y Martí, como referente teórico* »

que nuestra flora, fauna y habitantes eran de índole inmadura e inferior, o eran especies de- generadas en relación con las del viejo mundo, razón por la cual debíamos ser colonizados.

Para él, por el contrario, la naturaleza americana es más fecunda que la del Viejo Continente; y sus pobladores, gente grandiosa y promisoría. Para demostrarlo escribió *Silva a la Agricultura de la Zona Tórrida* (1826), en la que enalteció los frutos del trópico y a los ciudadanos habitantes de América del Sur «los que afortunados poseedores habéis nacido de tierra hermosa y de naturaleza bondadosa, donde es la libertad más dulce que el imperio».

Asimismo, Andrés Bello combate la transcultu- rización. Insiste en la necesidad de alcanzar lo que llama «autonomía cultural» e «independencia de pensamiento» frente al avasalla- miento colonial foráneo. Se propone fortalecer

la independencia intelectual de los americanos como requisito para el logro de la plena eman- cipación de América. Se pregunta: «¿Estaremos condenados a repetir servilmente las lecciones de la ciencia europea, sin atrevernos a discu- tirlas?» Exhorta a la juventud suramericana: «Aprended a juzgar por vosotros mismos; aspi- rad a la independencia de pensamiento».

Hoy más que nunca debemos avanzar en ese sentido, y liberarnos de cualquier tutelaje inte- lectual que nos impida ver con ojos propios la realidad que nos circunda. Subraya: «América desempeñará en el mundo el papel distingui- do a que la llaman la grande extensión de su territorio, las preciosas y variadas producciones de su suelo y tantos elementos de prosperidad que encierra».

Pensador antiimperialista

Andrés Bello fue, además, un decidido antiim-

perialista. Para los intelectuales europeos de la época como el francés E. Renán (1823-1892): «La conquista de un país de raza inferior hecha por uno de raza superior que se establece en él para gobernarlo, nada tiene de chocante. La ley de la vida es el reinado de los más fuertes, la derrota y la sumisión de los más débiles».

En contraposición con esta justificación del imperialismo, el venezolano Andrés Bello expresa: «En la república de las naciones, hay una aristocracia de grandes potencias, que es en la que de hecho reside exclusivamente la autoridad legislativa; el juicio de los estados débiles ni se consulta, ni se respeta». Denuncia: «El soberano que emprende una guerra injusta, comete el más grave, el más atroz de los crímenes, y se hace responsable de todos los males y horrores consiguientes: la sangre derramada, la desolación de las familias, las rapiñas, violencias, devastaciones, incendios son obra suya».

Frente a las justificaciones que siempre han alegado los imperios para someter a las naciones débiles a quienes acusan de constituirse en amenaza a su seguridad, responde con palabras que parecen dirigidas a Obama o Trump. Expresa: «No hay duda de que cada nación tiene derecho para proveer a su propia conservación y tomar medidas de seguridad contra cualquier peligro. Pero éste debe ser grande, manifiesto

e inminente para que nos sea lícito exigir por la fuerza que otro Estado altere sus instituciones a beneficio nuestro».

En relación con las alianzas entre naciones imperialistas para someter a las pequeñas naciones expresa unas ideas que parecen dirigidas a la OTAN y la Unión Europea. Se opone a estas confederaciones imperiales porque impondrían «una intervención demasiado frecuente y extensa en los negocios interiores de los otros Estados. Implicaría una supremacía irreconciliable con los derechos de soberanía de los demás Estados y con el interés general que traería los más graves inconvenientes».

En relación con la medida de invasión para evitar el ascenso y la difusión de las revoluciones expresa palabras que parecen dirigidas a los apátridas que piden a gritos la intervención. Dice: «Las intervenciones que tienen por causa o por pretexto el peligro de un contagio revolucionario ha sido siempre funesta, efímera en sus efectos, y rara vez exenta de perniciosos resultados».

Y ahora que ya EEUU buscan todo tipo de pretextos para invadir Venezuela, parece decirles: «Se llama pretexto las razones aparentemente fundadas, que se alegan para emprender la guerra, pero que no son de bastante importancia, y solo se emplean para paliar designios injustos». ☞

Sucre, pionero de los derechos humanos

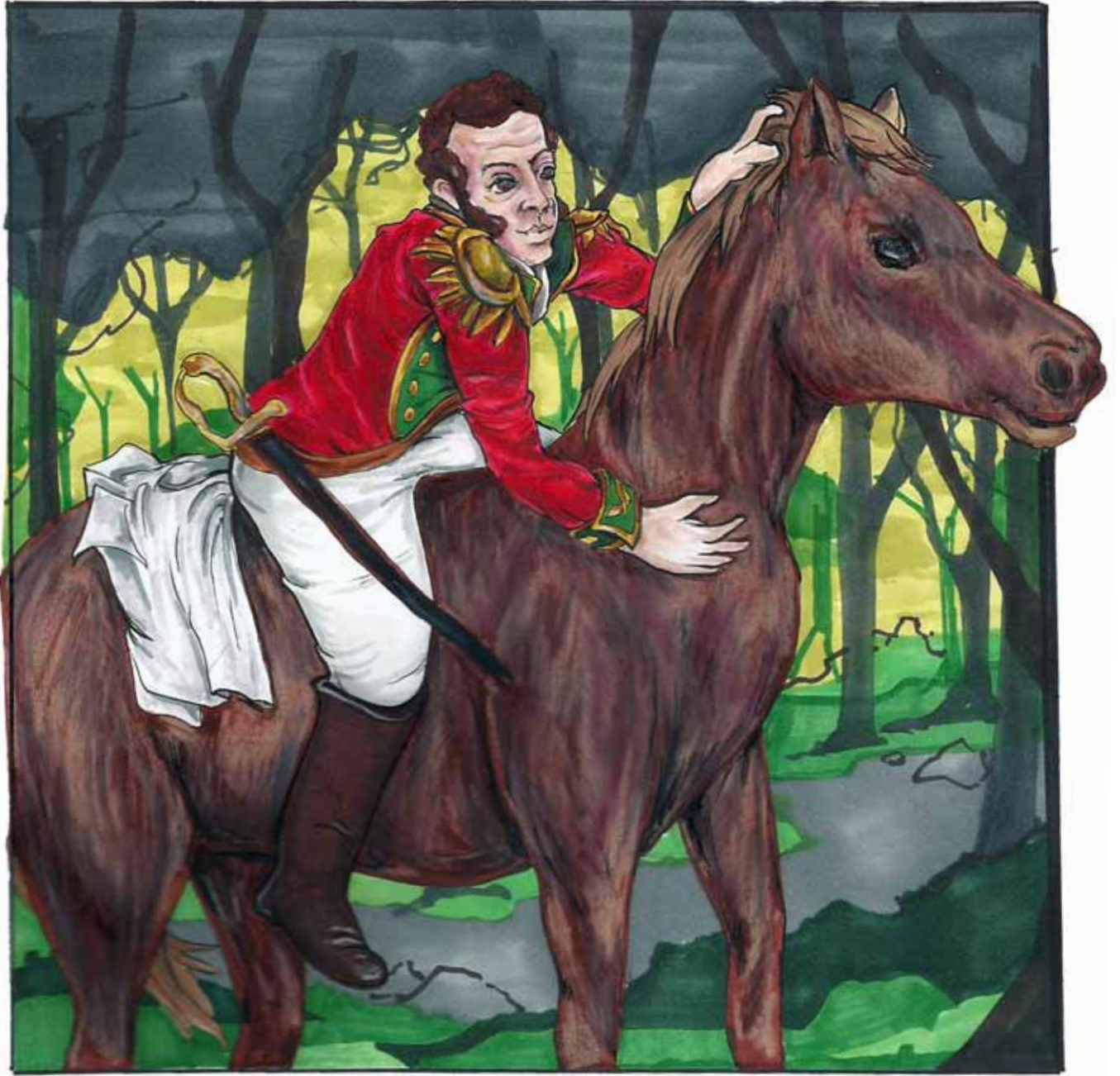
■ José Gregorio Linares

Antonio José de Sucre (1795-1830) es pionero en la defensa de los derechos humanos. Y es precursor de los derechos humanos en la circunstancia más difícil: la guerra. Cuando afloran las emociones más perversas y se cometen los actos más atroces en nombre de una causa. Cuando la propensión natural de los involucrados los lleva a justificar los más horrendos crímenes, a ensañarse incluso con los seres inocentes. Así, en medio de los horrores de la conflagración Sucre se erige en paladín de la humanidad, guardián de la justicia y protector de la vida. Es en palabras de Bolívar: «un copo de nieve sobre un charco de sangre».

1820: Tratado de Regularización de la Guerra

En lo más duro de la contienda, a instancias del Libertador, Sucre promueve el Tratado de Regularización de la Guerra, firmado en Trujillo el

26 de noviembre de 1820. Allí está el núcleo de su doctrina humanitaria y su alma pintada en el papel. Estipula unas cláusulas que enaltecen la condición humana: 1) La guerra entre España y las fuerzas patriotas se hará como la hacen los pueblos civilizados. 2) Todo militar tomado en el campo de batalla se guardará como prisionero de guerra y será respetado hasta lograr su canje. 3) Los heridos no serán prisioneros de guerra y serán curados. 4) Los militares o funcionarios que hayan desertado de sus banderas no pueden ser castigados con pena capital. 5) El canje de prisioneros será obligatorio. 6) Los habitantes de los pueblos que alternativamente se ocuparen por las armas de ambos gobiernos serán respetados y gozarán de absoluta libertad y seguridad. 7) Los cadáveres, en los campos de batalla, recibirán los últimos honores de la sepultura. El pacto es tan humanitario que el Libertador lo considera «digno del alma del





Triunfan Sucre y el ejército patriota. Los oficiales y soldados vencidos aguardan el castigo y no esperan menos que la humillación y la pena de muerte. Sucre en cambio les ofrece un trato decoroso y respeto por sus vidas



general Sucre... y el más bello monumento de la piedad aplicada a la guerra».

Ecuador, Perú y Bolivia:
«La victoria no da derechos»

El espíritu que anima a Sucre al redactar este pacto es el que mantiene vivo como militar y el que enarbola como gobernante, tanto como Presidente de Bolivia, Gobernador del Perú y principal héroe de la actual República del Ecuador. Guiado por el ideal que lo inspira, iza la bandera en defensa de los derechos humanos en momentos cuando como vencedor o como autoridad pudo haber recurrido al desquite y la represalia: después de las victorias en la Batalla de Pichincha (24 de mayo de 1822) que dio la libertad a Ecuador, de la Batalla de Junín (16 de agosto de 1824) que aseguró la independencia del Perú, al concluir la Batalla de Ayacucho (9 de diciembre de 1824) que selló la independencia de Suramérica; como Presidente de Bolivia entre 1825 y 1828; y en 1829 después de alcanzar el triunfo en la

Batalla de Tarqui (27 de febrero de 1829) contra un ejército anexionista opuesto al Libertador. La conducta de Sucre estuvo siempre apegada a la defensa incondicional de los derechos humanos de todos: partidarios y enemigos. «La victoria no da derechos», afirma.

En efecto, el héroe cumanés triunfa en la Batalla de Pichincha y ofrece una honrosa capitulación. Al respecto Bolívar escribiría: «Esa batalla consumió la obra del celo de Sucre, de su sagacidad, de su valor... aquellos pueblos veían en él su Libertador, su amigo; se mostraron más satisfechos del Jefe que les era destinado, que de la libertad misma que recibían de sus manos». (Resumen sucinto de la vida del general Sucre, 1825).

Luego se da la Batalla de Ayacucho, donde se ventila el destino de América. Al frente de las fuerzas realistas se encuentra el virrey del Perú José de La Serna, y comandando las republicanas está Antonio José de Sucre con apenas 29 años de edad. Triunfan Sucre y el ejército patrio-

ta. Los oficiales y soldados vencidos aguardan el castigo y no esperan menos que la humillación y la pena de muerte. Sucre en cambio les ofrece un trato decoroso y respeto por sus vidas. «Sucre nos concedió la más bella y honrosa capitulación de que se tenga noticia en los anales de la guerra», expresó La Serna.

Luego del triunfo de Ayacucho, y siguiendo instrucciones de Bolívar, Sucre entra en el Alto Perú (hoy Bolivia) el 25 de febrero de 1825. Convoca una Asamblea Popular el 9 de julio donde se firma el Acta de la Independencia, que lleva fecha del 6 de agosto de 1825. Nace Bolivia. Entre 1825 y 1828 será su Presidente. Luego renuncia. En su mensaje de despedida declara: «No he hecho gemir a ningún boliviano: ninguna viuda, ningún huérfano solloza por mi causa; he levantado del suplicio porción de víctimas condenadas por la ley; y he señalado mi gobierno por la clemencia, la tolerancia y la bondad. Para formar a Bolivia preferí el imperio de las leyes a ser el tirano o el verdugo que lleva una espada pendiente sobre las cabezas de los ciudadanos». Propone que se gobierne «sin que el estrépito de las bayonetas esté perennemente amenazando la vida del hombre y asechando la libertad» (2 de agosto).

Sucre contra el tirano y el verdugo

Hoy los patriotas de toda América Latina de-

bemos enaltecer la figura de Sucre, difundir su pensamiento y celebrar fervorosamente los doscientos años del Tratado de Regularización de la Guerra, núcleo de su doctrina humanitaria. La que hoy es mancillada en Bolivia, Ecuador y otras naciones, donde las bayonetas están perennemente amenazando la vida y asechando la libertad. Donde hoy sus proclamas solo pueden leerse en la clandestinidad porque son un alegato contra sus gobernantes, que llevan una espada pendiente sobre las cabezas de los ciudadanos. Donde cualquiera que cite sus textos es calificado de sedicioso. Donde el pueblo oprimido demanda clemencia, tolerancia y bondad. Donde su nombre se ha convertido en bandera en la lucha contra la represión y la injusticia.

Por consiguiente, los tiranos de estos países donde tanta gente solloza por su causa, no quieren que le recuerden a Sucre, que simboliza todo lo contrario de lo que ellos son. Dijo lo que ellos nunca podrán afirmar: «tengo mi conciencia libre de todo crimen». Sienten que éste les acusa de verdugos porque ignoran su consejo: «las armas que llevan son para proteger a la ciudadanía». Además, experimentan envidia porque de ellos la historia nunca dirá lo que Bolívar dijo de Sucre: «Como soldado fuiste la Victoria. Como magistrado, la Justicia. Como vencedor, la Clemencia. Como ciudadano, el Patriotismo. Como amigo, la Lealtad». ✎

Cipriano Castro en la Caracas insurgente

■ José Gregorio Linares

Durante el gobierno de Cipriano Castro (1899-1908) Caracas se convirtió en noticia de primera plana en todo el mundo. El 29 de octubre de 1900 se produce un fuerte terremoto que causa numerosas víctimas. Circula la versión de que el presidente Castro se encontraba en la Casa Amarilla y saltó desde un balcón hasta la calle usando un paraguas, lo que no evitó que sufriera una fractura. En 1902 un corto circuito en la zona 2 de la estación El Encantado dejó a oscuras a toda Caracas durante 103 horas. Pero ni el terremoto ni el apagón fueron la causa de que en la prensa internacional apareciera el nombre de Caracas y del presidente de la República.

Caracas en tiempos de Castro

La capital de Venezuela era para entonces una urbe modesta que crecía a un ritmo lento. En 1901 Castro fue autorizado a adquirir el Pala-

cio de Miraflores, propiedad de la familia de Joaquín Crespo, para convertirlo en mansión presidencial y sede del Poder Ejecutivo. A raíz del terremoto decidió alquilar Miraflores como residencia presidencial pues el palacio era una construcción antisísmica. En 1903 ordena también la construcción de Villa Zoila, en el suroeste de Caracas; y en 1904 la construcción del Cuartel de la Montaña, sede de la Academia Militar de Venezuela. En 1905 inaugura el Teatro Nacional de Venezuela, con capacidad para casi mil concurrentes. Por las calles de la ciudad era raro ver un automóvil; el primero llega en 1904, propiedad del Dr. Isaac Capriles. No es sino hasta 1907 que se inaugura el primer servicio de tranvías eléctricos de Caracas, con una primera ruta entre Las Flores y El Valle y otra ruta que lleva a los viajeros hasta El Paraíso, haciendo escala en la Plaza Bolívar.



« *...entre 1902 y 1903 el gobierno de Castro enfrenta a las potencias europeas que invaden nuestro territorio y pretenden cobrar supuestas deudas a la fuerza* »

En esta pequeña urbe no dejan de ocurrir hechos curiosos: en 1900 desfilaron encadenados los banqueros que se negaban a prestarle más dinero al gobierno. Durante el carnaval de 1901, con la intención de burlarse de Cipriano Castro, un grupo de estudiantes opositores de la universidad organizaron «La Sacrada», un supuesto homenaje a Alfonso Sacre, un personaje picaresco que se vanagloriaba de haber llevado a cabo grandes proezas militares. En 1907 casi por casualidad se descubre el original del Acta de la Declaración de Independencia de Venezuela, que estaba extraviada desde 1812. Pero tampoco estas noticias traspasaron las fronteras de nuestro país.

Castro se enfrenta a los imperialismos

Lo que sí hizo que Caracas pasara a estar en la palestra de la prensa mundial fue que el presidente Castro, primero desde la Casa Amarilla y luego desde el Palacio de Miraflores, se atreviera a enfrentarse al gobierno de Estados Unidos presidido por Teodoro Roosevelt (1901-1909) y

a desafiar a las potencias europeas que invadieron nuestro país en 1902-03. Los imperios estaban acostumbrados a que las pequeñas naciones se les sometieran.

Para esa época Estados Unidos llevaban a cabo la política imperialista del «Gran Garrote». El lema de Roosevelt era «Habla con suavidad, pero lleva contigo un buen garrote». Esto significaba la justificación de la fuerza bruta en la resolución de los conflictos internacionales con las naciones suramericanas y caribeñas. De este modo lograron: 1) La amputación del territorio de Panamá a Colombia en 1903 y la presencia militar norteamericana en la Zona del Canal; 2) La ocupación de Cuba a raíz de la guerra hispano-cubano-estadounidense de 1898 y la construcción de una base naval en su territorio (Guantánamo) en 1903; 3) La presión desmedida sobre Haití desde 1904 para que cancelase su deuda con potencias europeas sin evaluar su capacidad real de pago; y 4) La invasión gringa a República Dominicana y la incautación de sus aduanas en 1905.

Castro se opone a todo esto y junto a otros líderes del continente crea una confederación suramericana para enfrentar la agresión gringa. A lo interno, apenas llega al poder se replantea la política de impuestos para las compañías estadounidenses que explotan nuestros recursos. Impone nuevos tributos a la New York and Bermúdez Company, que explotaba el Lago Guanoco, el mayor depósito de asfalto del mundo. Esto le granjeó la repulsa de la Casa Blanca, que respaldó el movimiento opositor que liderizó la rebelión pro estadounidense denominada «Revolución Libertadora» entre 1901 y 1903.

Asimismo, entre 1902 y 1903 el gobierno de Castro enfrenta a las potencias europeas que invaden nuestro territorio y pretenden cobrar supuestas deudas a la fuerza. Gran Bretaña, Alemania e Italia en complicidad con Francia y Holanda, a nombre de los inversionistas de sus respectivos países conformaron una pérdida alianza y aplicaron la diplomacia de las cañoneras: disparaban primero y cobraban después.

Caracas insurgente

La respuesta del pueblo venezolano, en especial del caraqueño, no se hizo esperar. El pueblo sin distingos de clase o de ideología se organizó en milicias populares y salió a enfrentar al rubio invasor. Entre los más activos en la resistencia antimperial estaba «el médico de los pobres» José Gregorio Hernández, primero en incorporarse a las milicias populares. En su boleta de alistamiento se confirma que «El ciudadano

José Gregorio Hernández se halla alistado en la milicia de la Parroquia de Altagracia. Vive en la calle Norte 2, casa N° 36. Edad treinta y ocho años. Estado: Soltero. Profesión: Médico».

Los imperios se alarmaron con la osadía de los insurgentes caraqueños. De inmediato, desde la prensa extranjera lanzaron sobre el presidente de Venezuela una lluvia de epítetos: «Mono», «Orangután», «Pérfido», «Lúbrico», «Vulgar» eran algunas de las descalificaciones que empleaban contra él.

Los ánimos se fueron caldeando. Caracas se convirtió en epicentro de la resistencia antimperial. Desde EEUU se habló entonces de una posible invasión contra Venezuela, como las practicadas por el Tío Sam en el Caribe en aquella época. El presidente Roosevelt escribe una nota oficial donde afirma: «Sería bueno enviar a Venezuela varios barcos, sobre la marcha, y hacer los preparativos para despachar un transporte con marinos. Pienso también que el Comando Unificado debe preparar un plan de acción».

La historia se repite: hoy nuevamente Caracas se convierte en capital de la resistencia mundial. En la Casa Blanca saben que en Caracas hasta los santos más apacibles se convierten en bravos guerreros si la planta insolente del extranjero amenaza a nuestro pueblo. Saben también que si el despotismo levanta la voz, en toda Venezuela seguiremos el ejemplo que Caracas dio. ✎



Un recuerdo para el caraqueño Carlos Aponte

■ José Gregorio Linares

«¡Venezolanos, un recuerdo para Carlos Aponte, que no oigo hablar de él lo suficiente! Carlos Aponte es, nada menos, que un símbolo de la juventud de América en su lucha contra la opresión imperialista. ¡Obreros y estudiantes e intelectuales no tienen más sino que imaginar que en Caracas está, vivo en alientos y en impulsos, el espíritu indomable y el instinto inflexible de liberación de Carlos Aponte, el héroe americano!». Eso decía en su discurso sobre Carlos Aponte Hernández el boricua-cubano Pablo de la Torriente Brau (1901-1936) en marzo de 1936. Nos legó un avance de lo que hubiese sido esta biografía en distintos artículos de prensa que fueron recogidos en la obra *Carlos Aponte: Un peleador sin tregua*, texto que Fidel Castro catalogó de «libro electrificante que me ha multidimensionado la admiración hacia este gran hé-

roe nuestroamericano, al que deberíamos tener –más en estos días en que la hermana República Bolivariana es atacada económica-mediática e imperialistamente– en primera fila de los luchadores continentales».

¿Quién fue este caraqueño?

Ahora bien, ¿quién fue este caraqueño, de quien en Venezuela no se oye hablar lo suficiente, a pesar de que en otras naciones se le rinde un justo tributo? Carlos Aponte Hernández (1901-1935), fue un heroico internacionalista nacido en Caracas. Luchó contra Juan Vicente Gómez bajo la dirección del general Marcial Azuaje, de su hermano Elías Aponte y de Emilio Arévalo Cedeño; fue compañero de luchas de Julio Antonio Mella, Rubén Martínez Villena y Antonio Guiteras en Cuba; y coronel del ejército



«*...desarrollemos una campaña para investigar y difundir el pensamiento y la obra de este gran caraqueño antiimperialista*»

sandinista en Nicaragua dirigido por Augusto C. Sandino. Se enfrentó al imperialismo yanqui y los «tiranos nativos» en diferentes partes de Suramérica y el Caribe: Venezuela, Colombia, Cuba, Panamá, México, Honduras, Nicaragua, El Salvador, Perú, Ecuador y Chile. Murió en combate en Cuba en 1935, al lado del líder cubano Antonio Guiteras.

En Cuba y Nicaragua, buena parte de la gente, revolucionaria o no, conoce su trayectoria. Desafortunadamente, en Venezuela pocos conocen acerca de su vida, su obra y sus ideales. Ninguna avenida o calle, ninguna escuela, liceo o universidad, ningún batallón o cuartel, ninguna institución pública o privada, ninguna plaza o esquina, llevan su nombre. En ninguna parte se le ha levantado un monumento, se le ha erigido una estatua, un busto o por lo menos una

placa. Su fecha de nacimiento o muerte pasa inadvertida. Nadie ha propuesto que sus restos sean llevados al Panteón Nacional aunque solo sea simbólicamente. Nadie.

En Caracas donde nació, no se le cuenta entre sus hijos ilustres. En la parroquia La Pastora, (calle norte 10, casa Número 54) donde vivió su adolescencia y juventud, nadie le nombra. Ni siquiera la esquina donde estuvo su casa, lleva su nombre. En el llano venezolano, donde transitó al frente de guerrillas antigomecistas, el polvo de la desmemoria borró sus huellas.

Ni siquiera la mayoría de los revolucionarios están familiarizados con este personaje. Los militantes que le conocieron, solo eventualmente lo nombran en sus escritos o en sus discursos. Las nuevas generaciones de revolucionarios

prácticamente no lo conocen, por tanto no le mencionan ni le emulan. Entre los partidos de izquierda su nombre aparece oculto como el de muchos, entre las montañas de homenajes dedicados a otros socialistas de más custodiada memoria, porque también en la izquierda hay personajes de primera y de segunda.

La academia de orientación progresista ha hecho poco por visibilizar a esta figura cimera en las luchas antimperialistas suramericanas. En nuestro país, en los niveles de pregrado, maestría y doctorado, aun no se ha escrito una sola tesis centrada en este personaje. Ninguno de nuestros investigadores ha escogido este personaje como tema para sus estudios. En las revistas arbitradas y en los centros de investigación en ciencias sociales escasamente es nombrado Carlos Aponte Hernández. En Cuba y en Nicaragua, se le ha hecho un poco más de justicia, mas en nuestro país no oímos hablar de él lo suficiente.

La historiografía oficial de la oligarquía y el imperio no está interesada en destacar la figura de un venezolano revolucionario e internacionali-

ta como éste, ni siquiera en anatematizarla: el silencio y el olvido han sido sus armas. Los corifeos de una izquierda desmemoriada han hecho poco por exaltar «su vida, que por lo extraordinaria merece los honores de la inmortalidad». De modo que en este caso la «amnesia histórica», tan común en los pueblos neocoloniales, se extendió hasta borrar casi todo vestigio.

Venezolanos, ha llegado la hora de hacer justicia. Propongo que desde el alto gobierno bolivariano, y contando con el apoyo del Poder Popular, las universidades, los museos, el Centro Nacional de Historia Insurgente, la Oficina del Cronista de Caracas, las embajadas y las fuerzas revolucionarias venezolanas (partidistas, civiles y militares), desarrollemos una campaña para investigar y difundir el pensamiento y la obra de este gran caraqueño antiimperialista al que deberíamos tener –como se ha expresado– en la primera fila de los luchadores continentales. Para que en Venezuela, cuando más lo necesitamos, renazca, vivo en alientos e impulsos, el espíritu indomable y el instinto inflexible de liberación de Carlos Aponte, el héroe americano. ✎

La marxista María González

■ José Gregorio Linares

Siempre me he preguntado cuáles son las motivaciones que impulsan a un ser humano a luchar y sacrificarse por el ideal socialista. He pensado que la formación política ayuda a fortalecer la conciencia de clase y la voluntad. Pero desafortunadamente esto no lo es todo. Ha habido revolucionarios con una sólida formación doctrinaria que flaquean ante cualquier adversidad, mientras que otros con menos insumos teóricos siguen luchando en medio de las más adversas circunstancias. No quiero ser malinterpretado. La capacitación ideológica es fundamental para formar los cuadros políticos, pues como enfatiza Lenin: «sin teoría revolucionaria no hay movimiento revolucionario». Pero eso no lo garantiza todo. Se han visto casos de militantes con alto nivel teórico que en los momentos críticos se doblegan y traicionan. Una vez en la derecha blanden su arsenal ideológico para destruir o debilitar el movimiento socialista. Se comportan como los nuevos cristianos en tiempos de la inquisición: son más papistas que el Papa, es decir,

más reaccionarios que nadie. Hagan memoria y de seguro recordaran a más de uno.

Por otra parte, algunos piensan que el ejercicio constante de tareas en el seno del pueblo es la condición clave para acrisolar el compromiso socialista. Lamentablemente hemos visto como el «tareísmo» tampoco garantiza la entereza en coyunturas difíciles. Muchos militantes por falta de formación abandonan el camino revolucionario en tiempos críticos. No contaron con las herramientas doctrinarias y los argumentos para interpretar y transformar el mundo en que vivían. Se rindieron y después no quieren saber nada de política. Entonces, vuelvo a preguntarme: ¿cuáles son las motivaciones profundas que impulsan a un ser humano a vivir y sacrificarse por el ideal socialista?

Todo esto lo digo a propósito de una de las primeras marxistas venezolanas, hoy injustamente olvidada. Me refiero a la venezolana María



« *A sabiendas de los riesgos que ello implicaba, afrontó voluntariamente la misión de venir a nuestro país a fundar el Partido Comunista de Venezuela (PCV) y a organizar la resistencia antigomecista* »

González, obrera textil y tabacalera. Vivía en Nueva York a comienzos del siglo XX, y allí se hizo militante de izquierda. A sabiendas de los riesgos que ello implicaba, afrontó voluntariamente la misión de venir a nuestro país a fundar el Partido Comunista de Venezuela (PCV) y a organizar la resistencia antigomecista. Desafortunadamente fue descubierta por los esbirros de Juan Vicente Gómez. Según Eduardo Machado en el libro *Memorias de un General de la Utopía*: «La detuvieron frente a una fábrica textil en San José. Fue interrogada y torturada en la prefectura. Llegó a La Rotunda maltratada, casi sin poderse mantener en pie, llevada a rastras por dos policías. En uno de sus calabozos, llamado la antesala de la muerte, fue desnudada y colgada a una garrocha sujeta en el techo. Dos cancerberos famosos por su ferocidad fueron encargados de azotarla con vergas de toro para que hablara. Cuando recuperaba el conocimiento balbuceaba, suplicaba sobre sus dos hijos pequeños de quienes no tenía noticias. Pero ella no reveló nunca quiénes eran sus camaradas,

quiénes eran sus contactos ni la misión que cumplía. Pasó un año incomunicada, sometida a hambre y sed, sin oír ni ver nadie, sola con los grillos atenazados a sus pies». Allí murió, tenía 22 años. En este aniversario del nacimiento de Marx me pregunto: ¿cuáles fueron las motivaciones que impulsaron a esta noble trabajadora a inmolarse de tal modo por el ideal comunista?

Ahora la historia se repite: mucha gente humilde asume a plenitud razones para defender hasta con su vida la Revolución Socialista. Son motivos profundos y genuinos, difíciles de entender entre quienes no son capaces de encarnar un ideal y arriesgarse por otros. Estos motivos nos conectan con nuestra memoria ancestral, con todos los seres que han luchado sin perder la fe y la esperanza. Nos enlazan con camaradas como María González que en la soledad de su celda sabía que su consagración a la causa marxista no sería en vano, que pasado los años el fantasma del socialismo recorrería Venezuela. Y que ella, María González, entonces renacería, se multiplicaría, se haría multitud. »

El caraqueño Ilich Ramírez y la causa palestina

■ José Gregorio Linares

La causa del pueblo palestino tiene en el venezolano Carlos Ilich Ramírez uno de sus más consecuentes defensores. Los que no conocen la trayectoria internacionalista de los venezolanos se sorprenden cuando un compatriota aparece arriesgando su vida y dedicando sus esfuerzos por la liberación de un pueblo extranjero. Pero a lo largo de la historia han sido muchos los venezolanos para quienes la patria no se circunscribe al estrecho límite de su nación; ni sus ideales al espacio nacional.

Venezuela, trayectoria internacionalista

A comienzos del siglo XIX, por ejemplo, durante la gesta por la independencia fueron muchos los venezolanos que tomaron las armas para defender otros pueblos y otras naciones de Suramérica. No hubo batalla donde los venezo-

lanos no jugaran un rol estelar ni rincón donde no se jugaran la vida. En la mayoría de los casos una vez alcanzada la victoria se retiraron a su lugar de origen y no exigieron prebenda alguna por el sacrificio realizado.

Una vez liberado el continente, las islas de Cuba y Puerto Rico siguieron sometidas al yugo de España. Desde Venezuela se organizaron varias expediciones para darle la libertad a ambas islas. Después de que en 1859 se dio inicio a la guerra por la independencia en Cuba, de Venezuela salieron varias expediciones libertadoras. Muchos venezolanos regaron con su sangre el suelo cubano. Uno de ellos se llamó José María Aurrecochea (1842-1870). En 1870 es capturado y condenado a muerte. Éste como acto de última voluntad pide que le permitan enviar





Todos los luchadores internacionalistas están conscientes del peligro que corren, pero es mayor su amor por las causas de los pueblos



una carta a su papá, en la que le dice: «Padre mío, son las dos de la tarde; dentro de dos horas debo morir. En estos momentos os dirijo mis respetos y afectos. Abrazad a todos mis hermanos. No os aflijáis; muero por una causa justa. Si mis enemigos publican contra mí hechos que me manchen, ya sabéis que no debéis creerlos». De igual modo, a comienzos del siglo XX, cuando EEUU aplicaba la política del Gran Garrote, muchos venezolanos lucharon contra el saqueo foráneo a lo largo de todo el continente. Una de las figuras internacionalistas más influyentes en el continente fue el tachirense Francisco Laguardo Jaimes (1899-1929). Fue director de las revistas *Venezuela Libre* y *América Libre*, voceros del movimiento internacional de orientación socialista. Fue detenido en Cuba por la policía secreta, llevado al sitio denominado Pescante del Morro y lanzado al mar donde fue devorado por los tiburones.

Todos los luchadores internacionalistas están conscientes del peligro que corren, pero es mayor su amor por las causas de los pueblos. Así lo expresó Gustavo Machado: «Que los pueblos de América conozcan el espíritu de los revolu-

cionarios venezolanos y sepan que su lucha no se circunscribe a las fronteras estrechas de la tierra natal, que el espíritu que los anima es el mismo de los LIBERTADORES derramando sangre de libertad desde Colombia hasta Bolivia».

De entre estos internacionalistas quizás el más desconocido de todos, y probablemente el más temerario fue el caraqueño Carlos Aponte Hernández (1901-1935). No hubo nación que no asumiera como patria; ni injusticia que no quisiera reparar. Según su biógrafo Pablo de la Torriente Brau: «Tomó como escenario todo el continente. Solo utilizó su valor para ponerlo al servicio de las causas nobles y justas. El mismo instinto que le hacía desafiar la muerte, lo colocó siempre, sin una falta, al lado de la causa de los oprimidos». Murió en combate.

El caraqueño Ilich Ramírez

De modo que no es extraño que un revolucionario venezolano abrace una causa justa en cualquier lugar del planeta y esté dispuesto a correr los riesgos por semejante osadía. Este ha sido el caso de Carlos Ilich Ramírez, el combatiente por la causa Palestina. Nació en Caracas en la Clíni-

ca Santiago de León de Caracas en 1949. Es hijo de un comunista ortodoxo y una católica practicante. Su infancia transcurrió en Propatria. Desde niño recibió una educación marxista pues su padre se encargó directamente de su formación. Luego estudió en el Liceo Fermín Toro, hervidero de agitación revolucionaria. Aunque no militó en ningún partido de izquierda ni se unió a los guerrilleros, simpatizó con ellos.

Posteriormente ingresó a la Universidad Rusa Patricio Lumumba. Allí conoció de cerca la lucha del pueblo palestino y las atrocidades cometidas por el Estado de Israel. Entonces se afilió al Frente Popular para la Liberación de Palestina (FPLP), organización defensora de la causa Palestina. A partir de allí se incorporó a los distintos frentes de lucha: el pacífico y el armado. No se puede vencer a un enemigo desalmado solo con palabras; ni se puede derrotar un adversario que actúa al margen de la ley, si nos ajustamos rigurosamente al marco legal.

En 1994 Carlos Ilich fue secuestrado en Sudán por la policía de élite francesa con ayuda de la inteligencia estadounidense. Lo sacaron del territorio sudanés clandestinamente, violando todo derecho internacional. Lo montaron en un avión y lo trasladaron a Francia, donde fue confinado en una cárcel. Ha sufrido innumerables vejámenes y ha sido víctima de tortura psicológica que va desde interrupción sistemática del sueño, hasta su traslado desde la cárcel hacia

el juzgado en una especie de «tigrito», donde debe permanecer acurrucado durante horas.

Desde 1997 purga una condena de cadena perpetua en Francia y ha sido objeto de una campaña internacional de desprestigio donde se le califica de Chacal. ¿El pretexto? El homicidio de dos agentes de la Dirección de Vigilancia del Territorio (DST por sus siglas en francés), hecho ocurrido en 1975, cuando fue allanado el apartamento donde vivía. A lo cual se le agrega su presunta responsabilidad en cuatro atentados mortales cometidos en Francia en 1982 y 1983. ¿La causa real? Es un héroe de la causa antisionista, un luchador a favor de Palestina Libre. Uno de sus mayores defensores fue Chávez quien dijo: «Lo acusan de terrorista, pero Carlos fue un verdadero revolucionario. Yo lo reivindico, no me importa lo que digan».

Carlos Ilich Ramírez es un venezolano internacionalista, como lo fueron sus predecesores venezolanos. De él podemos decir: «su lucha no se circunscribe a las fronteras estrechas de la tierra natal, el espíritu que lo anima es el mismo de los Libertadores». Desde prisión nos repite las palabras de José María Aurrecochea: «si mis enemigos publican contra mí hechos que me manchen, ya sabéis que no debéis creerlos». Al igual que Carlos Aponte «solo utilizó su valor para ponerlo al servicio de las causas nobles y justas». ✎

Mario Sanoja e Iraida Vargas

■ José Gregorio Linares

Ha habido muchas parejas emblemáticas en los campos de la ciencia, el arte, la política y las humanidades. No es posible aludir a uno de los integrantes sin pensar en el otro. No podemos nombrarlo a él sin mencionarla a ella. Son hebras distintas de un mismo tejido. Por más diferencias que pueda haber entre ellos, son seres inseparables y complementarios. Uno al otro se pueden decir los versos de Mario Benedetti: «Si te quiero es porque sos mi amor, mi cómplice y todo; y en la calle codo a codo somos mucho más que dos». Y esto es así porque están unidos no solo por el lazo del amor, que puede ser frágil y mudable; sino por un amarre más permanente: el de las afinidades comunes y los proyectos compartidos.

Si revisamos la historia política de Latinoamérica con frecuencia nos encontramos con parejas unidas en el quehacer político: José María España y Josefa Joaquina Sánchez, Perón y Evita, Bolívar y Manuela. También hallamos parejas de artistas como Frida Kahlo y Diego Rivera. Menos comunes son las parejas intelectuales, al estilo de Simone de Beauvoir y Sartre. De entre

éstas, lo menos frecuente es encontrar las que asumen el reto de producir una obra intelectual que sea fruto del trabajo mancomunado de ambos. Tal es el caso de Mario Sanoja Obediente e Iraida Vargas. Cada uno por su lado ha producido textos fundamentales en el campo de las ciencias sociales, pero juntos, a dos manos, han escrito la mayor parte de su obra. En ella dejan traslucir su pasión por comprender y su necesidad de enseñar. Sus textos son brújulas que nos permiten orientarnos en la arqueología y la geohistoria de Venezuela, llenas de vericuetos y laberintos. Anuncian asimismo rutas para transitar hacia un porvenir «que mira y siembra futuro». El prestigio de ambos intelectuales traspasa nuestras fronteras. Sus nombres aparecen en ficheros de bibliotecas de todo el mundo; y son invitados a foros internacionales, donde es usual oír su voz que «sabe gritar rebeldía». Su prestigio no reside solo en su capacidad para la investigación acuciosa y para disertar ante públicos especializados, interesados solo en disquisiciones teóricas. Ambos son militantes socialistas, por tanto producen tácticas y estrategias para afianzar la Revolución y empoderar



al pueblo. No exigen grandes escenarios para el encuentro y el debate. Los han visto andar «con paso vagabundo» en los más disímiles lugares: en barrios apartados, en caseríos recónditos, en medio de grandes multitudes y entre pequeños grupos, con reconocidas personalidades y junto a las más humildes gentes. Divulgan su saber «en la calle codo a codo», acompañando a los que andan con «su llanto por el mundo».

Mario habla calmadamente, va entretejiendo argumento tras argumento hasta que arma un

sólido edificio conceptual, donde no deja rendija o flanco desguarnecido. Iraida es un torrente crecido de verbo y emociones, que cautiva hasta a los adversarios. En fin, Mario e Iraida «trabajan por la justicia». Con su praxis nos demuestran una vez más que en la unión está la fuerza, especialmente si esta unión se funda en la esperanza de que es posible construir un mundo mejor. Propósito que lograremos porque gracias a la labor de gente como ellos «somos mucho más que dos». ✎



ÉPALE^{CCS}